Macbeth

WILLIAM SHAKESPEARE



La tragedia de Macbeth, un violento y sanguinario mapa de la ambición humana, empieza en el preciso instante en que las hermanas fatídicas le revelan el esplendoroso futuro que le aguarda. Sus palabras parecen un canto de sirena surgido de las profundidades del infierno, una seducción que cualquier hombre sensato desoiría. Pero cuando se cumple la primera predicción y el rey Duncan le nombra barón de Cáudor para recompensar su inteligencia y destreza en el campo de batalla, las dudas, la codicia y la obsesión se apoderan de Macbeth y de su ávida esposa.

Frente al magnífico texto original presentamos la versión rítmica de Agustín García Calvo, uno de los humanistas más destacados del panorama español. Asimismo, viene acompañada de una introducción de Carol Chillington Rutter, catedrática de literatura inglesa de la Universidad de Warwick.





NUESTRA PÁGINA FACEBOOK:
https://www.facebook.com/TodoEstoEsHistoria

NUESTRA BIBLIOTECA DIGITAL:
https://bit.ly/40VNZ2j

NUESTRO TELEGRAM:
https://t.me/Esto_esHistoria

NUESTRO INSTAGRAM:
https://www.instagram.com/estoes_historia/

William Shakespeare

Macbeth

Penguin Clásicos

Título original: *Macbeth*
William Shakespeare, 1606
Traducción: Agustín García Calvo
Comentarista: Carol Chillington Rutter

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

¿Qué clase de sensación es el miedo? ¿Un estimulante, como la adrenalina, o un sedante, un anestésico que embota nuestra conciencia? ¿Nos salva del desastre o nos empuja a la locura? ¿O simplemente se interpone en el camino de nuestras ambiciones? El miedo puede ser la bandera roja que nos dice «¡No sigas adelante!», como Laertes cuando le advierte a su hermana que el amor del príncipe Hamlet es peligroso: «Témelo, Ofelia, témelo» [I.3.33]. O puede ser la pluma blanca que nos dice que somos unos gallinas, demasiado asustados para aceptar el desafío, cualquier reto, como Hamlet, cuando, con «el hígado de una paloma», se zafa de la orden de «¡venganza!» [II.2.574]. De modo absurdo, cuando no tenemos nada que temer, los seres humanos nos inventamos miedos. Creamos terrores a partir de naderías y nos damos un susto de muerte con ellas, un síndrome que Teseo diagnostica (y del que se burla) en *Sueño de noche de verano*: «en la noche imaginando un miedo bobo, | ¡qué fácil una zarza se convierte en lobo!» [V.1.21-22]. Sin embargo, transformar lobos en zarzas a plena luz del día puede ser un primer síntoma de paranoia.

Estas especulaciones son muy pertinentes en el caso de *Macbeth*. En esta obra nos familiarizamos con el miedo, aprendemos a oírlo, saborearlo, verlo y notarlo en nuestra nuca, en la punta de nuestros dedos y en el centro de nuestro cerebro. Y es que *Macbeth* es el drama más terrible de Shakespeare, su anatomía del miedo. La palabra aparece en esta obra más a menudo que en ninguna otra, y junto a ella su sinónimo del siglo XVII, la «duda», ahora redundante, que no solo significa «estar inseguro», «vacilar en creer o confiar», sino también «temer, recelar, tener miedo». En *Macbeth* los soldados temen a sus camaradas más próximos; los súbditos a su rey; las mujeres a sus maridos, temiendo su miedo. Los niños temen a monstruos de juguete y demonios pintados; los pájaros temen la red. Todos temen el rumor y lo que no saben. Los sonámbulos temen los ruidos: pisadas sobre la piedra, el graznido del búho, alguien llamando a la puerta. Los ojos temen mirar lo que han hecho las manos, y la memoria teme recordar lo que ninguna medicina conocida puede extraer de mentes dañadas, de cerebros infestados por los escorpiones. (Sin embargo, una vez iniciadas, las manos se endurecen ante el miedo y las lenguas se acostumbran a su sabor rancio en la boca). Los anfitriones temen a los huéspedes a quienes no se espera que aparezcan en el banquete al que no obstante asisten. Despiertos, los hombres temen las alucinaciones de las pesadillas; dormidos, «la aflicción» de los «terribles sueños» que «la noche nos agitan» [III.2.18-19]. Los criados dudan de la cercanía del peligro. Sus amos dudan de los equívocos. Todos los que confían en el lenguaje aprenden a dudar de su duplicidad. ¿Por qué «te asustas y temer pareces | cosa que tan bien suena?», pregunta Banquo cuando Macbeth retrocede ante los saludos proféticos de las fatídicas hermanas en [1.3.50-51]. El resto de la obra trabaja para contestar esa pregunta, una respuesta aún más dificultada por el hecho de que *fear* y *fair*, tan distintos a los oídos de los anglófonos actuales como opuestos, son gemelos acústicos

a los oídos jacobinos. *Fear*, «temer» y *fair*, «hermoso» se pronunciaban igual en la época de Shakespeare. Y el propio Macbeth es el «hermoso» original a quien la obra enseña a «temer».

En un resumen esquemático, *Macbeth* es la historia de un hombre que libera sus miedos en el mundo. Es un soldado avezado en la batalla que comete un asesinato, que mata a un hombre dormido en su casa. Y después del asesinato, aprende lo que significa hacerlo al sufrir sus consecuencias.

Macbeth no mata de forma impulsiva. En realidad, es el héroe trágico de Shakespeare que más reflexiona y premedita. (Vale la pena recordar que los protagonistas trágicos de Shakespeare —Hamlet, Lear, Otelo, Tito, Bruto, Antonio, Romeo, Coriolano— no son hombres con grandes defectos, sino que cometen grandes errores). Macbeth no actúa de forma involuntaria, no se deja llevar por sus impulsos, no es torpe ni está confundido. No puede afirmar con el rey Lear «Contra mí | se ha pecado más de lo que pequé» [III.2.59-60]. Ni con Romeo «Lo hice con la mejor intención» [III.1.104]. No racionaliza el homicidio dándole otro significado: venganza, por ejemplo, tal como hace Hamlet, o piedad, tal como hace Tito. Ni es para él el homicidio la ejecución de la justicia, un sacrificio terrible pero necesario, como le ocurre a Otelo, convencido de que Desdémona «morir debe o engañará a otros hombres» [V.2.6]. Macbeth, en cambio, sabe que lo que está contemplando es un asesinato y que matar a Duncan está mal. Lo llama «condena en firme», «horrenda acción» [I.7.20, 24]. Conoce incluso la mejor razón para no matar. El asesino es un suicida; enseña una «lección sangrienta, que, aprendida, torna en daño | de su inventor»; «ofrece los fármacos» de la «copa emponzoñada» a sus «propios labios» [9-12].

Es el que más piensa, y también el más infame de los grandes «equivocados», el único que «por los peores medios» persigue «lo peor» [III.4.134]. Macbeth es un regicida, un asesino de reyes. Matar a un rey constituye un crimen político, pero también contra la familia, dinástico. Tal como *Macbeth* nos permite entender, es un crimen en última instancia contra el universo, cuyo horror solo encuentra una expresión adecuada en la imaginería universal, orgánica y religiosa, pues el rey, vivo, expresa la vivacidad del reino, su fertilidad, su crecimiento y continuidad. «He empezado a sembrarte», le dice Duncan a Macbeth, abrazando al héroe-guerrero que ha salvado su trono del derrocamiento por parte de los rebeldes, «y labraré de modo | que estés de mieses bien colmado» [I.4.29-30]; «nuestros deberes […] a tu estado y trono», observa Macbeth, son «hijos y criados, | que no hacen más que deben al hacerlo todo | a vuestro amor y vuestra honra» [25-8]. Matar a un rey es burlarse del amor, rescindir el contrato del deber, desgarrar el vínculo de la naturaleza, talar el árbol de la vida. Duncan, asesinado, es el «templo ungido del Señor» forzado y saqueado; «sus hondas llagas» parecen «como brecha de natura | para entrada de la ruina» [II.3.65, 110-111]. En *Macbeth* no es posible ocultar en modo alguno esta doble ruptura terrible, del cuerpo natural del rey y de su cuerpo simbólico. El cosmos, asqueado, llegará a extremos extravagantes para dar a conocer el crimen. Extrañas alianzas entre cosas físicas y psíquicas, naturales y sobrenaturales, crearán aterradores mecanismos de revelación: los ángeles pregonarán la verdad, apostándose alrededor del mundo sobre el lomo ciego de la tormenta del escándalo, y «piedad, como un desnudo crío recién nacido | a lomos de la tromba […] hará estallar la horrenda acción en todo ojo, | tanto que el llanto anegue el viento» [I.7.21-5]. Los hombres sabrán interpretar estas señales cósmicas cuando vean por sí mismos la naturaleza vuelta del revés, cuando haya oscuridad en la tierra en lugar de luz; cuando el halcón sea «preso y muerto» por un búho «ratonero»; cuando los caballos de Duncan se vuelvan «en bravío», quiebren sus establos y se devoren uno a otro [II.4.13, 16].



Pero Macbeth es aún peor que un asesino de reyes; también es un infanticida. En esta obra los cadáveres de niños, como el del rey, tienen un doble papel. Cumplen funciones tanto reales como simbólicas, lo que hace doblemente significativo que, a diferencia de Duncan, Banquo, Macduff y Siguardo (todos los hombres adultos de la obra), Macbeth no tenga hijos. Sin hijos, su esterilidad se mofa de su proyecto dinástico, vaciándolo de todo significado futuro más allá de su propia ambición de llevar la corona. Cuando reflexiona acerca del asesinato antes de cometerlo, Macbeth se centra en sus posibilidades de salir bien parado, calculando si «el asesinato | echara red a las consecuencias, y atrapara | su logro en su remate» [I.7.2-4]. No entiende hasta más tarde que hizo un mal cálculo, que no es «atrapar» —conseguir un fin, matar a Duncan— lo que proporciona el «remate», sino la «sucesión». No puede haber «remate» sin «sucesión» (un heredero, descendencia, alguien que le suceda). No tener hijos representa la muerte de la ambición: como a Macbeth le faltan los hijos, su futuro fracasa. Y si eso sucede tiene razón lady Macbeth: «Nada se tiene, todo se ha gastado» [III.2.4]. Macbeth lleva una «corona estéril» y sostiene un «infecundo cetro» [III.1.60-61]. Ha «vertido enconos en la copa de [su] paz» y ha dado su «joya eterna» al «común contrario de los hombres», su alma a Satán, para hacerlos «a ellos reyes», a los hijos de «Banquo, reyes» [66-69]. Para interrumpir el futuro, Macbeth debe detener a los niños asesinándolos. Pero la falta de hijos, aunque resulte traumáticamente frustrante para Macbeth, es algo que solo ve en términos dinásticos. Significa mucho, mucho más para Macduff. Es la única explicación que Macduff puede dar para el crimen de Macbeth cuando se entera de que el «gavilán de infierno» [IV.3.217] ha asaltado su castillo y ha acabado con toda su familia: «Madre, niños, siervos, todo | lo que hallarse pudo»; «Él no tiene hijos», dice Macduff en respuesta, sin poder reaccionar ni decir otra cosa [211-12, 215]. Parece muy poco que decir, dado el caso. Casi nada. Pero eso en sí mismo denota el intento de Macduff de expresar lo que para él es inefable: ¿cómo puede un hombre que no tiene hijos entender lo que significa matar a un niño? Un infanticida no solo tala el árbol de la vida. Derrama los «gérmenes de natura», derriba las semillas de la vida y las convierte en despilfarro arruinado, haciendo «que la destrucción enferme» [IV.1.58-9].

Dado lo espantoso de la historia, ¿por qué al final de la obra vemos invertidos los papeles de víctima y verdugo, y a Macbeth como el perjudicado de la tragedia? ¿Por qué no es ya un lobo o un gavilán del infierno sino un oso atado a una estaca, atacado salvajemente por los perros? ¿Por qué no es ya el matarife de todos los niños, sino el marido apenado y despojado de «lo que a la vieja edad acompañar debía», «honra, amor, respeto, multitud de amigos» [V.3.24-5]? ¿Por qué no es ya el «pariente sin igual», sino un «pobre actor» cuya vida es «un cuento | contado por un idiota […] y sin ningún sentido» [I.4.59; V.5.24, 26-8]? ¿Por qué al final no sentimos satisfacción, sino pesar? O, planteando la pregunta de otro modo, ¿por qué *Macbeth* acaba como tragedia y no como melodrama? ¿Y están todas estas preguntas relacionadas de algún modo con las que plantea Macbeth en su escena inicial a esas «adivinas a medias» [I.3.69], las fatídicas hermanas, que le dicen el futuro pero no se quedan a contestar su interrogatorio? «¿Qué sois?», exige saber de las «ajadas» mujeres que interrumpen su primera entrada, cerrándole el paso al materializarse de repente en la tormenta, en el páramo sacudido por la batalla, que «no se parecen a vecinos de la tierra, | y con todo, en ella están» [38-46]:

> […] decid de dónde
> sacáis tan raros acertijos, o por qué
> en este páramo os cruzáis a nuestro paso
> con saludo agorador. [74-7]

¿Qué? ¿De dónde? ¿Por qué? («¿por qué?» es algo nunca contestado en la tragedia; en realidad es la pregunta sin respuesta que nos hace saber que estamos en una tragedia). En el teatro, y en el texto, sabemos más que Macbeth en este momento. Sabemos que está de camino a una cita en el páramo que ignoraba que hubiese concertado. Sabemos que, fuera de la zona de peligro de la batalla, mientras se dirige hacia la seguridad del hogar, se le ofrece al guerrero que se ha visto detenido por un encuentro casual con unas extrañas una «solicitación» [133] que le cambiará la vida. Porque sabemos que Macbeth está conversando con brujas, y es la presencia material de estas, esas «adivinas a medias», el suceso original en la obra de Macbeth que marca toda la diferencia para el futuro que predicen.

TEXTOS HISTÓRICOS / TEXTOS TEATRALES

Shakespeare encontró a Macbeth, Duncan y las fatídicas hermanas en el segundo volumen de las *Crónicas* de Raphael Holinshed (1587). Este vol. II le proporcionó dos documentos del pasado remoto de Escocia —¿leyenda o historia?— de los que obtener material. En la primera historia Donwald, el «capitán del castillo» del rey Duff, suplica por las vidas de ciertos parientes que han sido sentenciados por traidores. Su crimen fue capital, pero ellos fueron unos crédulos incautos, «persuadidos» por el «consejo fraudulento de diversas personas malvadas»: fueron títeres de unas brujas. Por eso, cuando Duff niega su perdón, Donwald se siente indignado. Con el rencor «hirviendo en su estómago», cede a la persuasión de su esposa cuando ella le muestra cómo podrían «cortar en secreto» a Duff «el cuello mientras yace durmiendo, sin alboroto alguno».

La última historia, más completa, se sitúa en el reino del rey Duncan, un hombre «de naturaleza tan suave y apacible», tan «descuidado» al «castigar a los delincuentes» que «muchas personas mal gobernadas» aprovechan la «oportunidad para perturbar la paz y el sosiego del Estado» con «sedicioso tumulto». Primero Macdowald se rebela contra el «blandengue», reclutando en Irlanda «un buen número de kernes y galloglasses» que luchan «con la esperanza del botín». A continuación Sueno de Noruega invade el reino. Después de él, ataca una flota danesa. En todos estos disturbios nada intimida al «valiente Macbeth»: es tan duro como blando es el rey, su primo (de quien es el pariente más cercano). Le envía la cabeza de Macdowald a Duncan en una pica; sorprende y acaba con el ejército dormido de Sueno; obliga a los daneses a retroceder hasta la costa; y luego, con Banquo, se dirige hacia Forres. Pero un prodigio extraño y grosero les detiene: «tres mujeres ataviadas de forma extraña y salvaje, que parecen criaturas del mundo antiguo», «llaman» a Macbeth «barón de Glamis» y «de Cáudor», «en adelante […] rey de Escocia». Desafiadas por Banquo, le «prometen mayores beneficios»: no reinará «de obra», pero engendrará a quienes lo harán. Luego desaparecen. Macbeth y Banquo se toman a risa la «ilusión fantástica» y la califican de «broma». Pero «después la opinión común fue que esas mujeres eran las fatídicas hermanas, es decir (como diría usted), las diosas del destino, o bien unas ninfas o hadas dotadas del conocimiento de la profecía por su ciencia nigromante, porque todo acabó pasando tal como habían dicho».

Sin embargo, transcurre algún tiempo hasta que Macbeth da el paso para «usurpar el reino por la fuerza». Recuerda las «palabras de las tres hermanas», pero, de forma aún más decisiva, escucha a su esposa, que «le insiste para que lo intente» porque ardía en «deseos insaciables de llevar el nombre de una reina». En Holinshed, Macbeth tiene una «justa contienda» contra Duncan, y la muerte de este no es el asesinato en secreto de un rey dormido. Consigue la ayuda de «amigos fieles» —el principal de ellos, Banquo— y



mata a Duncan en una batalla. A continuación reina como un gobernante modélico durante una década.

Pero este rey ejemplar es en realidad «una falsificación» que vive en constante «miedo», irritado por las predicciones de las brujas. Los «remordimientos de conciencia» acaban sacando a la luz al verdadero Macbeth. Banquo sufre una emboscada, Fleancio huye, se producen asesinatos indiscriminados. Toda Escocia sospecha, teme, mientras Macbeth se vuelve temerario en sus atrocidades, seguro de que es invulnerable hasta que el bosque de Bírnam ascienda la colina hasta Dunsinane o hasta que se encuentre con un hombre no «nacido de mujer alguna». Macduff cabalga hasta Inglaterra para reclutar a la resistencia. Macbeth envía soldados a Fife para acabar con su familia. Pero se moviliza el ejército de Malcolm. Macbeth se retira. El bosque de Bírnam camina. El tirano se enfrenta a su último enemigo, se burla de él con la inmunidad de las brujas y oye a Macduff responder: «Soy él mismo», no «fui parido por mi madre, me arrancaron de su vientre». El resto de la historia de Macbeth se cuenta en tan solo cinco frases. Clavan su cabeza en una pica, como la de Macdowald años atrás. Y la *Crónica* termina con pocas palabras: Macbeth «realizó muchos actos dignos», pero «por ilusión del diablo» —la primera vez que oímos hablar de él en toda esta historia— «difamó» su reino «con muy terrible crueldad». «Fue muerto en el año del Señor 1057, y en el 16.º año del reinado del rey Eduardo sobre los ingleses».

Al leer a Holinshed es fácil imaginar la mente de Shakespeare pasando sobre la *Crónica* como un imán que recogiese limaduras de hierro: imágenes, intercambios, comentarios casuales que se enganchan a la memoria. Mientras trabaja en este «texto histórico», el dramaturgo resume el tiempo y condensa la historia, y, al encontrar miedo en abundancia en Holinshed, dispone un universo moral en el que la línea entre «lo Bueno» y «lo Malo» parece estar dibujada con firmeza. Todas las grandes ideas están ahí. ¿Qué constituye al «buen» gobernante? ¿Qué son las «gracias que en un rey bien caen» [IV.3.91]? (El material con el que Shakespeare escribe la escena 3 del acto IV, que transcurre en Inglaterra, lo saca directamente de Holinshed). ¿Hasta qué punto es responsable el hombre traicionado de construir al traidor? ¿Cuáles son los usos —y los límites— de la violencia en una cultura en la que la «humana ley» no ha «purgado aún el goce» [III.4.75]? ¿Qué poder ejercen los «ministros de las tinieblas» [I.3.123] en la vida humana? ¿Deberían los hombres escuchar a sus mujeres o a las brujas? ¿Cómo puede Escocia, con sus irlandeses renegados, los guerreros que apestan a sangre, sus tribus enfrentadas, sus «fatídicas hermanas», su paisaje arruinado y desolado, ser un modo de reflexionar sobre Inglaterra?

Tampoco tenemos una fecha segura para la escritura original o primera representación de *Macbeth*, pero hay muchas buenas razones por las que Shakespeare podía haber querido producir una «obra escocesa» en 1605 o 1606. Jacobo Estuardo, un escocés, el sexto de esa casa en reinar en Escocia en una dinastía que se remontaba hasta Banquo, heredó el trono inglés cuando la última Tudor, Isabel, murió en 1603. Uno de los primeros pasos fue tomar la compañía dramática de Shakespeare bajo su mecenazgo personal, convirtiendo Los Hombres del lord Chambelán en Los Hombres del Rey. *Macbeth* pudo ser la reacción de Shakespeare a la nueva organización; desde luego, la obra retomó temas que el rey encontraba absorbentes.

A Jacobo le interesaban las teorías sobre el gobierno. En 1598, durante una enfermedad a la que temió no sobrevivir, escribió su testamento político, un manual de instrucciones para la monarquía, *Basilicon Doron* («El don real»), dirigido a su hijo de cuatro años, Enrique. El libro, dividido en tres capítulos, exponía el deber del rey hacia Dios, su cargo y él mismo, y ofrecía instrucciones sobre todos los aspectos, desde

administrar justicia, seleccionar a los consejeros y elegir buenos libros hasta manejar a los clérigos, la economía, el matrimonio, su pelo y sus modales en la mesa. El *Basilicon Doron* circuló ampliamente en Inglaterra a partir de 1603, y los ingleses lo estudiaban como si fuese una especie de clave que descifrase la incógnita (además, extranjera) que era su nuevo rey. Shakespeare pudo haber leído a Jacobo cuando habla de la diferencia entre el buen rey y el tirano: «uno reconoce haber sido dispuesto para su pueblo, haber recibido de Dios una carga de gobierno de la que debe rendir cuentas; el otro cree que su pueblo está dispuesto para él, que es una presa para sus apetitos». Pudo haberse detenido en sus comentarios sobre la conciencia enfermiza, la «conciencia cauterizada» que se vuelve «inconsciente del pecado, durmiendo en una seguridad despreocupada».

Al poner por escrito su teoría sobre la estabilidad política, Jacobo revelaba su considerable experiencia sobre sus alternativas, las cuales Shakespeare explora en *Macbeth*. La traición era una forma habitual de regular la política en Escocia, y Jacobo, que llegó al trono de Escocia siendo un bebé, había sobrevivido a varias conspiraciones en su contra, incluyendo la última, el complot de asesinato de Gowrie en agosto de 1600. Su padre había sido asesinado, y en 1587 había visto desde la barrera cómo su madre, María, era ejecutada por la reina Isabel por conspirar para usurpar su trono: como Macbeth, María era la pariente más cercana de su prima real, cuyo reino además quería, pero, a diferencia de Duncan, Isabel no era ninguna «blandengue». En 1605 Jacobo volvió a ser objetivo de unos terroristas: los londinenses se quedaron impresionados ante la traición descubierta en el interior, la «conspiración de la pólvora», un complot procatólico encabezado por Guy Fawkes que pretendía hacer estallar el Parlamento y al rey, cuando este llegase para la inauguración estatal del 5 de noviembre. En marzo siguieron la lectura de cargos y el juicio de los conspiradores (mientras el rey asistía también a las vistas, de incógnito y en privado). Entre los conspiradores se hallaba el jesuita Henry Garnet, quien alegó en su defensa, como es sabido, la doctrina del «equívoco», según la cual se podía mentir bajo juramento y seguir teniendo la conciencia tranquila. Sin embargo, Garnet fue ejecutado de todas formas. (Su doctrina se expresa en *Macbeth*, donde el ambiguo portero recita un monólogo cómico frente al equívoco y convencional Macbeth.)

Jacobo se interesaba también por la brujería. *Demonología* (1597) fue su réplica a *El descubrimiento de la brujería* (1584), de Reginald Scot, una obra escéptica y muy leída en la que Scot «descubría» que la brujería era fraudulenta y los acusadores que «proclamaban la brujería» eran sencillamente gente con malas intenciones. El tremendista librito de Jacobo contraatacaba hablando de «la temible abundancia en estos tiempos y en este país de esas detestables esclavas del diablo, las brujas». Para Jacobo, en 1597, la brujería era real y estaba presente en el mundo. Varios años atrás había interrogado en persona a Agnes Sampson, el acta de cuyo juicio por brujería circuló por Inglaterra en un panfleto titulado *Noticias de Escocia* (1591), el cual Shakespeare leyó con toda probabilidad. Los personajes de ese drama incluían a un tal David Seaton, a un tal Geillis Duncane y a alguien identificado solo como «la esposa del portero de Seaton», nombres que casualmente aparecen más tarde en *Macbeth*. Cuando Jacobo calificó parte de la confesión «milagrosa y extraña» de Sampson de mentiras «extremas», ella le llevó aparte y «le declaró las palabras exactas que intercambiaron» él mismo «y su reina en Oslo, Noruega, en su noche de bodas», palabras, dijo el rey, «que ni todos los demonios del infierno habrían podido descubrir». En Londres, en 1603, ordenó la reimpresión de su *Demonología* y promovió la promulgación de una nueva ley sobre brujería (más dura). Nunca quiso derogarla, aunque con el paso de los años se volvió escéptico sobre el tema y pasaba más tiempo sacando a la luz falsas acusaciones y revocando condenas que descubriendo brujas.



Jacobo tenía otro «interés» relacionado con *Macbeth*. Como el barón de Faif de Shakespeare, Jacobo «tenía una esposa» [V.1.41], Ana de Dinamarca, una mujer de gran inteligencia política cuya mera presencia modificó la dinámica de poder de la monarquía. Por primera vez desde el acceso al trono de Isabel I en 1558, la reina de Inglaterra no era una soberana sino una consorte, no era la voz del poder sino la palabra inductora en el oído del poder, y no una virgen sino una madre prolífica: tuvo ocho embarazos entre 1594, cuando nació su primer hijo, el príncipe Enrique, y 1606; solo tres de sus hijos sobrevivieron a la infancia. Ana era ferozmente, e incluso paradójica y criminalmente, maternal, alguien capaz de afirmar que los «sesos» de su bebé «estrellara», como amenaza con hacer lady Macbeth para demostrar una teoría [I.7.58]. Lo cierto es que hizo algo igual de impactante. La costumbre en Escocia era apartar a los bebés reales de su madre y dejarlos en manos de unos tutores oficiales, una práctica muy antinatural y chocante para la danesa Ana. Loca de pena cuando le arrebataron a su bebé Enrique y decidida a recuperar su custodia, apeló primero a su marido. Jacobo apoyó la costumbre. Así que Ana viajó a la residencia en la que se alojaba Enrique, se plantó en el patio de piedra y se golpeó el vientre hasta abortar al niño que llevaba entonces en su seno. Jacobo cambió de opinión y Enrique le fue devuelto. Pero su reina «rebelde» continuó mostrándose difícil. En Londres, en la noche de Reyes de 1605, escandalizó a la corte inglesa al pintarse la cara de negro junto a sus damas para interpretar a las hijas de Níger en la primera gran mascarada del nuevo reinado, planeada por la propia Ana, *La mascarada de la negrura*. Dos meses antes se había representado en la corte *Otelo*, de Shakespeare (¿inspiró su moro las hijas de Níger de Ana?), y quizá el dramaturgo recordase a la reina con el rostro pintado de negro cuando, poco después, en una obra que contenía un claro homenaje a Jacobo en el papel de César Augusto, escribió un papel soberbio para una «pendenciera» reina negra de Egipto, Cleopatra. Esta circulación de recuerdos de representaciones podría sugerir al menos que si Jacobo figuraba en la «obra escocesa» de Shakespeare también lo hacía Ana. Nadie olvidaba que su entrada en la historia escocesa estuvo marcada por las brujas: era la joven novia que viajaba en la flotilla nupcial que se hundió presuntamente debido a unas tormentas desatadas por brujas en el mar del Norte, cuando trataba de alcanzar Escocia en 1589.

Al citar estas historias no propongo leer *Macbeth* como una obra sobre la actualidad de su época, sino recordar que las obras de Shakespeare, sea cual sea el tiempo en la que se sitúen, están saturadas de los materiales de su presente, siempre en conversación con los acontecimientos inmediatos: la Escocia del siglo XI «conoce» el Londres jacobino. Y que el sentido original de duplicidad temporal inscrito en las obras persiste: cuando miramos una obra de Shakespeare hoy en día nos parece que lleva una doble vida. Pertenece al pasado de comienzos de la era moderna, pero también a nuestro presente posmoderno. Su representación es tanto una reposición como un estreno. Otra perspectiva es considerar cada obra de Shakespeare como una serie de textos paralelos. Uno de ellos es un objeto; el otro, un organismo. El objeto es la obra-texto, cuya primera versión fue el manuscrito del teatro llamado el «libro». Comprende las palabras de la obra, las cuales se originaron en la Inglaterra de comienzos de la era moderna y que han llegado hasta nosotros en diversas copias impresas —cuartos y folios— utilizadas por los editores para compilar nuestras ediciones modernas. Puesto que es un objeto, podemos examinar y apreciar esta primera clase de texto como un artefacto, digamos, un jarrón etrusco. Sin embargo, en el caso de una obra-texto, el «libro» es también un guión, y cualquiera de estos se caracteriza por constituir un texto incompleto. Contiene instrucciones hacia algo que nunca está escrito, la representación, es decir, la acción, caracterización, gestos, efectos visuales, vestuario, sonido: todo lo que convierte las

palabras en obra, y no solo la representación «original» de *Macbeth*, sino también las sucesivas de la obra-texto en sus cuatrocientos años de vida en el teatro. Llamemos a este segundo texto, no registrado pero vivo y experimentado, el «texto de representación» para distinguirlo del «texto-obra», relativamente fijo. Cuando se representa, *Macbeth* siempre supera las palabras impresas en cualquier edición de la obra. Véase la palabra «Macbeth». Por el simple hecho de elegir a un actor u otro para el papel protagonista —Ian McKellen, Antony Sher, Jon Finch o James Frain— *Macbeth* cambia. Vestir a Macbeth con calzas y jubón, cuero negro, ropa de camuflaje o vaqueros altera el modo que tienen los espectadores de entender el papel y el mundo que habita. Lo mismo ocurre al situar la obra en un castillo medieval o en una urbanización de una zona urbana deprimida. Si bien la obra-texto es un ente cerrado, el texto de representación está completamente abierto y acoge muchas interpretaciones, lo que significa que *Macbeth* ha estado acumulando capas de nuevo significado desde su primera representación, cada vez que se presenta con nuevos actores y públicos en nuevos teatros ante nuevas generaciones.

Resulta que el primer texto que tenemos de *Macbeth*, la versión impresa del Primer Folio de 1623, muestra indicios que sugieren que este proceso natural estaba ya en marcha: en su superficie textual aparecen señales de representaciones sucesivas que indican la presencia de unas manos ajenas a las de Shakespeare trabajando en *Macbeth*. Ello equivale a decir que en el texto aparecen cosas que no escribió Shakespeare: toda la escena 5 del acto III (la de Hécate), y en la escena 1 del acto IV los versos 39-43 y 124-131 (la reaparición de Hécate con un coro de brujas que canta y baila). El director de principios del siglo XX Harley Granville Barker describió este material como «auténticas sandeces», y sabía que no era de Shakespeare, pues este, según pronunció firmemente, «no estaba de humor para sandeces cuando escribió *Macbeth*». Lo más probable es que las interpolaciones sean de Thomas Middleton, y lo delata el «pie para una canción» que marca cada añadidura, «*Vuelve ya, ven acá, Hécate, Hécate, ven acá*» en III.5.35 y «*Espíritus negros y blancos*» en IV.1.43. Son los primeros versos de canciones que aparecen completas en *La bruja*, de Middleton, una obra que, como *Macbeth*, era propiedad de Los Hombres del Rey y estaba interpretada por esa compañía. Pero ¿por qué se incluyeron en *Macbeth* las canciones de Middleton? ¿Y cuándo? El astrólogo y curandero Simon Forman vio *Macbeth* en el Globe en abril de 1611 y dejó un relato presencial, una sinopsis bastante buena para un espectador que veía por primera vez la obra, aunque su visión estuviese contaminada de forma evidente por sus lecturas: llama a las fatídicas hermanas «hadas o ninfas», repitiendo las palabras de Holinshed. Lo que llamó la atención de Forman fueron las conmociones y «sustos» de *Macbeth*: los «saludos», los prodigios que conlleva el crimen, el fantasma, el banquete arruinado, el sonambulismo y «la sangre en las manos [de Hamlet] que no podía quitarse de ningún modo». Pero Forman no hace mención alguna de Hécate o sus sensacionales «números musicales». ¿Sugiere su silencio que no aparecía en *Macbeth* en 1611? ¿Y cuándo se incorporó?

Sería más fácil responder esa pregunta si pudiéramos datar *La bruja*, de Middleton. No podemos, pero sabemos que alude al escándalo más famoso que recorrió la corte jacobina, el caso de divorcio Howard-Devereux en 1613. Ella, Frances Howard, lady Essex, quería divorciarse para poder casarse con Robert Carr, el favorito del rey. Él, Robert Devereux, el infortunado conde de Essex, se había mostrado dispuesto a renunciar a ella, pero se echó atrás cuando se supo que la dama había consultado a una «mujer sabia» —una bruja— para «acabar con su señor». A medida que el caso avanzaba —con el rey impaciente por verlo resuelto y los obispos contribuyendo a entorpecerlo—, Essex dio su consentimiento al divorcio pero se negó a admitir el único fundamento admisible (y



totalmente inventado) para una anulación, la «insuficiencia» sexual, porque ello le impediría volver a casarse, lo cual le dejaría sin hijos, y a su título de conde sin heredero. Sus abogados se decidieron por el equívoco: «confesaría su insuficiencia» hacia Frances pero insistiría en que era «*maleficiatus* solo *ad illam*», es decir, impotente por brujería, pero solo hacia ella.

Middleton reflejó esta situación grotesca, el principal tema de chismorreo en Londres en abril de 1613, en una de las tramas de *La bruja*, en la que Antonio, el marido, es impotente con su esposa pero no muestra ninguna «insuficiencia» en la cama con su amante, una mujer de vida alegre, y en la que Hécate y su pandilla son las mágicas causantes, entre serias y cómicas, de su indisposición marital. Las brujas se muestran profundamente amenazadoras, debido a su tráfico de cadáveres de bebés bastardos, pero también escenifican un aquelarre operístico, con sus canciones y un gato volador.

Los Essex se divorciaron en octubre de 1613; en la Navidad de ese año Frances se casó como si fuesen sus primeras nupcias, «con el pelo suelto» —es decir, como una virgen— con Carr, reciente conde de Somerset. Al parecer, el rey dotó a la novia con diez mil libras esterlinas en joyas, y Thomas Middleton escribió una mascarada de boda para la ocasión. Pero dieciocho meses después la pareja de oro se estrelló. Empezaron a correr rumores sobre la muerte de sir Thomas Overbury, el brillante y ambicioso secretario de Somerset que se había opuesto en voz alta al divorcio y que murió de forma conveniente pocos días antes de que este culminara: una muerte horrible, según se dijo en el momento, causada por la sífilis. Ahora se afirmaba que había sido envenenado. Los Somerset fueron arrestados por el asesinato de Overbury en octubre de 1615, comparecieron en abril del año siguiente y llegaron al juicio profundamente implicados por la admisión despavorida de cómplices de poca monta que ya habían sido ahorcados. Anne Turner, criada e íntima de Frances (algunos crueles contemporáneos llamaban a Frances bruja y a Anne su «familiar»), confesó que años atrás habían consultado a Simon Forman acerca de la anulación y había utilizado hechizos y figuras de cera para adelantarla. (No pudo convocarse a Forman; había muerto en 1612.) «Esto por la brujería —comentó el fiscal—. Ahora por el envenenamiento.» Tanto Turner como Frances confesaron, pero Carr manifestó su inocencia. Todos fueron condenados, pero solo se ejecutó a Turner. La pareja pasó los seis años siguientes en la torre de Londres.

¿Qué implica esto para *Macbeth*? Si la pieza *La bruja*, de Middleton, fue escrita y llevada a escena en tono de sátira durante los meses que sucedieron al escandaloso divorcio, cuando la frase «*maleficiatus ad illam*» era un chiste verde y todo el mundo en la sala era capaz de reconocer al marido idiota, a la encantadora «Francisca» y al cómico Scot, tras las comparecencias de los acusados la situación se vio profundamente alterada. La brujería había dejado de ser un asunto de risa, y también el asesinato. Bajo mi punto de vista, *La bruja* fue eliminada del repertorio porque los acontecimientos habían vuelto peligroso su carácter cómico. Sin embargo, la compañía de Shakespeare, Los Hombres del Rey, tenía en reserva otra obra con brujas, en sintonía con aquellos tiempos marcados por el miedo y la imaginación y capaz de aprovechar el aumento repentino del interés popular hacia la brujería. Puede ser que, a medida que avanzaba el juicio de Frances Howard y se la tildaba de forma cada vez más escabrosa de esposa «demoníaca» y «puta, mujer, viuda, bruja» en las baladas, mientras que Carr era considerado por sus contemporáneos una mera víctima engañada —«si no hubiese conocido a semejante mujer podría haber sido un buen hombre»—, la compañía de Shakespeare recuperase *Macbeth*. Sus miembros adecuaron su tragedia, que había sido escrita diez años atrás, a los acontecimientos del momento recurriendo a algunas escenas de Middleton que desencadenaban una referencia y hacían que la comedia ausente apareciera en el

escenario pero también utilizaron esas escenas para prolongar *Macbeth* justo en los puntos en que los espectadores deseosos de sensaciones podían querer más, añadiendo un material sobre brujas que, una vez reubicado, ensombreció los espectáculos de Middleton, reescribiéndolos con una nueva capacidad para perturbar al espectador. A aquellas alturas, es decir, a finales de abril de 1616, Shakespeare había muerto ya, por lo que cualquier añadidura a *Macbeth* tendría que realizarla otro dramaturgo.

Tal como yo lo veo, el texto de *Macbeth* marcado en el Folio como «de otro autor» no está «alterado» ni es un «problema»; más bien nos ofrece una oportunidad. Nos muestra un guión de trabajo que lleva indicios de su vida continua en el teatro, donde el «libro» pertenecía a los intérpretes, que lo sometían a la misma actualización que se efectuaba, por ejemplo, con *Doctor Fausto*, de Christopher Marlowe, o *La tragedia española*, de Thomas Kyd. En una época en que casi todas las obras desaparecían del repertorio activo en unas semanas, esas dos tragedias de finales de la década de 1580, muy apreciadas por el público, seguían representándose diez y hasta veinte años más tarde. Al recuperarlas, los intérpretes encargaban revisiones. Así, en 1602 William Bird y Samuel Rowley reescribieron la trama cómica paralela en *Fausto*, actualizando los chistes, mientras que en 1601 Ben Jonson añadió un material que desarrollaba las escenas de locura en la obra de Kyd. Como esos añadidos, las inclusiones de Middleton en *Macbeth* pueden interpretarse como un barniz contemporáneo, sobre todo la burla que Hécate comparte con sus compinches, «bien sabéis que los peores | enemigos del hombre son | soberbia y despreocupación» [III.5.32-3]. De un modo todavía más significativo, los añadidos de Middleton determinaron el futuro de la obra en el teatro. Cuando William Davenant recuperó *Macbeth* en la Restauración, fue la versión de Middleton la que adaptó al espectáculo operístico que Samuel Pepys consideró en 1667 «una de las mejores obras por […] variedad de baile y música, que he visto en mi vida», un espectáculo que nuestro teatro de hoy en día titularía sin duda *Macbeth, el musical*. Las brujas de Davenant no solo cantaban y bailaban; volaban. Y, lo que era aún más increíble, sobrevivían. El *Macbeth* que Davenant basó en la versión de Middleton se mantuvo en el repertorio teatral hasta la década de 1850. Con el paso de los años la pandilla de Hécate fue ampliándose hasta formar un *corps de ballet mauvais* de cincuenta miembros que interpretaba, tal como el nombre sugiere, una danza fea, un baile de arpías. Es evidente que las representaciones sucesivas de *Macbeth* mostraban una fascinación creciente hacia los «ministros de las tinieblas» [I.3.123] sobre la que conviene pensar.

PRIMERAS COSAS / «PRIMICIAS»

Holinshed comienza la historia de Macbeth en su *Crónica* con genealogías. Shakespeare empieza con brujas:

Trueno y relámpago. Entran tres brujas. (Acotación del Folio)

Es decir, Shakespeare empieza con problemas:

PRIMERA BRUJA ¿Cuándo volvemos a vernos?
¿En lluvia? ¿En rayos? ¿En truenos?

SEGUNDA BRUJA Cuando pierdan, cuando ganen
la batalla, cuando acaben
tremolina y barahúnda.

TERCERA BRUJA Antes de que el sol se hunda.



PRIMERA BRUJA ¿Dónde el lugar?

SEGUNDA BRUJA Junto al brezal.

TERCERA BRUJA Allí con Macbeth iremos a dar.

PRIMERA BRUJA ¡Ya voy, Beche Gris!

TODAS Hermoso es lo feo y es feo lo hermoso:
volar por la niebla y el aire apestoso.

Salen.

Y luego se marchan.

Transcrita exactamente del Folio para reproducir la más temprana evidencia textual que tenemos de las instrucciones del dramaturgo respecto a la representación (o la ausencia de ellas), esta escena inicial demuestra la práctica habitual de Shakespeare consistente en utilizar las primeras escenas para crear una imaginería que, como minas, detonará a lo largo del resto de la obra. Establece un ritmo acústico o de dicción y un vocabulario específico para la obra, pero también una retórica, una forma de hablar. E introduce un campo visual, un aparato material que la representación empleará y habitará. En *Macbeth* comprime todo eso en solo diez líneas, un rayo de una escena inicial que cae y se desvanece antes de que los espectadores puedan hacer poca cosa más que «asustarse», como le sucederá a Macbeth más tarde. Esta escena es una iniciación a la extrañeza que se anticipa al primer encuentro de Macbeth con «tan raros acertijos» [I.3.75]. Lo que Shakespeare le hace más tarde a Macbeth, lo ensaya primero con el público. Nos ofrece un supuesto práctico preliminar sobre la duda.

Todo en esta pequeña escena dificulta la interpretación. Suena extraña. La «acústica estándar» en el escenario de Shakespeare es el pentámetro yámbico, como el primer verso de Macbeth en la obra: «Día tan malo y tan hermoso nunca he visto» [I.3.37]. Por el contrario, «¿Cuándo volvemos a vernos? | ¿En lluvia? ¿En rayos? ¿En truenos?» nos da un verso cortado, un acento invertido como un latido arrítmico o el sonido de aproximación del escualo en el clásico de Steven Spielberg, *Tiburón*, que acelera nuestro pulso hasta la taquicardia. Hay algo extraño en la estructura de la rima. Es como si las preguntas planteadas («¿Cuándo?», «¿Dónde?») no estuvieran abiertas sino cerradas, limitadas a respuestas predestinadas, y la rima en sí fuese una especie de voz profética. Y luego está la retórica de la escena. La obra se inicia con una pregunta: «¿Cuándo volvemos a vernos?». Y las tres escenas siguientes también: «¿Qué hombre es aquel ensangrentado?», «¿Dónde has estado, hermana?», «¿Se ha hecho ya justicia en Cáudor?». Estas preguntas producen la extraña sensación de un mundo que duda profundamente de sí mismo, necesitado de respuestas que con frecuencia no llegan, pero al mismo tiempo, de forma paradójica, un mundo en el que el futuro está ya fijo y todas las respuestas se conocen. Casi cada verso de esta apertura contiene una pregunta adicional, una paradoja o antítesis, una ambigüedad o un juego de palabras: «Cuando pierdan, cuando ganen | la batalla», «Hermoso es lo feo y es feo lo hermoso». Esta es la retórica del equívoco, del doble sentido, y resulta ser el lenguaje característico de esta obra. De acuerdo con la memorable observación de L. C. Knights sobre el «nauseabundo ritmo de vaivén» de este tipo de versos («¿Puede esta sobrenatural solicitación ser mala? No. ¿Puede ser buena? No», I.3.130], la retórica de *Macbeth* sugiere «la clase de juego metafísico a cara o cruz que va a disputarse entre el bien y el mal». Las ecuaciones morales que proponen tales versos son aterradoras. ¿Significa «cuando pierdan, cuando ganen | la batalla» que ganar y perder van a ser, de algún modo, lo mismo en *Macbeth*? Y

si «hermoso es lo feo y es feo lo hermoso», ¿cómo se distingue? ¿Cómo se reconoce la condena o la gracia? ¿Cómo sabes a quién estás mirando?

La escena inicial encuentra esta última pregunta particularmente perturbadora (y continuará molestando: Duncan, en I.4.12-15, dirá del súbdito de quien nunca esperó que le traicionase: «él era un caballero en quien | fundé una entera fe». Sin embargo, nunca se sabe. Porque «No hay arte alguna | de descubrir en una cara las marañas | del pensamiento»). Utilizando todo nuestro «arte» en la escena 1 del acto I, ¿qué pensamos de «las tres»? Más tarde, Banquo las describirá como criaturas de antítesis y paradoja: «¿Vivís? ¿Sois cosa […]?», «debéis ser mujeres, | pero […]» [I.3.41, 44-5]. Las denomina «fantasías», es decir, creaciones ficticias de su propia imaginación [52]. No obstante, «por fuera» semejan ser corpóreas [53]. Pero entonces «se desvanecen», como burbujas en agua o «soplo en el viento» [78, 81]. En la escena 1 del acto I, el texto no nos ayuda demasiado para decidir quiénes o qué son «las tres». No se nombran una a otra, ni a sí mismas. Los nombres de los personajes en el Folio son «1.», «2.» y «3.». Solo en las acotaciones son «*brujas*», y, de forma increíble, solo una vez en la representación, en I.3.6, cuando la «piojosa culo-gordo» parece saber muy bien con quién se está negando a compartir sus castañas: «¡Arredro, bruja!», grita. Puede que esté en lo cierto, pues la propia «bruja» explica la pulla sin negarlo. En esa última escena «las tres» se llaman a sí mismas «las hermanas», y «las fatídicas hermanas» es el nombre que Macbeth conoce cuando las cita en su carta a su esposa en I.5.7, y Banquo recuerda cuando admite soñar con ellas en la escena 1 del acto II. Pero ¿qué es una «bruja» o una «fatídica hermana»?

En la escena 1 del acto I, no lo sabemos (recordemos que no oímos la palabra «bruja» en esta obra hasta I.3.6). Y si el texto no nos lo dice, tampoco lo hace la representación: los comentarios desconcertados de Banquo en la escena 3 del acto I, tal como hemos visto, solo toman la medida a las fatídicas hermanas encontrándolas incomprensibles. Son enigmas, con cuerpo («semejáis») y sin cuerpo («se desvanecen»), lo cual expone las confusiones entre lo material y lo sobrenatural que vuelven tan problemática la intervención de las fatídicas hermanas en la obra. Lo que sí sabemos en la escena 1 del acto I es que volverán y que ya han identificado a un futuro al que llaman «Macbeth». Cuando reflexionemos más tarde sobre ello, no podremos citar un momento en esta obra que preceda a la interferencia o contaminación por parte de las brujas (compárese con *Hamlet* o *Sueño de noche de verano*, que empiezan con escenas de la vida cotidiana —una guardia, preparativos de boda, una discusión familiar— antes de que los encuentros con un fantasma o con hadas vuelvan sus mundos del revés).

Resulta instructivo recordar al rey Jacobo y su manual de brujería, *Demonología*. Su libro nos dice cosas que necesitamos saber —y, desde luego, también *Macbeth* de Shakespeare— sobre los «ministros de las tinieblas». Para empezar, trabajan «con permiso de Dios». En un universo en el que Dios es omnipotente y omnisciente, ¿cómo podría ser de otro modo? No obstante, considerando las implicaciones para el ser humano, impresiona pensar que Dios da libertad a Satán para que actúe sobre Macbeth. Por otra parte (y ello pretende consolarnos), «Dios no permitirá» que Satán «engañe a los suyos, solo a los que primero se engañen a sí mismos». ¿Es eso Macbeth? ¿Alguien que se engaña a sí mismo? O, lo que es más preocupante, ¿es una víctima permitida de Satán porque nunca ha sido «suyo», o sea, de Dios, porque nunca fue uno de los elegidos para la salvación, sino alguien destinado a condenarse? Sobre la profecía y si el diablo y las brujas que le sirven conocen el futuro del hombre, *Demonología* afirma que solo Dios es profeta, pero el diablo, que posee «astucia mundana», es capaz de juzgar la «probabilidad de lo que ha de venir» por lo que «ha pasado antes». Así, las brujas no conocen nuestro futuro porque sean adivinas sino porque ven y han vigilado nuestro pasado. Nos han



estado observando. ¡Son nuestras «familiares»! No es extraño que las fatídicas hermanas conozcan a Macbeth sin que él lo sepa. Según *Demonología*, el poder de las brujas de causar apariciones va unido al papel de Satán como «padre de todas las mentiras». Satán es «el imitador de Dios», un mero falsificador que elabora toscos simulacros de las verdaderas creaciones divinas. Por lo tanto, sus agentes son «imitadores del imitador» y sus apariciones son falsas. Aun así, pueden provocar males que parecen reales, como causar tormentas, matar el ganado, despojarte de tus impulsos sexuales, volverte insomne o cruzar el mar en un cedazo, afirmaciones sobre brujas reflejadas en *Noticias de Escocia* y repetidas en *Macbeth*. Pero el poder de las brujas es limitado, como muestra la historia del «marinero» en la escena 3 del acto I. Se ha ido a Samarcanda, pero no está a salvo, pues dice la primera bruja:

> […] yo en una ceranda
> allá bogaré,
> y allí, como rata rabona,
> roeré, roeré y roeré.

La bruja promete un montón de problemas para el marino. Sin embargo, «y aunque el barco no se hunda | tumbo y tunda tremebunda» [8-10, 24-5], acaba diciendo.

De forma paradójica, las instrucciones que obtenemos del rey Jacobo hacen a las brujas de *Demonología* tan ambiguas como las de *Macbeth*: tanto irrisoriamente impotentes (pues, sobre el escenario de Dios, Satán siempre interpretará el papel secundario de un portero) y aterradoramente poderosas (se nos ocurre que nuestro papel, como mortales, es el de marineros perpetuos). Pero ¿podemos tomarnos en serio su poder? Navegar en un cedazo es un truco propio de los numeritos habituales del doctor Fausto, escenificados para entretener a sus mecenas de altos vuelos, pero no la clase de crimen contra la ley natural que provocará un caos universal (aunque, desde el punto de vista iconográfico, el cedazo es el emblema de la castidad y su apropiación por parte de las brujas resulta monstruosa). Pero ¿y si nos replanteamos el poder de las brujas con un nombre diferente, sustituyendo su impúdica «ceranda» por el sinónimo que aparece junto a ella en la confesión de brujería que tanto impresionó al rey Jacobo, y a Shakespeare, quien, parece claro, leyó *Noticias de Escocia*? Agnes Sampson le dijo al rey que las brujas «iban por el mar cada una en una criba o ceranda». Estos utensilios son lo mismo. Las cerandas tamizan partículas finas; las cribas separan materiales gruesos, como pueden ser la grava o la carbonilla (y el Día del Juicio Final las almas encallecidas, las conciencias calcificadas). Con sus grandes agujeros, que garantizan el hundimiento inmediato, una criba constituye una embarcación aún más desconcertante que una ceranda. Por supuesto, la palabra inglesa que significa «ceranda», *riddle*, tiene también el sentido de «adivinanza», un acertijo verbal que resulta ambiguo, una especie de magia ejecutada con la expresión, al mismo tiempo transparente y opaca, que pide a gritos interpretación y sin embargo la bloquea. Así pues, una criba flotante… es una adivinanza. Y esta es precisamente la clase de broma que más abunda en *Macbeth*: lo que diferencia a las brujas de Shakespeare de las del rey Jacobo es un sentido del humor adicto al lenguaje figurado.

Supongamos lo más lógico, o sea, que las brujas de Shakespeare gustan de los juegos de palabras y «viajan» en adivinanzas. Ello podría sugerir que su verdadero poder para perturbar sistemas reside en su capacidad de hablar en clave. Así, la tentación que ofrecen no es su «sobrenatural solicitación», su «saludo agorador», sino su adivinación «a medias», es decir, incompleta. Hablan con acertijos que Macbeth debe completar

—«perfeccionar»— llenando los espacios en blanco para precisar los dudosos e inciertos términos. Eso es lo que está haciendo cuando responde por primera vez a los saludos de las fatídicas hermanas. «Sé, por muerte de Sínel —dice—, que soy barón de Glamis.» Pero luego, perplejo, pregunta: «¿cómo de Cáudor? El de Cáudor vive» [I.3.70-71]. Es decir, Macbeth oye «Cáudor» como una adivinanza. ¿Cómo, exige saber, puedo ser yo Cáudor cuando lo es otra persona? La cuestión es que Macbeth se queda perplejo ante el término incorrecto. La palabra de la adivinanza no es «Cáudor», sino «vive». Porque, como Macbeth averigua por los treinta y siete versos de Angus en la clase de enunciado que ofrece esta obra sin pestañear siquiera, haciendo de los verbos agentes de duplicidad metafísica, Cáudor está tanto vivo como muerto: «Vive aún el que era Cáudor» [108]. ¡Con cuánta malevolencia llega a nuestros oídos este nuevo eco! Que Cáudor «arrastra ya una vida | que ha merecido bien perder» [109-110] hace que «pierda y gane», una ironía intensificada por una acción escénica en la que Macbeth está deslizándose en el título que aún no está libre, suplantando a Cáudor como lo hará con el rey Duncan.

Cuando una palabra aparentemente sencilla y familiar como «vive» se vuelve dudosa, es momento de poner en duda todo enunciado. Muy pronto observaremos en *Macbeth* una transferencia desmandada del lenguaje, palabras que comienzan en la boca de las fatídicas hermanas y que más adelante brotan de la lengua de otros personajes. «Hermoso es lo feo» regresa como primera frase de Macbeth: «Día tan malo y tan hermoso nunca he visto» [I.3.37]; «Cuando pierdan, cuando ganen» se repite en la última frase de Duncan: «Lo que él perdió, el noble par Macbeth lo gana» [I.2.70]. Podemos observar que las palabras sencillas se convierten en acertijos, como ocurre en la primera escena de la obra. Y veremos que, de esas primeras cosas, *Macbeth* nunca se recupera.

«¿CUÁNDO?» / «AHORA»

Las fatídicas hermanas le dicen a Macbeth que será rey. Le remiten «adelante en el tiempo» [I.5.7-8], pero no dicen cuándo, y «cuándo» es lo único que importa.

Su predicción vulnera el tiempo, como cualquier predicción, al eliminar la distancia entre presente y futuro. Esa transgresión les lleva a presentar sus predicciones como enigmas por resolver, y las energías que desprenden empujan al instante a Macbeth a pasar de la escucha a la acción sin poder evitarlo. Así funciona la mente, pues, como observa Teseo (en *Sueño de noche de verano*, otra obra que intenta racionalizar lo irracional), el hombre posee una imaginación con tales «mañas» que actúan como transmisores instantáneos entre cerebro y mano: «solo que tal vez perciba una alegría, | concibe ya algún ser que aporta esa alegría» [V.1.19-20]. No es de extrañar que al oír la profecía la imaginación de Macbeth pase de «rey» a «asesinato» en un solo instante. Tampoco resulta sorprendente que su instinto inmediato consista en parar el tiempo: «Esperad», pide [I.3.69].

Del mismo modo que *Otelo* está centrada en las habladurías —su primer verso es «Calla, no me hables de ello» y su última frase es «[…] haré saber tan triste caso»—, *Macbeth* se centra en la puntualidad y la elección del momento. «¿Cuándo?», pregunta la primera bruja al principio. «Ahora», contesta Angus casi al final [V.2.16, 18, 20]. La obra oscila entre esa pregunta y su respuesta, que acaba llegando con la declaración de Macduff «Libre está el tiempo» y la promesa final de Malcolm de que su monarquía restaurada cumplirá «en razón, lugar y tiempo» [V.6.94, 112]. Mientras tanto Escocia vive pendiente de los relojes. «Una, dos: bien, pues es hora de hacerlo», susurra lady Macbeth, prestando oídos a los ecos que suenan en su cabeza [V.1.34-5]. «Harpía nos grita “Es la



hora, la hora”», dice la tercera fatídica hermana en IV.1.3. En la escena 1 del acto II, Banquo y Fleancio se hallan en el patio escudriñando el cielo vacío para saber «Por dónde va la noche», pero no pueden averiguarlo. La luna está puesta, han «apagado» las candelas y el reloj no se ha «oído» [I.2.5]. En la escena 5 del acto I, lady Macbeth se asombra de la llegada inesperada de Duncan «esta noche aquí», «Y ¿cuándo marcha?». ¿Mañana? «Ah, nunca nunca | verá sol tal mañana» [57-9]. En la escena 2 del acto II, suenan aldabonazos en el portón; es Macduff, que recibió órdenes del rey de «llamarlo con buen tiempo» y «casi» dejó «escapar la hora» (lo cierto es que llega demasiado tarde). Aun así, el portero vacila, pierde el tiempo, bromea diciendo que «harto tendría que darle vueltas a la llave» y se demora en abrir [II.3.43-4, 2].

Cada vez que un angloparlante abre la boca expresa el tiempo, pues, a diferencia del chino, por ejemplo, el inglés es un idioma cuyos tiempos verbales (del latín *tempus*, tiempo) ubican nuestras acciones: presente, pasado, futuro. Nos ayudan a ordenar nuestro mundo. Al escuchar cómo reacciona Macbeth ante las predicciones de las fatídicas hermanas tenemos la sensación enfermiza de una mente que pierde su concepto del tiempo real, perdiéndose en «horrendas imaginaciones». Su soliloquio en I.3.126-41 está estructurado por marcadores temporales, pero sus verbos resbalan como si se tambaleara borracho: «Dos verdades se han dicho», empieza pensativo, hablando de las predicciones. De las tres, ¡dos ya se han hecho realidad! ¡Qué rápido se convierte el futuro en el pasado! Este «prólogo feliz» ofrece «las primicias [futuro] de mi suerte | fundándose [ahora] en verdad»: «ya soy [ahora, tiempo presente] señor de Cáudor». Sin embargo, Macbeth se ve catapultado a un futuro de «horrendas imaginaciones» y «fantasma […] en sospecha» que tiene efectos reales en su cuerpo ahora: la «traza» de un asesinato que «aún» no se ha producido le eriza los cabellos y hace al «corazón batir con mis costillas». Macbeth intenta mantener a raya el futuro: «Si el sino me hace […] que el sino me corone» [143]. Lo aleja más todavía —«¡Venga lo que venga al cabo!» [146]— antes de arrojarlo al pasado: «mi cerebro boto andaba | ajetreado con asuntos olvidados» [149-150]. Pero ¿es realmente así? Las últimas palabras que le dirige a Banquo recuerdan ya «asuntos olvidados» en el futuro:

> Piensa en lo que ha ocurrido, y ya con más despacio,
> tras haberlo en tanto sopesado, ve que hablemos
> de corazón entre nosotros […]
> Pues hasta entonces, basta. [153-6]

De forma significativa, cuando Macbeth contempla el asesinato de Duncan no piensa en el poder, la política o la ambición, sino en el tiempo, angustiándose con los verbos, conjeturando la relación entre «hacer» y «hecho»:

> Si quedara hecho ya cuando se hiciera, entonces
> bien fuera hacerlo al punto. Si el asesinato
> echara red a las consecuencias, y atrapara
> su logro en su remate…, que ese golpe solo
> pudiera ser el todo aquí y el fin de todo… [I.7.1-5]

Si, argumenta, un asesinato se completa cuando se lleva a cabo, más vale que lo hagas y acabes con ello. Pero quizá no. Tal vez «ese golpe» no sea «el fin de todo»; puede que sea solo el principio. Al tratar de solucionar la relación entre «cuando» y «hecho», el presente y el futuro, Macbeth está buscando en realidad la relación entre lo temporal y lo eterno, contraponiendo «esta orilla y escollos del tiempo [humano]» y «la otra

vida» [6-7], es decir, la salvación o la condenación. Por supuesto, existen otros modos de imaginar la relación entre «cuando» y «hecho». Lady Macbeth, que no ve «consecuencias» en sus actos, da por supuesto que «Hecho está lo hecho» [III.2.12], aunque más tarde se entera de que no es así. Como las fatídicas hermanas, elimina el tiempo, queriendo «en el instante el porvenir» [I.5.56], aunque para ellas el futuro sucede en el presente continuo: «roeré, roeré, y roeré» [I.3.10].

El tiempo en *Macbeth* se acelera. Macbeth necesita tres soliloquios y dos conversaciones con su mujer a fin de mentalizarse para matar a Duncan. Con Banquo se muestra mucho más rápido, y el asesinato de la familia de Macduff es «pensado y hecho», «las primicias de mi corazón serán primicias | de mi mano» [IV.1.146-8]. Las escenas se abrevian a medida que avanza la obra para representar la aceleración del tiempo. El tiempo se acorta. Pero paradójicamente el tiempo también se detiene o repite la acción como en una cinta de vídeo en bucle. El día y la noche se vuelven borrosos y se convierten en una oscuridad sin tregua mientras Macbeth y su mujer viven en un limbo de insomnio donde el tiempo es la memoria nostálgica de un pasado en que el mundo funcionaba con arreglo a leyes conocidas. En este nuevo mundo delirante «lo hecho» vuelve a ser «hacer, hacer y hacer». Los muertos regresan. Afligido de modo casi cómico por el latoso fantasma de Banquo, Macbeth recuerda «Ya ha pasado el tiempo» en que si le reventabas la sesera a un hombre «se moría, | y fin; pero ahora se alzan otra vez […] | y nos arrojan | de nuestro asiento» [III.4.77-81].

Pero hay apariciones más terribles que los fantasmas. Están los recuerdos que asaltan la mente. Al salir de la alcoba ensangrentada Macbeth cambia con su esposa unas preguntas que revelan la descomposición de las mentes:

MACBETH Lo hice, hecho está. ¿No has oído un ruido?

LADY MACBETH Oí graznar el búho y crepitar los grillos.
Tú ¿no has hablado?

MACBETH ¿Cuándo?

LADY MACBETH Ahora.

MACBETH ¿Al ir bajando? [II.2.14-16]

Macbeth no puede dejar de volver sobre sus pasos: repite el acontecimiento, devolviéndose a sí mismo a los momentos previos a que sucediera, recordando al criado que se reía durmiendo y al otro que gritaba, despertándoles a ambos. Recuerda haberles oído rezar y decir «Amén», un «Amén» que quedó atascado en su garganta al oír otra voz que exclamaba: «¡No duermas más!: | Macbeth asesina al sueño» [35-6]. Macbeth repite de forma obsesiva «sueño» ocho veces a lo largo de estas y las siete líneas siguientes mientras su cinta de memoria se enrolla en su mente y su histeria creciente contagia a lady Macbeth, que insiste en que no piense: «No ahondes tanto en ello», «Estos | asuntos no se deben revolver de tales | maneras», «aflojas tu gran fuerza al razonar de cosas | tan enfermizamente» [II.2.30, 33-4, 45-6]. Pero el cerebro es un libro en el que las «atenciones | escritas quedan» de forma indeleble, «donde vuelvo cada día | la hoja para leerlas» [V.3.150-52]. Y nada, ninguna medicina, ni ruibarbo ni sen, puede «borrar las turbias escrituras del cerebro» [V.3.55.42].

En la escena 1 del acto V, se les proporciona a los espectadores la posibilidad de experimentar una visión aterradora del interior de un «alma herida». Al caminar dormida, lady Macbeth convierte en literales las tremendas metáforas que han estado circulando por el texto desde el momento en que Macbeth «ha muerto al sueño» [II.2.42] y representa



con su sonambulismo el regreso del pasado para apropiarse del presente. No hay nada en el teatro de comienzos de la era moderna capaz de igualar esta escena, ni siquiera la locura auténtica y desesperada de Ofelia, que, en comparación, deja en muy mal lugar la «actitud extravagante» de Hamlet. Lady Macbeth realiza las terribles metáforas que Macbeth solo imagina en su mente. «Sus ojos están abiertos», «pero están cerrados a la sensación» [V.1.24-5]; ¡exactamente como le ocurre a Macbeth! Y aunque su cuerpo está presente, su mente está en otra parte, atrapada, recordando el pasado, rememorando el asesinato noche tras noche, pendiente del reloj, oliendo la sangre, obsesionada por «una mancha» y desconcertada por la abundancia de esta: «¿quién habría pensado que el viejo tenía tanta sangre en su cuerpo?» [38-9]. Lavándose y lavándose la «mano pequeña» que «todos los aromas de la Arabia no perfumarán» [48-9], nada de lo que pueda hacer ahora redimirá el futuro. Efectivamente, el futuro entero de lady Macbeth pertenece a esta única acción. Ese es el aspecto que tiene la condenación.

Mostrando un horror auténtico ante su «descubrimiento» del cadáver de Duncan, Macbeth declara: «Solo una hora hubiera muerto yo antes de esto | y feliz mi tiempo habría sido» [II.3.88-9]. Y tiene toda la razón, puesto que «desde este | momento, nada hay serio en lo mortal» [89-90]. El tiempo posterior al asesinato carece de sentido. «Mañana, y mañana, y mañana» solo producirá «ayeres» para alumbrar a los «necios, | el camino a la polvorienta muerte» [V.5.19, 22-3]. El hombre no es más que un «pobre actor» [24], y su vida resulta tan intrascendente como el transcurso de una artificial puesta en escena. Constituye un cuento «sin ningún sentido» [28]. Este vaciado del tiempo humano es el instante más nihilista de *Macbeth*.

Pero a estas alturas el controlador del tiempo ha llamado al portón, que ha sido abierto por quien se llama a sí mismo el «portero del demonio» [II.3.16], despertando a toda la casa. Y el «¿Cuándo?» inicial de las fatídicas hermanas recibe su respuesta aplazada de labios de Angus, que describe el «ahora» de Macbeth:

> Ahora es cuando siente
> pegársele a las manos sus secretos crímenes;
> revueltas cada minuto le echan su fe rota
> […] Ahora siente que su título
> le cuelga flojo, como manto de gigante
> sobre un ladrón enano. [V.2.16-22]

Macbeth consigue matar a un rey y, a la vez, al sueño. Sin embargo, falla en su intento más audaz: no puede matar el tiempo. Cuando insistió para que las fatídicas hermanas le dijesen si la descendencia de Banquo reinaría en Escocia, ellas respondieron con un «espectáculo», una serie de reyes que parecía irse a «estirar […] hasta el tambor del Juicio», el fin de los tiempos [IV.1.116]. El último lleva un espejo en la mano, el cual multiplica la «Visión horrible» [121] que enmarca. ¿Es esta multiplicación del futuro el mejor chiste de las fatídicas hermanas, o su acertijo óptico más cruel?

«MENTIRAS COMO VERDAD»

¿Cómo se saben las cosas? ¿Cómo se demuestran los «raros acertijos»? En Otelo se exige «prueba evidente», la cual se obtiene cuando Desdémona entra y Otelo sabe al mirarla que las fantasías pornográficas de Yago son falsas:

> ¡Si ella es infiel, de sí se burla el cielo,

no he de creerlo! [III.3.274-6]

En *Macbeth* la mirada está desacreditada (igual que falla en *Otelo*), pues, como sabe Duncan, «No hay arte alguna | de descubrir en una cara | las marañas del pensamiento» [I.4.12-13]. Las caras de los traidores son «máscaras» para su pensamiento [III.2.34]; es alguien que puede parecer «flor sumisa», pero ser «la sierpe bajo ella» [I.5.63-4]; que puede burlar «al tiempo con apresto alegre y grave» y cuyo «falso rostro» puede esconder «lo que en el falso corazón se sabe» [I.7.81-2]. El joven Malcolm, en Inglaterra para huir de los asesinos de Macbeth, es un veterano alumno de la escuela de la hipocresía. Buscando en el rostro de Macduff señales reveladoras de traición, se disculpa, aunque sospecha:

lo que vos seáis, no pueden nunca trastocarlo
mis pensamientos. Son los ángeles aún claros,
aunque cayó el más claro; aun cuando use el ceño
de la gracia toda cosa vil, aún la gracia
debe parecer lo que ella es. [IV.3.21-4].

Incluso las señales halagüeñas: ¿cuánto significan? Mira, dice Banquo, escudriñando el vuelo del pájaro en el cielo mientras el cortejo real permanece en el umbral del castillo de Inverness,

Ese veraniego
huésped de las iglesias, el vencejo, prueba
con su amoroso anidamiento que aquí el cielo
galanamente alienta: no hay cornisa, friso,
arbotante o nicho acogedor donde ese pájaro
no haya colgado casa y criadora cuna:
donde ellos crían más y anidan, tengo visto
que es fino el aire. [I.6.3-10]

Se vuelve y ve a una sonriente lady Macbeth que entra y saluda al real invitado.

Hamlet comprueba «raros acertijos» —«Aquel espíritu que vi | puede ser el demonio […] | Tendré que hallar más pertinentes bases»— representando una obra para poder observar las reacciones de los espectadores y sacar conclusiones de sus hipótesis: «Con que tan solo se estremezca», el espectro está en lo cierto, Claudio es un asesino, y «sé lo que debo hacer». Pero «si su culpa escondida | no asoma las orejas» Claudio es inocente y es «un fantasma maldito». En cualquier caso, Hamlet soluciona el problema de saber: «La comedia es el medio que me trazo | para tender al alma del monarca un lazo» [II.2.596-601, 595, 596; III.2.90-92; II.2.602-3].

Macbeth recoge el hábito de Hamlet de formular hipótesis, aunque sin la obra de teatro como «bases» materiales para las conclusiones de Hamlet. Al escribir sobre las historias de Shakespeare —piensa en concreto en las de *Enrique IV*—, John Kerrigan observa con gran acierto que estas obras «se basan en la mirada al pasado». De igual modo, las tragedias se basan en la hipótesis, pero si la mirada al pasado se ancla en la memoria (aunque el recuerdo de los ancianos vaya a la deriva), la hipótesis en *Macbeth* se sitúa en lo imaginario: «Si podéis ver en la semilla de los tiempos»; «Si quedara hecho ya cuando se hiciera»; «Si el asesinato»; «Y ¿si fallamos?»; «A ser así, | por la estirpe de Banquo habré manchado el alma»; «Si osarios y sepulcros nos devuelven fuera | los que enterramos»; «Como mientas»; «Si tu cuento es cierto» [I.3.57; I.7.1, 2, 59; III.1.63-4; III.4.70-71; V.5.38, 40]. A diferencia de las de Hamlet, las hipótesis de Macbeth no las



demuestra por la práctica. No tienen la intención de saber «lo que debo hacer», sino que buscan a tientas, inquietas, aferrándose a la metáfora. Se imaginan cosas a partir de otras figuraciones. En los versos de la escena 7 del acto I, en los que se premedita el regicidio —«Si el asesinato | echara red a las consecuencias, y atrapara | su logro en su remate»— observamos que «el asesinato» está separado de su teórico ejecutor. La hipótesis de Macbeth le hace ausentarse del crimen. El asesinato se convierte en agente de su propia obra, capaz en sentido figurado de lanzar una red sobre las «consecuencias»: esta última palabra es neutral pero capciosa. En *Hamlet* entendemos metafóricamente cómo puede una obra «atrapar» una «conciencia», pero ¿cómo atrapa una «red» el «remate»? Y ese «logro en su remate», ¿cómo queda empaquetado en la misma red? ¿O es lo que elude las «consecuencias»?

Macbeth, según A. R. Braunmuller, es una obra que piensa a través de la metáfora. En su variedad más simple, la metáfora establece una mutua relación teórica entre dos cosas que la mente suele mantener separadas, de forma que un poco de cada una influye en la otra. La metáfora funciona por fricción poética. En esta obra los títulos inmerecidos son «prestada ropa», atuendo robado que «le cuelga flojo […] como manto de gigante | sobre un ladrón enano»; la cara «es libro en que los hombres | leer pueden raros temas»; la memoria lleva plantada «una arraigada pena»; «es salsa del manjar | la cortesía»; el sueño es «baño de enconadas penas» [I.3.108; V.2.21-2; I.5.60-61; V.3.41; III.4.35; II.2.38]. No obstante, lo más peligroso es que las metáforas actúan como eufemismos; pueden legitimar lo ilegítimo. Si Malcolm, ascendido a heredero forzoso, es «un peldaño» es posible «saltarlo»; si Banquo es una «serpiente» es posible «matarla»; si el hijo de Macduff es como «huevas» se le puede aplastar [I.4.49-50; III.2.13; IV.2.83]. Para lady Macbeth el crimen supone un «negocio» que llevar a cabo [I.5.66]. Estas metáforas intentan vacunar al entendimiento contra los horrores que representan. «Las primicias de mi corazón serán primicias | de mi mano», decide Macbeth [IV.1.146-7], una metáfora que explota en nuestro cerebro a medida que el discurso avanza y entendemos que las «primicias» no son solo primeros impulsos, sino hijos primogénitos. «Estoy metido en sangre | hasta tan hondo que, si no entro más al vado, | volver tan duro fuera como atravesar», observa [III.4.135-7], y nuestros sentidos están tan abrumados por lo que representa la metáfora, un vasto mar de sangre lamiendo los muslos del asesino, que nuestro intelecto tarda en ponerse en marcha y desentrañar su lógica. Si «no entro más al vado» significa «pongo fin al asesinato», ¿por qué «volver» equivale a «atravesar»? ¿Deberá Macbeth regresar matando a la tierra firme de la inocencia?

A medida que los personajes intentan entender lo incomprensible, sus metáforas se hacen más forzadas y las ideas opuestas más violentamente incompatibles. La búsqueda de analogías perturba la expresión, aunque, de modo extraño, descubre que las cosas solo pueden conocerse desconociéndolas. La metáfora elimina la noción de una cosa, hace que deje de ser ella misma, presentando alternativas que la alejan cada vez más de sí. El sueño es lana, agua, medicina, comida: «desenreda el embrollado ovillo | de las preocupaciones»; es «baño de enconadas penas»; «bálsamo del alma herida»; «dádiva segunda | de la gran Madre» [II.2.37-9]. La vida es «una andante sombra»; «un pobre actor»; «un cuento | contado por un idiota»; «sin ningún sentido» [V.5.24-8]. Duncan asesinado es una obra de arte, una «obra maestra», hecha por la «perdición». Es un «templo» profanado; una Gorgona cegadora; «la imagen del gran Juicio» [II.3.63, 65, 68-9, 75]. «¿Qué es eso que dices?», grita lady Macbeth en un momento dado cuando la expresión de su marido parece alterarse [II.2.40]. El lector tampoco entiende de forma literal unas palabras cuyas imágenes alucinantes se congregan como ejércitos de fantasmas insurgentes:

> […] sus virtudes
> reclamarán como ángeles de trompetera lengua
> condena en firme de su desaparición;
> y piedad, como un desnudo crío recién nacido,
> a lomos de la tromba, o querubín celeste,
> cabalgando en las ciegas postas de los aires,
> hará estallar la horrenda acción en todo ojo,
> tanto que el llanto anegue el viento. [I.7.18-25]

> Ven, cegadora noche,
> véndale el tierno ojo al compasivo día
> y con tu invisible ensangrentada mano borra
> y desgarra en tiras este poderoso lazo
> que me tiene pálido. La luz se espesa; el cuervo
> de vuelo va al graznante bosque, y ya los bienes
> del día a declinar y adormecerse empiezan,
> mientras los agentes negros de la noche bullen. [III.2.46-53]

Escribir frases como estas es como si Shakespeare inventase un lenguaje para exteriorizar el interior de la mente de Macbeth, donde la razón, la conciencia, lo imaginario y la fantasía luchan por encontrar palabras, donde «el poder de obrar ahogado está en sospecha» y «solo es algo aquello que nada es» [I.3.140-41]. Y no solo la mente de Macbeth; en este mundo la metáfora parece poseer una mente propia. Solamente hay que pensar en el zigzag que dibuja la metáfora en estos versos sobre «el cruel Macdónwald»:

> (digno de ser traidor como es, pues para ello
> todas las vilezas pululantes de natura
> hacen enjambre en él) […] [I.2.10-12]

El sargento ensangrentado está diciendo que Macdónwald, como traidor, atrae a esa vileza mayor toda vileza menor del mundo, ¿no es así? La cuestión surge porque la metáfora, hábilmente, invierte al agente y a la víctima. Asimila la vileza, convirtiéndola en algo que la naturaleza produce, un avispero o un hormiguero furioso, en lugar de un crimen que un hombre comete. Y luego vuelve a estas hordas «multiplicadoras» contra el criminal, llevándolas a transformarse en un enjambre horrible sobre el traidor acosado que se convierte en la víctima indefensa e infortunada. O pensemos en lady Macbeth, convocando «espíritus que servís a las ideas | de muerte, despojadme aquí de sexo». «Aquí en mis pechos mujeriles, | ¡trocad la leche en hiel» [I.5.38-9, 45-6]. ¿Les ordena que sustituyan su leche por hiel o les invita a mamar de ella, diciendo que su leche es hiel? De nuevo, Ross, al celebrar las atrocidades del campo de batalla, le habla a Macbeth de sus asombrosas hazañas: «te encuentra entre las recias filas de noruegos, | sin miedo alguno a cuantos alzabas tú mismo | fantasmas de la muerte» [I.3.94-6]. Pero ¿hizo Macbeth esos «fantasmas» a partir de cadáveres de noruegos o de su propio cuerpo?

Más que replegarse sobre sí mismo, el lenguaje de la metáfora, como las adivinanzas de las brujas, muestra una tendencia a emigrar. Las palabras pronunciadas en una escena se trasladan a otra, donde adquieren nuevos significados, intensificados, irónicos, horrendos. Las cosas literales se vuelven metáforas; las metáforas se convierten en literales, como la «daga trazada en aire» del «cerebro opreso de la fiebre» que se materializa extrañamente cuando, incapaz de aferrarla, saca su propia arma en sustitución de ella [III.4.61; II.1.39-41]. Tales extrañas transacciones son típicas. En la escena 2 del acto 2, Macbeth mata al rey dormido, pero presenta el acto como metáfora: «Macbeth



asesina al sueño». Los asesinos se ponen ropa de dormir, fingen estar dormidos, pero de hecho «¡No duermas más!» excepto «en la aflicción de esos terribles sueños | que la noche nos agitan» [II.2.35; III.2.18-19]. En la escena 1 del acto V, esas metáforas culminan en la escena del sonambulismo. «Ponte la ropa de dormir», aconseja lady Macbeth [58], que ya se ha puesto la suya. Mientras camina y habla en ese éxtasis inquieto, burda parodia del sueño, el médico que la contempla es incapaz de aplicar el «bálsamo del alma herida» que ella anhela con nostalgia en sus últimas palabras: «A la cama, a la cama, a la cama» [II.2.39; V.1.64].

La palabra «banquete» —el ritual común y cotidiano de partir el pan que une a la familia, al clan y al Estado a través de la alimentación— experimenta un viaje similar en el transcurso de la obra. «Banquete» aparece por primera vez en la obra como metáfora. «De sus altas alabanzas [de Macbeth] me alimento:», dice Duncan, «es para mí un banquete» [I.4.56-7]. Más tarde, el sueño es un banquete —«principal manjar en el festín del mundo» [II.2.40]— que Macbeth desperdicia al matar a Duncan dormido. A continuación desperdicia su propio banquete de coronación [III.4]. «Sabéis ya vuestro rango», dice, dando la bienvenida a los señores que representan el orden de su reino, «sentíos» [I]. Pero a lo largo de las cien líneas siguientes destroza la mesa, amedrentado y aterrado ante el fantasma ensangrentado que nadie más puede ver pero que llega puntual, directamente desde la zanja donde «veinte tajos bien cavados» [26] deberían tenerle tendido, pero no. Mesa, sillas, asesinos, señores, esposa, todo ello —el mobiliario del banquete— se convierte en escudos para alzar entre el tembloroso rey y la visión que le horroriza. Sus señores se espantan; su esposa trata de encubrirle; pero la evidencia del banquete arruinado, el «trastocado […] regocijo» y «alboroto tan pasmoso» es condenatoria [108-9]. Mientras los señores se precipitan de cualquier manera hacia la salida vemos la ruina del reino en los restos del banquete. El rey y la reina se quedan en la sala, decaídos y cansados, hablando de esto y de lo otro, preguntándose qué hora es, anhelando el sueño, a sabiendas, incluso desde las profundidades de su agotamiento, que hay mucho más que hacer, que «Casi somos niños en el crimen» [143].

Por supuesto, este no es el primer banquete ni el último. Al principio de la escena 7 del acto I, las acotaciones del Folio indican: «*un maestre de sala* [un jefe de camareros] *y diversos criados con platos y servicio […] pasan por la escena*». Le llevan a Duncan el banquete que celebra el triunfo de Escocia, pero Macbeth está ausente, fuera, rumiando posibilidades: «Si quedara hecho». La actividad de su mente se superpone a las acciones del maestre de sala que tienen lugar detrás de él: el criado obediente contrasta con el anfitrión asesino, cuyos pensamientos sangrientos convierten en burla el banquete que se desarrolla en la sala adyacente. Aún más burla es el banquete que aparece en la escena 1 del acto IV. Las fatídicas hermanas se congregan alrededor de la caldera —«Doble, doble afán y brea»— para preparar un potaje tóxico a base de partes del cuerpo hervidas —entrañas, ojo, dedo del pie, lengua, pierna, hígado, nariz, labios y «dedo de bebé asfixiado» [30]— que se sirve porque a las apariciones les gusta que los cuerpos satisfagan el ansia de Macbeth, que les dice «respondedme». Esta es, metafóricamente, su última cena, y come hasta hartarse.

Al contemplar escenas así en la representación entendemos cómo nos hace una obra «pensar sensualmente» (una expresión de Robin Grove) y ver «sintiéndolo» (Gloucester en *El rey Lear*, IV.6.150). «Hará el piélago entero de Neptuno limpia | mi mano de esta sangre?», se pregunta Macbeth, mirándose horrorizado unas manos cubiertas con la sangre de Duncan que parecen desolladas [II.2.60-61]. La sangre es de Duncan, lo sabemos, pero nos da la impresión de que Macbeth se desangra y todas las terminaciones nerviosas de sus manos despellejadas están expuestas al dolor. Su esposa le asegura

alegre que «Un poco de agua de esta acción nos limpia» [67], y levanta unas manos manchadas como las de él. Pero la sangre de Duncan sigue escurriéndose en el tejido de su ser y no la borrará ninguna cantidad de agua, pues la «mancha» que la sonámbula frotará noche tras noche, lavándose las manos y encontrándosela en la piel, se le habrá filtrado al cerebro.

Al tomar parte en escenas tan angustiosas, los espectadores aprendemos de la metáfora de *Macbeth* una lección todavía más dura que el dolor. Aprendemos que en un mundo que produce de manera indistinta el «hambriento tiburón» y el «vencejo», «huésped de las iglesias» [IV.1.24; I.6.4], un mundo donde el equívoco no es una anomalía sino que se halla «en el corazón de las cosas» (son, una vez más, palabras de Robin Grove), en este mundo el equívoco también va a constituir el lenguaje. El lenguaje es una simple metáfora. En el mejor de los casos, es una aproximación que trata de hacer coincidir lo que pensamos con lo que decimos. Todo lenguaje lleva a cabo una especie de actos «equilibristas», y todas las palabras, en algún nivel, «nos la juegan con ambiguo entendimiento» [V.6.58, 59]. Como «el diablo» con sus «equívocos», el lenguaje, incluso en el mejor de los momentos, «miente con verdad» [V.5.43-4].

Mientras Shakespeare escribía *Macbeth*, estaba leyendo la traducción inglesa de John Florio de los *Ensayos* de Michel de Montaigne. En su ensayo «Sobre los mentirosos» Montaigne reprueba la mentira llamándola «vicio maldito». «No somos hombres —escribe — ni estamos ligados los unos a los otros más que por la palabra.» Mentir infringe nuestra palabra, la única hacedora del contrato social. Y cuando desconcierta, la mentira multiplica una confusión que en definitiva favorece el hundimiento del gobierno, el orden y la cultura. Tenemos poca defensa contra el mentiroso: «Si como la verdad, la mentira no tuviera más que una cara, estaríamos mejor dispuestos para conocer aquella, pues tomaríamos por cierto lo opuesto a lo que dijera el embustero mas el reverso de la verdad reviste cien mil figuras y se extiende por un campo indefinido».

«No somos hombres […] más que por la palabra», y eso nos convierte en blancos fáciles. Sobre todo porque «verdad» y «mentira» no son tan distintas como propone Montaigne. Los seres humanos no solo decimos verdades o mentiras; hacemos bromas, ponemos peros, hacemos juegos de palabras y utilizamos el doble sentido, formulamos acertijos «que guardan la promesa para nuestro oído» pero «la quebrantan para nuestra esperanza» [V.10.60-61]. ¿Son estos actos de habla mentiras o formas de decir la verdad? Al final Macbeth es destruido, pero no por una extraordinaria intervención sobrenatural, sino por eso que nos hace «hombres»: las palabras. Mientras piensa frente a Macduff, invulnerable:

> tengo
> una hechizada vida, que ceder no debe
> a nadie de mujer parido.

Macbeth aprende por fin cómo funciona el lenguaje en esta obra. «Pierde fe en tu hechizo», contesta Macduff,

> y el ángel a quien has hasta hoy servido sepa
> decirte que a Macduff del vientre de su madre
> se le arrancó a destiempo. [V.10.51-5]

¡Ah! Como al pensar en lo de Cáudor (tanto tiempo atrás) cuando la palabra de la adivinanza era «vive», Macbeth ha apostado su futuro a «mujer». Pero la palabra que «miente con verdad» es «parido».



«LA SEMILLA DE LOS TIEMPOS»

Cuando Ross llega a Inglaterra, llevando noticias a los exiliados, su visión de Escocia es apocalíptica:

> ¡Ah, pobre, pobre patria! Casi temerosa
> de conocerse ya a sí misma; ya no puede
> llamarse nuestra madre, sino nuestra tumba [IV.3.164-6]

Describir a los súbditos de Macbeth como los hijos de Escocia manifiesta una verdad terrible. El totalitarismo de Macbeth constituye una guerra contra el futuro y, en última instancia, contra los niños. En una obra que tiene al espectador «de horrores empachado» [V.5.13], ninguno supera los horrores imaginados y realizados con los cadáveres de niños.

Señalando el niño como «tal vez el símbolo más poderoso de la tragedia», Cleanth Brooks mostró lo arraigada que está la «niñez» en *Macbeth*. Los niños aparecen como personajes (el Fleancio de Banquo, las «huevas» de Macduff [IV.2.84], el niño pálido con «hígados de lila» que anuncia la llegada del ejército inglés de diez mil hombres en V.3.15). Son símbolos materiales (el «*niño ensangrentado*» y el «*niño coronado*» que surgen en forma de apariciones [IV.1.75, 85]). Figuran en las metáforas (la «piedad» es «como un desnudo crío recién nacido | a lomos de la tromba». Los «deberes» hacia el «estado y trono» de Duncan son «hijos y criados», mientras que las inspiraciones asesinas son «primicias» y la «pasión tan noble» es «hija» de la integridad). La imagen del niño une la apuesta de la obra por la historia, tanto sus ambiciones por «Mañana, y mañana, y mañana» y su nostalgia por un ayer «feliz», una época de gracia antes de que la memoria acabara figurando como erial plantado solo con penas. Desde el «¿Cuándo?» inicial de las fatídicas hermanas, *Macbeth* se centra en los futuros —profético, dinástico, doméstico, metafísico, eterno— y el niño es la encarnación material de todos ellos. Pero el niño representa también una nostalgia del pasado del adulto: cuando él también era inocente y su mente no estaba contaminada por ese «maldito pensamiento» [II.1.8] que hasta hombres buenos como Banquo alimentan. Es una ironía, por supuesto, que Macbeth quiera tanto poseer el futuro que las fatídicas hermanas le «dieron» como destruir el que «prometieron» a Banquo. De ello se deduce que la guerra de Macbeth contra el futuro es una guerra hacia los niños.

¿Y su propia paternidad? Lady Macbeth afirma haber «dado de mamar» y saber «qué tierno es el amor al crío que me sorbe» [I.7.54-5]. Pero la meditación de Macbeth en III.1.60-71 y el grito desolado de Macduff en IV.3.215 dejan claro que «Él no tiene hijos». Esta discrepancia puede significar mucho o nada. En el teatro, sin embargo, no puede eludirse: quien encarne a lady Macbeth debe interpretar la frase «He dado de mamar», y el actor que haga el papel de su marido debe interpretar lo que oye. Es posible, por supuesto, que la frase de lady Macbeth sea una de esas expresiones que abundan en esta obra y que «nos la juegan con ambiguo entendimiento» [V.6.59]. No obstante, sea cual sea su estatus como «historia real», su fuerza urgente en la escena 7 del acto I, es retórica y performativa.

La frase de lady Macbeth llega al final de un par de discursos cuyo objetivo es hacer un hombre de Macbeth. Él se ha decidido en contra del asesinato: «No más debemos ya seguir con este asunto» [I.7.31]. Ella contraataca con preguntas: «¿Estaba ebria | la esperanza […]?», «¿Ha dormido […]?» [35-6]. Sus regañinas agrían la esperanza hasta convertirla en el sueño de un borracho y reducen la corona a un accesorio que Macbeth quiere pero teme atrapar aunque se la arrojen sobre las rodillas. Ella le vuelve un gato,

una bestia, un borracho enfermo de fantasías de ambición. Pero ¿un hombre? Lady Macbeth solo le tiene por un hombre en uno de esos hipotéticos pasados-futuros que está imaginando constantemente esta obra: «Cuando a ello te atrevías, fuiste entonces hombre» [I.7.49]. Y tras hacer malabarismos con las palabras se desliza en su asombrosa e inesperada frase sobre el «crío que me sorbe», utilizando al niño recordado para crear, mediante una sintaxis de condicionales, una imagen aterradora de lo que haría ella para conseguir la corona:

> pues yo, cuando a mi cara más se sonriera,
> mi pezón de sus encías blandas arrancara
> y sus sesos estrellara, si jurado hubiera
> tal como tú has jurado en esto. [56-9].

Para hacer un hombre de Macbeth, lady Macbeth causa la muerte de un niño.

¿Y la lánguida respuesta de él? «¡Pare solo hijos varones!» [72]. Pero el único niño parido para Macbeth son los bebés monstruosos, recomposiciones por piezas de un «bebé asfixiado», que salen a la superficie en la caldera de las brujas.

Cabe señalar que mientras que el hijo del destino, Fleancio, escapa en la oscuridad, el niño asesinado en su lugar, las pequeñas «huevas» de Macduff, sufre a la luz. Su asesinato es la única muerte de *Macbeth* que el dramaturgo sitúa en el centro de la escena, a plena vista, obligando a los espectadores a mirarla de cara. Cabe señalar también que, aunque Macbeth se presenta como un Herodes moderno al matar a todas las criaturas para no ser depuesto, sabe que sus esfuerzos son en vano. Los niños ganarán. Porque, como ese bebé llamado «piedad» que, a pesar de estar desnudo y acabar de nacer, es capaz de cabalgar enérgicamente a lomos de la tormenta que desata Macbeth, los niños de *Macbeth* son tanto enanos como gigantes, tanto frágiles huevas como poderosos bosques móviles. Son la «semilla de los tiempos» [I.3.57]. Y no hay forma de contenerlos.

«¿MIRABA EL CIELO?»

¿Qué aprendemos de *Macbeth*? Para la pregunta (si hiciera falta formularla) «¿qué posibilidades tienes de que tu crimen quede sin castigo?», la respuesta: cero. De forma menos directa, reflexiones sobre la lotería de la vida, hasta qué punto la diferencia entre la dulzura de la vida de un hombre y la amargura de la de otro depende de accidentes, encuentros casuales con extraños, oportunidades ofrecidas que agarramos con ambas manos o bien descartamos o perdemos. No hay «buenos» en *Macbeth*. Banquo suplica: «Poderes misericordes, | cortad en mí el maldito pensamiento, a quien | natura cede en el reposo» [II.1.7-9] porque necesita que se lo corten: ha estado soñando con brujas [20]. Macduff se confiesa «Pecador» [IV.3.223]. Sabe que es culpa suya que su familia muriera: «no por sus culpas, sino por las mías | cayó el estrago en ellos» [225-6]. (Pero ¿cuál fue su pecado? Su esposa le llama traidor y cree que huyó. Pero ¿no son sus culpas más parecidas a una ingenuidad involuntaria, a una falta de «maldad», al no poder imaginar que su esposa y sus hijos están en peligro? Ningún hombre, ni siquiera un tirano, mata niños). Por su parte, Malcolm «prueba» que es un hombre honrado demostrando que es un experto mentiroso. Así pues, junto con todas sus otras «gracias que en un rey bien caen» [91], Malcolm está preparado para hacer de hipócrita. Luego está el «buen» Siguardo, que devuelve el gobierno legítimo a Escocia, él y sus diez mil soldados ingleses.



Sabemos por Holinshed que Siguardo es abuelo de Malcolm, lo que significa que tiene «algunos derechos | sobre este reino, de los que hay memoria», como podría decir Fortinbrás en *Hamlet* [V.2.383]. Entonces, ¿son las tropas de Siguardo un ejército de liberación, o de ocupación, dando los primeros pasos hacia la anexión de Escocia a la corona inglesa? (En la historia más «auténtica», el hermano menor de Malcolm, Donalbain, que desapareció en Irlanda en el acto II, regresa para asesinar al hijo de Malcolm. Y Fleancio, a quien vimos por última vez en el acto III esquivando a los asesinos de Macbeth, huye a Gales, donde, acogido en la casa del rey, viola a la hija de su anfitrión, por lo que el rey le manda matar. Es el hijo bastardo nacido de esa violación quien, al llegar a la edad adulta como mayordomo («*steward*», en inglés) de la casa real, genera el primer rey Estuardo [«Steward/Stewart/Stuart», en inglés]. En este catálogo de hombres, incluso Duncan resulta dudoso. Si ha sido tan «claro» en su «alto cargo» [I.7.18], ¿por qué le atacan por tres lados? ¿Por qué es responsable de «un Gólgota segundo» [I.2.41]? Y si la bondad de Duncan es dudosa, ¿no es también dudosa la maldad de Macbeth? Macbeth tiene aún la palabra «esperanza» en su vocabulario en el acto V [6.61].

Dado el peligro en que siempre se halla la vida humana, la oración común es «No nos dejes caer en la tentación»; «No nos pongas a prueba»; o, en el caso de Banquo, «Poderes misericordes | cortad en mí». Con suerte, las oraciones serán escuchadas, los «poderes misericordes» se movilizarán, se implicarán, acudirán en nuestra ayuda. Pero ¿y si no lo hacen? ¿Somos todos Macbeth en potencia? Cuando Macduff trataba de comprender el asesinato de su familia, preguntó de pronto: «¿Miraba el cielo | y no acudió en su ayuda?» [IV.3.222-3]. Es una pregunta parecida a la de Macbeth, tanto tiempo atrás: «¿Por qué?». ¿Por qué le pararon «en este páramo […] con saludo agorador?». ¿Por qué fue él el blanco? ¿Miraba el cielo y no acudió en su ayuda? ¿Dónde estaban los poderes misericordes cuando Macbeth los necesitaba?

La desolación que aprendemos de *Macbeth* no solo se debe a que sabemos que Macbeth se destruye a sí mismo: escoge la oscuridad, y «cuando olvidamos el honor | nada marcha derecho; querríamos | y al mismo tiempo no» (*Medida por medida*, IV.4.31-2). Pero también hemos visto la actitud distante de los cielos mientras los «ministros de las tinieblas» se dedicaban a entrometerse en la vida de Macbeth para arruinársela. Sabemos que sus actos no carecieron de estímulo. En una versión del último cuadro escénico de la obra, esta tragedia reproduce la profunda ambivalencia de nuestra reacción y nos da una visión del miedo. El cuerpo del «muerto carnicero» [V.11.108] y todo el pasado oscuro que representa, yace sobre el escenario. Pero junto a él se halla el cuerpo de su última víctima, el hijo de Siguardo. Representa el futuro: el cadáver de un niño.

CAROL CHILLINGTON RUTTER

Cronología aproximada de la obra de Shakespeare

AÑO	OBRA
1589-1590	*Enrique VI, parte primera*
1590-1591	*Enrique VI, parte segunda*
1590-1591	*Enrique VI, parte tercera*
1592-1593	*Ricardo III*
1592-1593	*Los dos caballeros de Verona*
1592-1593	*Venus y Adonis*
1593	*La comedia de los errores*
1593-1609	*Sonetos y Lamento de una amante*
1593-1594	*La violación de Lucrecia*
1593-1594	*Tito Andrónico*
1593-1594	*La doma de la fiera*
1594-1595	*Trabajos de amor en vano*
1594-1596	*El rey Juan*
1595	*Ricardo II*
1595-1596	*Romeo y Julieta*
1595-1596	*Sueño de noche de verano*
1596-1597	*El mercader de Venecia*
1596-1597	*Enrique IV, parte primera*
1597	*Las alegres casadas de Windsor*
1598	*Enrique IV, parte segunda*
1598-1599	*Mucho ruido y pocas nueces*
1599	*Enrique V*
1599	*Julio César*
1599	*Como les guste*



1600-1601	*Hamlet*
1601	*El fénix y el tórtolo*
1601-1602	*Noche de Epifanía o Lo que queráis*
1601-1602	*Troilo y Crésida*
1602-1603	*Bien está todo lo que bien acaba*
1604	*Medida por medida*
1604	*Otelo*
1605	*El rey Lear*
1606	*Macbeth*
1606	*Antonio y Cleopatra*
1607-1608	*Coriolano*
1607-1608	*Timón de Atenas*
1607-1608	*Pericles, príncipe de Tiro*
1609-1610	*Cimbelino*
1610-1611	*Cuento de invierno*
1611	*La tempestad*
1612-1613	*Enrique VIII*
1613	*Dos nobles de la misma sangre*

NOTA EDITORIAL

Escrita probablemente en 1606 y representada en el Globe en abril de 1611. La única versión existente es la del Primer folio de 1623, bastante limpia de impresión y cuya brevedad hace pensar a muchos editores que se trata de una versión compuesta a partir del guión teatral, que a menudo suprimía muchos pasajes del manuscrito original.



DRAMATIS PERSONAE

DUNCAN, rey de Escocia.
MALCOLM, su hijo
DONALBAIN, su hijo
MACBETH, general del ejército del rey
BANQUO, general del ejército del rey
MACDUFF, noble de Escocia
LENNOX, noble de Escocia
ROSS, noble de Escocia
MENTEITH, noble de Escocia
ANGUS, noble de Escocia
CAITHNESS, noble de Escocia
FLEANCIO, hijo de Banquo
SIGUARDO, conde de Northumberland, general de las fuerzas inglesas
El JOVEN SIGUARDO, su hijo
SEYTON, oficial a las órdenes de Macbeth
HIJO DE MACDUFF
Un MÉDICO inglés
Un MÉDICO escocés
SOLDADOS
Un PORTERO
Un ANCIANO
LADY MACBETH
LADY MACDUFF
DAMA al servicio de Lady Macbeth
HÉCATE
TRES BRUJAS
NOBLES, CABALLEROS, OFICIALES, SOLDADOS, ASESINOS, SIRVIENTES y MENSAJEROS

Escena: Escocia e Inglaterra

PRIMER ACTO

ESCENA 1

Campo abierto. Trueno y relámpago.
Entran tres BRUJAS.

PRIMERA BRUJA ¿Cuándo volvemos a vernos?
¿En lluvia? ¿En rayos? ¿En truenos?

SEGUNDA BRUJA Cuando pierdan, cuando ganen
la batalla, cuando acaben
tremolina y barahúnda.

TERCERA BRUJA Antes de que el sol se hunda.

PRIMERA BRUJA ¿Dónde el lugar?

SEGUNDA BRUJA Junto al brezal.

TERCERA BRUJA Allí con Macbeth iremos a dar.

PRIMERA BRUJA ¡Ya voy, Beche Gris!

SEGUNDA BRUJA Gran Sapo nos llama. ¡Ea ya!

LAS TRES Hermoso es lo feo y es feo lo hermoso:
volar por la niebla y el aire apestoso.

Salen.

ESCENA II

Campamento cerca de Forres. Trompeteo dentro.
Entran DUN CAN, MALCOLM, DONALBAIN, LENNOX*,*
con acompañantes. Les sale al encuentro
un sargento herido.

DUNCAN ¿Qué hombre es aquel ensangrentado? Acaso traiga,
según su estado anuncia, las últimas noticias
de la revuelta.

MALCOLM Este es aquel sargento

que como audaz y buen soldado peleó
por no dejarme caer preso. ¡Eh, bravo amigo,
salud! Da cuenta al rey de cómo andaba, cuando
la dejaste, la refriega.

SARGENTO Estaba aún dudosa,
como dos nadando, que se aferran uno a otro
y sofocan sus poderes. Al cruel Macdónwald
(digno de ser traidor como es, pues para ello
todas las vilezas pululantes de natura
hacen enjambre en él) las Islas del Oeste
le abastecen de canallas y de carne de horca;
y Fortuna, sonriendo a su maldito intento,
se mostró puta de traidores; todo en vano:
que Macbeth el Bravo (bien merece tal apodo),
despreciando la fortuna, haciendo remolino
con su espada humeante de sangrientos hechos,
como un querido del Valor,
tajó camino hasta dar cara al miserable;
que no estrechó su mano ni le dijo adiós,
hasta rajarlo del ijar a la quijada;
y su cabeza hincó en nuestra empalizada.

DUNCAN ¡Oh, mi esforzado primo! ¡Digno caballero!

SARGENTO Tal como en donde el sol inicia sus destellos
tormentas de naufragio y recios truenos rompen,
tal de aquel salto, en que debió nacer la calma,
se hincha el tumulto. Atiende, rey de Escocia, atiende.
No bien justicia, armada de valor, forzara
a aquellos saltimbanquis a volver la espalda,
cuando el señor Noruego, atento a la ventaja,
con armas bien bruñidas y hombres de refresco
lanzóse a un nuevo ataque.

DUNCAN ¿No les dio eso miedo
a mis caudillos, a Macbeth y a Banquo?

SARGENTO Sí,
como al águila el gorrión, como al león la liebre.
Os digo, por mi fe, que ambos eran como
cañones atracados con recarga: tanto
dobles redoblan golpes sobre el enemigo;
si no ansiaban bañarse en vaho de las heridas
o bien conmemorar un Gólgota segundo,
no sé que diga.
Pero estoy flojo: auxilio gritan estos tajos.

DUNCAN Tal tus palabras te honran como tus heridas:
ambas saben a honor. Buscadle cirujanos.

Sale el sargento acompañado.

¿Quién viene allí?

Entra ROSS.

MALCOLM El noble par de Ross.

LENNOX ¡Qué ansia le brilla en la mirada! Tal se muestra
como quien trae nuevas sin par.

ROSS ¡Dios salve al rey!

DUNCAN ¿De dónde vienes, noble par?

ROSS De Faif, gran rey,
donde insultan al cielo banderas noruegas
y hielan con su soplo a nuestra gente. Toda
Noruega, en número aplastante, y apoyada
por ese, el más perjuro de entre los traidores,
barón de Cáudor, se arrojó a funesto asalto;
hasta que el novio de Belona, en furia armado,
ante él se puso como imagen de su espejo,
filo a rebelde filo, brazo contra brazo,
doblegando su arrogante aliento; y, concluyendo,
cayó en nosotros la victoria.

DUNCAN ¡Gran ventura!

ROSS Conque ahora
Suenón el rey noruego pide componenda;
ni le consentíamos entierro de sus hombres,
hasta que en la isla de San Colme desembolse
diez mil ducados para nuestras arcas.

DUNCAN No más el par de Cáudor burlará las cuentas
de nuestro fondo. Ve, proclama al punto
su muerte, y a la vez
saluda con su título a Macbeth.



ROSS Veré que así se haga.

DUNCAN Lo que él perdió, el noble par Macbeth lo gana.

Salen.

ESCENA III

Un brezal. Trueno. Entran las tres BRUJAS.

PRIMERA BRUJA ¿Dónde has estado, hermana?

SEGUNDA BRUJA Matando cerdo.

TERCERA BRUJA Hermana, y tú ¿dónde?

PRIMERA BRUJA Tenía una mujer de marinero

castañas en el halda,
roe que roe y que te roe. «Dame» dije:
«¡Arredro, bruja!»,
me grita la piojosa culo-gordo.
Su marido se ha ido a bordo
de un galeón a Samarcanda.
Ah, pero yo en una ceranda
allá bogaré,
y allí, como rata rabona,
roeré, roeré, y roeré.

SEGUNDA BRUJA Un viento he de darte.

PRIMERA BRUJA Gentil de tu parte.

TERCERA BRUJA De mí otro tendrás.

PRIMERA BRUJA Yo tengo todos los demás,
y los puertos donde pujan,
y en qué puntos se arrebujan
en el mapa del piloto.
Voy, lo seco igual que paja:
día ni noche el sueño baja
el telón sobre su ojo.
Vivirá como un despojo.
Flaco, yerto, hediondo, ruin,
nueve veces nueve noches
de mareo y de trajín;
y aunque el barco no se hunda,
tumbo y tunda tremebunda.
Mirad lo que tengo.

SEGUNDA BRUJA A ver, a ver.

PRIMERA BRUJA El pulgar
de un marino que al tornar
fuese a pique de una vez.

Tambor dentro.

TERCERA BRUJA ¡Tambor, tambor!
Ahí viene Macbeth.

LAS TRES Las hermanas mano en mano,
postas sobre mar y llano,
giran al redor redor.
Tres por mí, por ti otras tres,
y aun tres más, que nueve es.
¡Silencio! El conjuro
urdido está.

Entran MACBETH *y* BANQUO.

MACBETH Día tan malo y tan hermoso nunca he visto.

BANQUO ¿Cuánto nos quedará hasta Forres? ¿Qué son esas,
todas ajadas y revueltas en harapos?
No se parecen a vecinos de la tierra,
y con todo, en ella están. ¿Vivís? ¿Sois cosa a quien
se pueda preguntar? Parece que entendéis,
pues cada una, al oír, posa un mugriento dedo
sobre los labios ruines; debéis ser mujeres,
pero esas barbas me prohiben que interprete
que tal seáis.

MACBETH Hablad, si es que podéis: ¿qué sois?

PRIMERA BRUJA ¡Salud a ti, Macbeth! ¡Salud, barón de Glamis!

SEGUNDA BRUJA ¡Salud a ti, Macbeth! ¡Salud, barón de Cáudor!

TERCERA BRUJA ¡Salud a ti, Macbeth! Serás un día rey.

BANQUO Señor, ¿a qué te asustas y temer pareces
cosa que tan bien suena? En nombre de la fe,
¿sois fantasías o sois eso realmente
que semejáis por fuera? A mi noble compañero
saludáis con su presente gracia y alto anuncio
de otro título y esperanza de realeza,
que absorto lo ha dejado: a mí ¿no váis a hablarme?
Si podéis ver en la semilla de los tiempos
y predecir qué grana prenderá y cuál no,
habladme pues a mí, que no imploro ni temo
vuestro favor ni vuestros odios.

PRIMERA BRUJA ¡Salud!

SEGUNDA BRUJA ¡Salud!

TERCERA BRUJA ¡Salud!

PRIMERA BRUJA Menor que Macbeth, y más grande.

SEGUNDA BRUJA No tan feliz, pero más feliz.

TERCERA BRUJA Reyes criarás, sin serlo tú.
Conque ¡salud, Macbeth y Banquo!

PRIMERA BRUJA ¡Banquo y Macbeth, salud!

MACBETH Esperad,
adivinas a medias, y decidme más.
Sé, por muerte de Sínel, que soy barón de Glamis;
pero ¿cómo de Cáudor? El de Cáudor vive,
próspero caballero. Y eso de ser rey
no cae dentro del campo que la fe divise;
no más que el ser de Cáudor. ¡Eh!, decid de dónde
sacáis tan raros acertijos, o por qué
en este páramo os cruzáis a nuestro paso
con saludo agorador. ¡Habladme, os conjuro!

Las brujas se desvanecen.

BANQUO La tierra tiene, igual que el agua, sus burbujas,
y eso son ellas. ¿Dónde se han desvanecido?

MACBETH En el aire, y el aparente cuerpo se fundió
como soplo en el viento. ¡Hubieran esperado!

BANQUO ¿Hubo algo aquí como eso de que ahora hablamos?
¿O será que hemos comido de esa raíz loca
que mete presa la razón?

MACBETH Reyes serán tus hijos.

BANQUO Rey serás tú mismo.

MACBETH Y también barón de Cáudor. ¿No era así su cuento?

BANQUO Con esa misma letra y música. ¿Quién anda?

Entran ROSS
y ANGUS.

ROSS El rey, Macbeth, ha recibido sonriente
las nuevas de tu triunfo; y cuando va leyendo
tu personal arrojo frente a los rebeldes,
su asombro y su alabanza se disputan cuál
ser tuyo más o ser de él; callado en tanto,
al revisar el resto de este mismo día,
te encuentra entre las recias filas de noruegos,
sin miedo alguno a cuantos alzabas tú mismo
fantasmas de la muerte. Como granizo espesos,
mensaje tras mensaje, cada cual traía
tus glorias en la gran defensa de su reino,
y ante él las derramaba.

ANGUS Se nos ha enviado
a darte, en nombre de nuestro soberano, gracias;
solo a ser tus heraldos ante su presencia,
mas no a pagarte.

ROSS Y por primicias de un honor mayor, me encarga
saludarte de su parte por barón de Cáudor;
y así, a tal título, ¡salud, ilustre par!;
pues él es tuyo.

BANQUO ¿Qué? ¿Dirá el diablo verdades?

MACBETH El par de Cáudor vive: ¿cómo tú me vistes
prestada ropa?

ANGUS Vive aún el que era Cáudor;
mas bajo duro juicio arrastra ya una vida
que ha merecido bien perder. Si anduvo en tratos
con los noruegos o si guarneció al rebelde
de oculta ayuda y de favor, o si con ambos
laboró en ruina de su patria, no lo sé;
pero una alta traición, probada y confesada,

lo ha derribado.

MACBETH (*Aparte*.) Glamis, y señor de Cáudor;
lo mayor, detrás. (Mil gracias por vuestras molestias.)
¿No tienes esperanza en ver tus hijos reyes,
pues las que a mí me dieron el feudo de Cáudor
no menos les prometen?

BANQUO Eso, bien creído,
podría encandilarte a ti hasta la corona,
tras el feudo de Cáudor. Pero es tan extraño…
Y a veces, por ganarnos para nuestro daño,
los ministros de las tinieblas nos dicen verdades,
nos atrapan con honestas menudencias, para
en lo más hondo traicionarnos. Primos, unas
palabras, por favor.

MACBETH (*Aparte*.) Dos verdades se han dicho
por prólogo feliz para la acción bullente
de este drama imperial. (Ah, gracias, caballeros).
(*Aparte*.) ¿Puede esta sobrenatural solicitación
ser mala? No. ¿Puede ser buena? No. Si mala,
¿por qué me ha dado las primicias de mi suerte
fundándose en verdad?: ya soy señor de Cáudor.
Si es buena pues, ¿por qué me rindo a tentaciones
cuya espantable traza eriza mis cabellos
y hace a mi corazón batir con mis costillas
contra uso natural? Horrores de presente
menores son que horrendas imaginaciones;
mi pensamiento, cuyo asesinato aún
no es más que un fantasma, tal sacude y turba
mi puro estado de hombre que el poder de obrar
ahogado está en sospecha, y solo es algo aquello
que nada es.

BANQUO Ved cómo está el amigo absorto.

MACBETH (*Aparte*.) Si el sino me hace rey, que el sino me corone
sin mover yo mano.

BANQUO Honores nuevos le han caído
como traje recién hecho, solo al molde justo
gracias al uso.

MACBETH (*Aparte*.) ¡Venga lo que venga al cabo!
El tiempo y hora pasan por el mar más bravo.

BANQUO Noble Macbeth, estamos a vuestra demanda.

MACBETH Os pido gracia: mi cerebro boto andaba
ajetreado con asuntos olvidados.
Amables caballeros, vuestras atenciones
escritas quedan donde vuelvo cada día
la hoja para leerlas. Vamos donde el rey.



Piensa en lo que ha ocurrido, y ya con más despacio,
tras haberlo en tanto sopesado, ve que hablemos
de corazón entre nosotros.

BANQUO Muy gustoso.

MACBETH Pues hasta entonces, basta. Vamos pues, amigos.

Salen.

ESCENA IV

Forres. El palacio. Trompeteo.
Entran DUNCAN, MALCOLM, DO NALBAIN,
LENNOX *y acompañantes*.

DUNCAN ¿Se ha hecho ya justicia en Cáudor? ¿No han tornado
aún los que mandé con tal misión?

MALCOLM Mi dueño,
no han regresado aún; pero he podido hablar
con uno que lo vio morir: él ha contado
que confesó bien a las claras sus traiciones,
suplicó el perdón de vuestra alteza, y que dio muestras
de hondo arrepentimiento. Nada de su vida
le ha hecho tanto honor como el dejarla: ha muerto
como uno que ha estudiado bien para su muerte,
para arrojar su más querida posesión
como una cáscara sin nuez.

DUNCAN No hay arte alguna
de descubrir en una cara las marañas
del pensamiento: él era un caballero en quien
fundé una entera fe.

Entran MACBETH*,* BANQUO*,*
ROSS *y* ANGUS.

¡Oh, esclarecido primo!
El pecado de mi ingratitud aun ahora mismo
pesaba sobre mí: tan lejos has llegado
que el ala más ligera de la recompensa
lenta es para alcanzarte. Ojalá hubieras menos
merecido, y la desproporción de pago y gracias
sería a favor mío. Solo he de decirte
que tu deuda es más que más que toda paga pague.

MACBETH El servicio y lealtad que os debo, con cumplirse,
se pagan a sí mismos: toca a vuestra alteza
acoger nuestros deberes; y nuestros deberes
son a tu estado y trono hijos y criados,
que no hacen más que deben al hacerlo todo

a vuestro amor y vuestra honra.

DUNCAN ¡Bienvenido!
He empezado a sembrarte, y labraré de modo
que estés de mieses bien colmado. Noble Banquo,
que no menos ganaste, y no se debe menos
clamar que así lo hiciste, déjame abrazarte
y guardarte en mi pecho.

BANQUO Si en tu pecho crezco,
tuya es la cosecha.

DUNCAN Mis inmensos gozos,
caprichosos en su hartura, quieren disfrazarse
con raptos de pesadumbre. Hijos, parientes, pares,
y vosotros, los que estáis más cerca a mí, sabedlo:
vamos a reafirmar nuestra corona sobre
Malcolm, nuestro mayor, a quien desde ahora nombro
por príncipe de Cúmberland; honor que debe
no sin compaña revestirlo a él solo, sino
que enseñas de nobleza como estrellas brillen
sobre cuantos lo merezcan. Y de aquí, a Inverness,
para enlazarnos más a vos.

MACBETH Lo que resta, no es trabajo propio a vuestra alteza:
yo mismo heraldo quiero ser, y hacer gozosos
los oídos de mi esposa con vuestra llegada.
Licencia, y a tus pies.

DUNCAN ¡Mi valeroso Cáudor!

MACBETH (*Aparte.*) ¡Él, príncipe de Cúmberland! He aquí un peldaño
que o tropiezo y caigo en él, o tengo que saltarlo;
pues a mi paso está. Esconded vuestros destellos,
estrellas: luz no vea mi hondo y negro afán.
No osa el ojo ver la mano; ah, pero ¡sea
lo que le aterre al ojo cuando hecho lo vea!

Sale.

DUNCAN Verdad, mi noble Banquo, es todo un valiente,
y de sus altas alabanzas me alimento:
es para mí un banquete. Vamos en pos de él,
cuya atención se ha adelantado a aparejarnos
la bienvenida. Es un pariente sin igual.

Trompeteo.
Salen.

ESCENA V

Inverness. Castillo de Macbeth.



Entra LADY MACBETH *leyendo una carta*.

LADY MACBETH «Me salieron al encuentro el día de la victoria, y he podido comprobar con toda certidumbre que había en ellas algo más que ciencia humana. Cuando ardía en deseos de preguntarles más aún, se trocaron en aire y en el aire se desvanecieron. Pasmado estaba todavía de maravilla tal, cuando llegaron de parte del rey mensajeros saludándome “Barón de Cáudor”, con el título que antes las fatídicas hermanas me habían saludado, mientras me remitían adelante en el tiempo con aquello de “¡Salud al rey que habrás de ser!”. De todo esto he tenido por bueno hacerte sabedora, mi más querida compañera de grandeza, porque no pierdas nada del derecho a regocijarte, al ser ignorante de la grandeza que te está prometida. Recuéstala sobre tu corazón, y hasta pronto.»
Glamis tú eres, y eres Cáudor, y serás
lo que te prometen. Pero temo a tu carácter:
demasiado está nutrido de piedad humana
para coger la vía corta. Sí, querrías
ser grande, no estás falto de ambición: te falta
maldad para servirla. Lo que ardiente ansías
lo ansías puro. No querrías ser tramposo,
mas sí ganar con trampa. ¡Hubiera en ti, gran Glamis,
algo que gritara «Así has de hacer si has de tenerlo,
aun lo que hacerlo temes más que no deseas
que quede sin hacer»! Ah, ven aquí deprisa,
ven, que derrame yo mi espíritu en tu oreja
y que corrija con el brío de mi lengua
cuanto te aparta del dorado redondel
con que el hado y la ayuda sobrenatural
parece haberte coronado.

Entra un MENSAJERO.

¿Qué noticias?

MENSAJERO El rey viene esta noche.

LADY MACBETH ¿Cómo? Tú estás loco:
¿no está tu amo con él? El cual, si fuera cierto,
me habría dado aviso para que aprestara.

MENSAJERO Permitid, es cierto: nuestro par está llegando:
un compañero mío se le ha adelantado;
que, casi sin resuello, apenas ha tenido
para dar voz a su mensaje.

LADY MACBETH ¡Agasajadle!:
trae grandes nuevas.

Sale el MENSAJERO.

Hasta el cuervo ya enronquece
graznando la fatal entrada de Duncan
bajo mis almenas.
¡Acudid, espíritus que servís a las ideas
de muerte, despojadme aquí de sexo, y desde
la coronilla hasta los pies llenadme a tope
de negra crueldad! ¡Tornad mi sangre espesa,
cerrad la entrada y paso a los remordimientos,
que ningún compungido asomo de ternura
turbe mi fiera decisión, ni deje tregua
de ella a su efecto! Aquí en mis pechos mujeriles
¡trocad la leche en hiel, ministrantes del crimen,
dondequiera que en vuestras invisibles formas
sirváis al mal del mundo! ¡Ven, espesa noche,
arrebújate en el pardo humo del infierno,
que mi agudo puñal no vea qué hoyo hace,
ni a través del manto de la sombra atisbe el cielo
gritando «¡Tente, tente!».

Entra MACBETH.

¡Glamis! ¡Noble Cáudor!
¡Más grande que ambos saludado en lo futuro!
Tu carta más allá me ha transportado de este
ignorante presente, y ya lo siento ahora
en el instante el porvenir.

MACBETH Mi amor más caro,
Duncan viene esta noche aquí.

LADY MACBETH Y ¿cuándo marcha?

MACBETH Mañana, creo, a lo que piensa.

LADY MACBETH ¡Ah, nunca nunca
verá sol tal mañana!
Tu faz, mi noble par, es libro en que los hombres
leer pueden raros temas. Para engañar al tiempo,
muéstrate igual al tiempo: lleva bienvenidas
en ojos, manos, lengua; hazte flor sumisa,
pero sé la sierpe bajo ella. Al que se acerca
hay que atenderle bien; y tú debes dejar
bajo mi cargo el gran negocio de esta noche,
que a todas nuestras noches y días venideros
dará único dominio y soberanos fueros.

MACBETH Luego hablaremos más.

LADY MACBETH Solo, mirada clara:
mudar el gesto amable ya temor declara.
Déjame el resto a mí.

Salen.



ESCENA VI

Delante del castillo de Macbeth. Oboes y antorchas.
Entran DUNCAN*,* MALCOLM*,* DONALBAIN*,* BANQUO*,* LENNOX*,* MACDUFF*,* ROSS*,* ANGUS *y acompañantes*.

DUNCAN El sitio del castillo es delicioso; el aire
ágil y dulcemente se insinúa y gana
los serenos sentidos.

BANQUO Ese veraniego
huésped de las iglesias, el vencejo, prueba
con su amoroso anidamiento que aquí el cielo
galanamente alienta: no hay cornisa, friso,
arbotante o nicho acogedor donde ese pájaro
no haya colgado casa y criadora cuna:
donde ellos crían más y anidan, tengo visto
que es fino el aire.

Entra LADY MACBETH.

DUNCAN Vedla, vedla, nuestra noble
hospedadora. Un amor que nos persigue
a veces es nuestro tormento, y aun con todo
por ser amor lo agradecemos. Os enseño
con esto cómo a Dios debéis pedirle que
nos premie por vuestras molestias, y por vuestro
tormento darnos gracias.

LADY MACBETH Todo nuestro obsequio
dos veces hecho punto a punto y aún doblado
sería pobre y simple empleo, a competir
contra esas largas y altas honras con que vuestra
majestad agobia nuestra casa. Por las viejas,
por las últimas dignidades sobre ellas derramadas,
a rezar por vos quedamos.

DUNCAN ¿Dónde el par de Cáudor?
Íbamos pisándole los talones, con intento
de estar aquí a atenderle; pero es buen jinete,
y su gran amor, afilado igual que sus espuelas,
le ha aguijado a este hogar delante de nosotros.
Hermosa y noble castellana, somos vuestros
huéspedes esta noche.

LADY MACBETH Vuestros siervos siempre
tienen a los suyos, a sí mismos, cuanto es suyo,
presto en lista a rendir a vuestra alteza cuentas,
y devolveros lo que es vuestro.

DUNCAN Vuestra mano.
Guiadme a mi anfitrión. Le amamos altamente
y no hemos de cesar para con él en gracias.

Permitidme, castellana.

Salen.

ESCENA VII

Oboes y antorchas. Entra un maestre de sala y diversos criados con platos y servicio, y pasan por la escena. Después entra MACBETH.

MACBETH Si quedara hecho ya cuando se hiciera, entonces
bien fuera hacerlo al punto. Si el asesinato
echara red a las consecuencias, y atrapara
su logro en su remate…, que ese golpe solo
pudiera ser el todo aquí y el fin de todo…
Pero aquí, desde esta orilla y escollos del tiempo,
hemos de saltar a la otra vida. Y aun en casos
como este aquí sufrimos juicio, si enseñamos
lección sangrienta, que, aprendida, torna en daño
de su inventor. Justicia equitativa ofrece
los fármacos de nuestra copa emponzoñada
a nuestros propios labios. El está en mi casa
bajo una doble fe: primero, como deudo
y vasallo suyo, fuerte lo uno y lo otro en contra
de la acción; después, como su hospedador, que debe
cerrar la puerta a su asesino, y no la daga
sacar yo mismo. Y además, es que este Duncan
ha usado de su poder tan mansamente, ha sido
tan claro en su alto cargo, que esas sus virtudes
reclamarán como ángeles de trompetera lengua
condena en firme de su desaparición;
y piedad, como un desnudo crío recién nacido
a lomos de la tromba, o querubín celeste
cabalgando en las ciegas postas de los aires,
hará estallar la horrenda acción en todo ojo,
tanto que el llanto anegue el viento. No hallo espuela
que aguije los ijares de mi intento, más que
rampante ambición, que salta sobre sí misma
y cae sobre el otro.

Entra LADY MACBETH.

¿Qué? ¿Tú aquí? ¿Qué pasa?

LADY MACBETH Casi ha cenado ya. ¿Por qué has dejado el sitio?

MACBETH ¿Qué, preguntó por mí?

LADY MACBETH Ya puedes suponerte.

MACBETH No más debemos ya seguir con este asunto.
Me acaba de colmar de honores, y he ganado



dorada nombradía en toda laya de hombres;
que habría hoy que lucirla en su más nuevo lustre,
y no tan pronto arrinconarla.

LADY MACBETH ¿Estaba ebria
la esperanza en que te armabas? ¿Ha dormido luego
y despierta ahora a ver con rostro verde y pálido
lo que tan de grado hizo? Desde este momento
así hago cuenta de tu amor. ¿Estás miedoso
de ser en tus acciones y tu esfuerzo el mismo
que eres en tu deseo? ¿O quieres tener eso
que estimas tú por prenda y gala de la vida
y vivir como cobarde ante tu propia estima,
dejando al «No me atrevo» andar tras el «Quisiera»,
como el pobre gato del refrán?

MACBETH Te ruego, basta.
Me atrevo a todo lo que siente bien a un hombre;
quien más se atreve, no lo es.

LADY MACBETH ¿Qué bestia entonces
fue la que te hizo revelarme a mí esta empresa?
Cuando a ello te atrevías, fuiste entonces hombre;
y, para ser más de lo que eras, tanto más
tendrías que ser hombre. Ni lugar ni tiempo
se ofrecían aún, y tú te los buscabas:
te buscan ellos solos, y su oferta ahora
te desconcierta. He dado de mamar, y sé
qué tierno es el amor al crío que me sorbe:
pues yo, cuando a mi cara más se sonriera,
mi pezón de sus encías blandas arrancara
y sus sesos estrellara, si jurado hubiera
tal como tú has jurado en esto.

MACBETH Y ¿si fallamos?

LADY MACBETH ¡Fallar! Atornilla hasta el tope tu coraje,
y no fallamos. Cuando esté Duncan dormido
(que pronto a ello el ajetreo de este día
le invitará, y a fondo), a sus dos camarlengos
los dejaré con vino y sidra tan vencidos
que la memoria, el guarda del cerebro, sea
un humo, y el aparato de la razón tan solo
un alambique; cuando ya en un puerco sueño
sus empapadas masas como en muerte yazgan,
¿qué no podremos tú y yo llevar a cabo
sobre Duncan desvalido? ¿Qué culpa no echar
sobre sus borrachos guardias, que la pena paguen
de nuestra hazaña?

MACBETH ¡Pare solo hijos varones!
Tu denodado ardor no más que machos debe

formar en sí. ¿No va a creerse, cuando hayamos
marcado bien con sangre a los dos dormilones
de su propia alcoba, usando sus mismos puñales,
que ellos lo han hecho?

LADY MACBETH ¿Quién va a osar creer más que eso,
cuando rugir hagamos nuestro grito y duelo
sobre su muerte?

MACBETH Ya resuelto estoy, y encorvo
cada fibra de mi ser hacia el terrible golpe.
¡A ello!
Y burla al tiempo con apresto alegre y grave.
Esconda falso rostro
lo que en el falso corazón se sabe.

Salen.



SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Inverness. Patio del castillo de Macbeth.
Entra BANQUO*, y* FLEANCIO *con una antorcha delante de él*.

BANQUO ¿Por dónde va la noche, muchacho?

FLEANCIO Puesta la luna está; el reloj no lo he oído.

BANQUO Y se pone a las doce.

FLEANCIO Creo que es más tarde,
señor.

BANQUO Ahí va: tenme la espada. Están de ahorro
en el cielo: han apagado todas las candelas.
Ten también eso. Un toque de silencio cae
sobre mí pesado como plomo, y sin embargo
no querría ir a dormir. Poderes misericordes,
cortad en mí el maldito pensamiento, a quien
natura cede en el reposo.

Entra MACBETH
y un criado con antorcha.

Trae mi espada.
¿Quién anda ahí?

MACBETH Un amigo.

BANQUO ¿Cómo? ¿Aún en pie, señor? El rey está ya en cama.
Ha estado con agrado nunca visto, y dado
gran muestra de largueza a vuestra servidumbre;
este diamante manda a vuestra esposa, en gala
de la castellana más gentil; se ha retirado
con inmenso contento.

MACBETH Al no estar prevenidos,
hubo de servir nuestro deseo a nuestras faltas;
que, si no, por libre habría obrado.

BANQUO Está bien todo.

Soñé esta noche con las tres hermanas magas:
algo de verdad te han dicho a ti.

MACBETH No pienso en ellas.
Con todo, si encontramos hora a gusto, puede
gastarse en algún párrafo sobre este asunto,
si quieres darme un rato.

BANQUO A tu mejor placer.

MACBETH Si tú te adhieres a mi acuerdo, cuando sea,
te haré con ello honor.

BANQUO Con tal que de él no pierda
tratando de aumentarlo, sino guarde siempre
mi pecho franco y clara la lealtad debida,
escucharé propuestas.

MACBETH Buen reposo en tanto.

BANQUO Gracias, señor; lo mismo a ti.

Salen BANQUO *y* FLEANCIO.

MACBETH Ve y di a tu ama, cuando esté mi copa a punto,
que toque la campanilla. Vete tú a acostarte.

Sale el criado.

¿Es un puñal aquello que ante mí estoy viendo,
vuelto a mi mano el puño? Déjame empuñarte.
No, no te tengo, y sin embargo aún te veo.
¿No eres tú, visión fatal, también sensible
como a la vista al tacto? ¿O es que solo eres
un puñal de la mente, falsa criatura
salida del cerebro opreso de la fiebre?
Te veo aún con todo, en forma tan palpable
como este que ahora desenvaino. Tú me marcas
el rumbo de la ruta por la que iba yendo,
y una herramienta como tú es la que iba a usar.
Mis ojos ¿son la burla de los demás sentidos?;
¿o es que valdrán por todos? Sí, aún te veo,
y en tu hoja y en tu pomo gotas de una sangre
que antes ahí no estaba. No, no hay tal cosa:
es la sangrienta empresa, que a mis ojos esta
denuncia eleva. Ahora sobre medio mundo
aparente muerte reina; ensueños torvos burlan
al arropado sueño; hace el brujerío ofrendas
a la pálida Hécate; y el demacrado crimen,
puesto en alerta por su centinela, el lobo,
que aúlla su alerta, con furtivo paso, raudas
zancadas de Tarquinio, a su designio avanza
como un fantasma. Tú, segura y firme tierra,
no oigas mis pasos, vayan donde van, no sea



que hasta tus piedras parlen de mis paraderos,
quitando al tiempo su presente horror, que ahora
con él consuena. En tanto aquí amenazo, él vive:
de las palabras el ardor del hecho
frío aliento recibe.

Suena una campanilla.

Voy, y hecho está.
La campanilla nos llama a movernos.
No la oigas, Duncan, que es un tañido
que te convoca al cielo; o al infierno.

Sale.

ESCENA II

El mismo sitio.
Entra LADY MACBETH.

LADY MACBETH Lo que beodos los ha puesto audaz me ha hecho;
lo que los apagó me dio a mí fuego. ¡Sst! Oye.
Fue el búho que graznó, fatal sereno dando
sus secas «Buenas noches». Él está ahora en ello;
las puertas de par en par; y sus ahítos guardias
se mofan de su cargo
con sus ronquidos. He drogado sus brebajes,
que muerte y vida se disputan sobre ellos
si viven o si no.

MACBETH (*Dentro*.) ¿Quién anda ahí? ¡Eh! ¿Qué?

LADY MACBETH ¡Ay triste! Mucho temo que hayan despertado
y no esté hecho; la tentativa y no la acción
nos pierde. ¡Sst! Sus dagas se las puse a mano:
tiene que verlas. Si no se hubiera parecido
tanto a mi padre así en su sueño,
lo habría hecho yo.
¡Mi esposo!

Entra MACBETH.

MACBETH Lo hice, hecho está. ¿No has oído un ruido?

LADY MACBETH Oí graznar el búho y crepitar los grillos.
Tú ¿no has hablado?

MACBETH ¿Cuándo?

LADY MACBETH Ahora.

MACBETH ¿Al ir bajando?

LADY MACBETH Sí.

MACBETH ¡Escucha!
¿Quién duerme en la segunda alcoba?

LADY MACBETH Donalbain.

MACBETH (*Mirándose las manos*.) ¡Visión penosa esta!

LADY MACBETH ¡Loca ocurrencia la de decir «visión penosa»!

MACBETH Hay uno que se echó a reír en sueños; uno
gritó «¡Asesino!»; y se despertaron uno a otro;
me paré a escuchar; pero rezaron, y de nuevo
se echaron a dormir.

LADY MACBETH Hay dos que alojé juntos.

MACBETH Uno gritó «¡Válganos Dios!», y el otro «Amén»,
como si me vieran estas manos de verdugo;
ni, al oír su miedo, pude yo decir «Amén»
cuando dijeron «¡Dios nos valga!».

LADY MACBETH No ahondes tanto en ello.

MACBETH Pero ¿por qué no pude pronunciar «Amén»?
Era yo quien más necesitaba bendición,
y el «amén» quedó atascado en mi garganta.

LADY MACBETH Estos
asuntos no se deben revolver de tales
maneras, o si no, van a volvernos locos.

MACBETH Me pareció oír una voz «¡No duermas más!:
Macbeth asesina al sueño», el inocente sueño,
el sueño que desenreda el embrollado ovillo
de las preocupaciones, muerte de la vida
de cada día, baño de enconadas penas,
bálsamo del alma herida, dádiva segunda
de la gran Madre, principal manjar
en el festín del mundo.

LADY MACBETH ¿Qué es eso que dices?

MACBETH Y aún «¡No duermas más!» gritaba por la casa,
«Glamis ha muerto al sueño, y por lo tanto Cáudor
no dormirá más: Macbeth no dormirá ya más».

LADY MACBETH ¿Quién fue el que así gritaba? Ea, noble par,
aflojas tu gran fuerza al razonar de cosas
tan enfermizamente. Ve, y con algo de agua
lava ese sucio testimonio de tu mano.
¿Por qué has traído esos puñales de su sitio?
Han de estar allí tirados. Ve a llevarlos, y unta
de sangre a los dormidos guardias.

MACBETH No voy más.



Miedo me da el pensar lo que he hecho: ya a mirarlo
de nuevo no me atrevo.

LADY MACBETH ¡Ah, débil en intento!
Dame las dagas. Los durmientes y los muertos
no son sino pinturas: solo ojo de niño
teme a un diablo pintado. Si él está sangrando,
doraré con ello el rostro de los guardias: debe
parecer la culpa suya.

Sale.
Aldabonazos dentro.

MACBETH ¿De dónde esos golpes?
¿Qué pasa en mí, que así me espanta todo ruido?
¿Qué manos hay ahí? ¡Ah, me sacan los ojos!
¿Hará el piélago entero de Neptuno limpia
mi mano de esta sangre? No: más bien mi mano
la mar innumerable empurpurecerá
trocando el verde en rojo.

Vuelve LADY MACBETH.

LADY MACBETH Mis manos son de tu color; pero me afrenta
tener un corazón tan blanco.

Aldabonazos dentro.

Oigo golpes
al portón del sur. Retirémonos a nuestra alcoba.
Un poco de agua de esta acción nos limpia: mira
qué fácil es. Nos ha dejado tu firmeza
desatendidos.

Aldabonazos dentro.

¿Calla? Más aldabonazos.
Ponte el camisón, no sea que la ocasión nos llame
y nos descubra en vela. No te pierdas en
tan míseros pensamientos.

MACBETH Para conocer mi acción,
no conocerme ni a mí mismo más valiera.

Aldabonazos dentro.

¡Despierta a Duncan con tu golpe! ¡Ah, si pudieras!

Salen.

ESCENA III

El mismo sitio. Entra un PORTERO.
Aldabonazos dentro.

PORTERO ¡Esto es llamar a conciencia! Hombre que fuera portero del infierno, harto tendría que darle vueltas a la llave.

Aldabonazos dentro.

¡Toc, toc, toc! ¿Quién es, en nombre de Belcebú? Es un labrador, que se colgó de un pino a la espera de cosecha buena. Entra en buen hora; tráete bien de moqueros: aquí vas a sudar en gordo.

Aldabonazos dentro.

¡Toc, toc! ¿Quién es, en nombre del otro diablo? A fe, es un testigo falso, capaz de jurar en cada uno de los platillos de la balanza contra el otro; que supo muy bien engañar en nombre de Dios, y con todo no pudo engañar al cielo. ¡Eh, entra, testigo falso!

Aldabonazos dentro.

¡Toc, toc, toc! ¿Quién es? A fe, este es un sastre inglés, que viene aquí dentro por haber sisado tela de unas calzas francesas. Entra, entra, sastre: aquí podrás calentar tu plancha.

Aldabonazos dentro.

¡Toc, toc! Y así sin parar. ¿Qué eres tú? Pero este sitio está demasiado frío para infierno. No hago más de portero del demonio. Tenía pensado dar entrada a alguno de cada oficio, de todos esos que van por senda de margaritas a las eternas tracas y cohetes.

Aldabonazos dentro.

¡Ya va, ya va! Acordaos del portero, por amor de Dios.

Abre la puerta.
Entran MACDUFF *y* LENNOX.

MACDUFF ¿Era tan tarde, amigo, cuando te acostaste, que tan tarde despiertas?

PORTERO A la verdad, señor, estuvimos de parranda hasta los segundos gallos; y el beber, señor, es gran provocador de tres cosas.

MACDUFF ¿Qué tres cosas provoca especialmente la bebida?

PORTERO Pardiez, señor, rojez de nariz, sueño y meada. Lujuria, señor, la provoca y la desprovoca: provoca el deseo, pero quita la función; así que el mucho beber puede decirse que es perjuro para con la lujuria: la crea y la estropea; la levanta y la derriba; la incita y la desanima; la hace enderezarse y la hace desenderezarse; en conclusión, le hace falsa promesa con un sueño, y cuando

la ha engañado, la abandona.

MACDUFF Yo creo que la bebida te engañó a ti anoche.

PORTERO Así fue, señor, y me agarró por el cuello; pero yo le pagué trampa por trampa; y siendo, creo yo, demasiado fuerte para ella, aunque se me trabó un rato a las piernas, al fin le hice una llave y la derribé.

MACDUFF ¿Está ya tu señor en pie?

Entra MACBETH.

Le han despertado nuestros golpes; aquí viene.

LENNOX Buen día, noble par.

MACDUFF ¿Está ya el rey en pie, noble señor?

MACBETH Aún no.

MACDUFF Él me encargó llamarlo con buen tiempo. Casi
dejé escapar la hora.

MACBETH Os guiaré hasta él.

MACDUFF Sé que es molestia esta para vos muy grata;
pero, aun así, molestia.

MACBETH Trabajo en que gozamos, la fatiga cura.
Esta es la puerta.

MACDUFF Me permito ir a llamarlo;
que ese es mi humilde oficio.

Sale.

LENNOX ¿Se va hoy el rey de aquí?

MACBETH Se va: así lo ha dispuesto.

LENNOX La noche ha sido horror sin ley: donde dormíamos
el viento derribó las chimeneas; cuentan
que se oyeron quejas en el aire, extraños gritos
de muerte, profetizando con terrible acento
siniestro incendio, confusión recién salida
del huevo del funesto tiempo; el negro pájaro
graznó en la eterna noche; dicen que la tierra
tuvo fiebre y tembló.

MACBETH Fue una dura noche.

LENNOX No puede hallarle mi memoria joven otra
que le haga par.

Vuelve MACDUFF.

MACDUFF ¡Horror, horror, horror! Ni corazón ni lengua
ni concebir te pueden ni nombrar.

MACBETH ¿Qué pasa?

MACDUFF La perdición ha hecho aquí su obra maestra.
El más sacrílego asesino ha entrado a hierro
al templo ungido del Señor, y de él robado
la vida de sus muros.

MACBETH ¿Qué decís? ¿La vida?

LENNOX ¿Dices su majestad?

MACDUFF Acercaos a la estancia, y ciegue vuestros ojos
una nueva Gorgona. No me hagáis que hable:
ved, y después hablad vosotros.

Salen MACBETH *y* LENNOX.

¡Vela! ¡En vela!
¡Taña la campana alarma! ¡Crimen y traición!
¡Banquo, y tú, Donalbain! ¡Malcolm! ¡Despierta!
Sacudid el muelle sueño, remedo de muerte,
y mirad la muerte misma. ¡Arriba, arriba, y ved
la imagen del gran Juicio! ¡Malcolm, Banquo! Alzaos
como de la tumba, y como ánimas acudid
a hacer coro a este espanto. Tañe la campana.

Suena una campana.
Entra LADY MACBETH.

LADY MACBETH ¿Qué es el motivo que hace que este odioso
clarín convoque a junta a los durmientes
de la casa? Hablad. ¡Hablad!

MACDUFF Gentil señora,
no es para vuestro oído lo que puedo hablar:
el relato en un oído de mujer sería
muerte en solo caer.

Entra BANQUO.

¡Ah, Banquo, Banquo! Nuestro
real patrón ha sido muerto.

LADY MACBETH ¿Qué? ¡Ay, triste!
¿En nuestra casa?

BANQUO Harto duro en dondequiera.
Querido Duff, por gracia, contradícete
y di que no es así.

Vuelven MACBETH *y* LENNOX*, con* ROSS.

MACBETH Solo una hora hubiera muerto yo antes de esto
y feliz mi tiempo habría sido: pues desde este
momento, nada hay serio en lo mortal: no es todo
más que juguetes; gloria y gracia han muerto; el vino



de la vida está vertido, y meras heces quedan
por vanidad en la bodega.

Entran MALCOLM *y* DONALBAIN.

DONALBAIN ¿Qué es la desgracia?

MACBETH Lo eres tú, y no lo sabes.
La cabeza, el manantial, la fuente de tu sangre
cortada está; la vena misma está cegada.

MACDUFF Tu real padre ha sido muerto.

MALCOLM ¡Ah! ¿Por quién?

LENNOX Los de su guardia, al parecer, lo han hecho: estaban
por manos y por cara en sangre señalados;
también sus dagas, que encontramos sin limpiar
sobre sus almohadas; como enloquecidos,
miraban en un pasmo. Vida alguna de hombre
se les debió fiar.

MACBETH ¡Ah, y me arrepiento todavía de mi furia,
que los maté!

MACDUFF ¿Por qué lo hiciste así?

MACBETH ¿Quién puede
ser cuerdo y trastornado, quién sereno y loco,
leal y neutral en un momento? Ningún hombre.
El estallido de mi amor violento atrás
dejó más calmo juicio. Aquí, tendido Duncan,
de dorada sangre su alba piel engalonada,
sus hondas llagas como brecha de natura
para entrada de la ruina; allí, los asesinos,
pingando en los colores de su trata, dagas
embutidas en cuajarones: ¿quién se refrenara,
que tuviera un corazón capaz de amar, y en él
coraje de mostrar su amor?

LADY MACBETH ¡Ayuda, fuera, oh!

MACDUFF Atended a la señora.

MALCOLM (*Aparte a* DONALBAIN.) ¿A qué tener las lenguas,
que pueda en ello verse cargo en contra nuestra?

DONALBAIN (*Aparte a* MALCOLM.)
¿Qué cabe aquí decir, en donde nuestro sino,
metido en un barreno, puede reventar
y aquí atraparnos? ¡Vámonos de aquí! No está
aún destilado nuestro llanto.

MALCOLM (*Aparte a* DONALBAIN.) Ni esta pena
en pie de marcha está.

BANQUO Atended a la señora;

Se llevan a LADY MACBETH.

y de que escondamos nuestras míseras desnudeces,
que así sin velo sufren, reunámonos
a investigar tan cruda hazaña y conocerla
mejor. Escrúpulos y miedos nos agitan.
En la gran mano del Señor me planto: en ella,
contra el secreto fingimiento me rebelo
de la maldad traidora.

MACDUFF Así hago yo.

TODOS Así todos.

MACBETH Vistamos pronto varonil arreo, y luego
juntémonos en la gran sala.

TODOS Bien, de acuerdo.

Salen todos menos MALCOLM *y* DONALBAIN.

MALCOLM ¿Qué vas a hacer? No entremos a partir con ellos.
Mostrar la pena no sentida es un oficio
que el hombre falso cumple bien. Yo iré a Inglaterra.

DONALBAIN A Irlanda yo. Partidas nuestras suertes a ambos
mejor nos guardaran. En donde estamos, dagas
en las sonrisas hay. El más cercano en sangre
es el más sangriento.

MALCOLM Aún el tiro a muerte que ha estallado
no ha dado en tierra, y nuestra vía más segura
es esquivar el blanco. Así que ¡a caballo!
Y no tengamos más fineza en despedidas,
sino escaparnos. Donde nada ya perdona,
venia tendrá ladrón que hurta su persona.

Salen.

ESCENA IV

Por fuera del castillo de Macbeth.
Entra ROSS *con un* ANCIANO.

ANCIANO Tres veintenas y media de años bien recuerdo:
en suma tal de tiempo he visto horas de espanto,
estrañas cosas; mas esta cruda noche ha hecho
bromas de la anterior historia.

ROSS Ah, sí, buen viejo,
ya veis: el cielo, como turbado con el drama
de los hombres, amenaza su sangrienta escena:
por el reloj es día, pero negra noche



ahoga aún la errante lámpara. ¿Es soberbia
de la noche o es pudor del día, que tinieblas
celen así la faz del mundo, cuando debe
la viva luz besarla?

ANCIANO Es contra natura;
tal cual la acción que se ha cumplido. El otro martes,
un halcón que remontaba en noble altanería
fue por un búho ratonero preso y muerto.

ROSS Y caballos de Duncan (suceso el más extraño,
y cierto), hermosos y veloces, favoritos
de su casta, vueltos en bravío, sus establos
quebraron y rebeldes a obediencia huyeron,
como yendo a hacer la guerra con la raza humana.

ANCIANO Y dice que se devoraron uno a otro.

ROSS Así lo hicieron, para pasmo de mis ojos,
que los miraban.

Entra MACDUFF.

Aquí viene el buen Macduff.
¿Cómo anda el mundo hoy, señor?

MACDUFF ¿Qué? ¿No lo ves?

ROSS ¿Se sabe ya quién hizo el crimen más que odioso?

MACDUFF Los que Macbeth mató.

ROSS ¡Maldito el día! Y ¿qué
provecho en tal les iba?

MACDUFF Estaban sobornados:
Malcolm y Donalbain, los dos hijos del rey,
de en medio se han quitado, lo que sobre ellos echa
sospecha de la hazaña.

ROSS Aún más contra natura.
¡Pródiga ambición, tan presta a saquear tus propios
medios de vida! Entonces es lo más probable
que la soberanía recaerá en Macbeth.

MACDUFF Ya está nombrado, y de camino para Escóun
para la investidura.

ROSS ¿Y el cuerpo de Duncan?

MACDUFF Llevado al monte Colme,
el sagrado almacén de sus predecesores
y guarda de sus huesos.

ROSS ¿Vas tú a ir a Escóun?

MACDUFF No, primo; voy a Faif.

ROSS Bien; yo iré allá.

MACDUFF Pues bien, que veas buen suceso allí. ¡Con Dios!
Si no es que nuestras ropas viejas no nos sientan
mejor que no las nuevas.

ROSS ¡A más ver, buen viejo!

ANCIANO ¡Vaya la bendición de Dios contigo
y todos los que hagan
al malo bueno, amigo al enemigo!

Salen.



TERCER ACTO

ESCENA I

Forres. El palacio.
Entra BANQUO.

BANQUO Ahí lo tienes ya: rey, Cáudor, Glamis, todo,
tal cual las brujas prometieron; y me temo
que hayas jugado harto sucio por tal triunfo.
Ah, pero se dijo
que no se asentaría en tu posteridad,
sino que había yo de ser raíz y padre
de muchos reyes. Si ello es que sale de ellas
verdad (y en ti, Macbeth, esplende su palabra),
¿por qué, sobre la cierta fe probada en ti,
no pueden ser profetas míos igualmente
y alzarme en esperanza? Pero ¡sst!, no más.

Floreo de banda.
Entra MACBETH *como rey,* LADY MACBETH *como reina,* LENNOX*,* ROSS*, señores, damas y acompañantes.*

MACBETH Aquí esta nuestro huésped principal.

LADY MACBETH Si a él
se le hubiera olvidado,
fuera como un vacío en nuestra fiesta grande,
de todo punto indecoroso.

MACBETH Celebramos esta noche una solemne cena,
y requerimos tu presencia.

BANQUO En mí disponga
vuestra real alteza, a quien mis lealtades
están con nudo el más indisoluble atadas
por siempre.

MACBETH Y esta tarde ¿sales a caballo?

BANQUO Sí, mi buen señor.

MACBETH Habríamos, si no, apreciado vuestro buen consejo,

que siempre ha sido a un tiempo grave y venturoso,
en la asamblea de hoy; pero lo oiré mañana.
¿Será el paseo lejos?

BANQUO Lo lejos, mi señor, que dé a llenar el tiempo
de aquí a la cena. Si el caballo no da más,
haré bien de pedirle en préstamo a la noche
una hora oscura o dos.

MACBETH No faltes a la fiesta.

BANQUO Señor, no faltaré.

MACBETH Oigo que nuestros sanguinarios primos paran
en Inglaterra y en Irlanda, y no confiesan
su crudo parricidio, hartando a quien les oye
de estraña fábula. Mas de esto, ya mañana,
cuando además tendremos asuntos de estado
que juntos nos reclamen. ¡A caballo, ea!
¡Adiós! Hasta esta noche
a tu regreso. Y Fleancio ¿va contigo?

BANQUO Sí, mi buen rey: el tiempo ya nos pide cuentas.

MACBETH ¡Sean vuestros corceles raudos y de andar
seguro! Así os encomendamos a sus lomos.
Ve en paz.

Sale BANQUO.

Que sea cada uno dueño de su tiempo
hasta las siete: a fin que nuestra compañía
más grata se os vuelva, nos quedamos solos
hasta la cena. En tanto ¡Dios sobre vosotros!

Salen todos menos MACBETH *y un* CRIADO.

Una palabra, amigo: ¿esperan esos hombres
a nuestras órdenes?

CRIADO Están, señor, ante las puertas de palacio.

MACBETH Tráelos ante nos.

Sale el CRIADO.

El serlo así no es nada,
sino el serlo seguro. Mi temor en Banquo
hondo está hincado; y en su majestad de porte
reina lo que es mi miedo. Es alta su osadía,
y a ese indomable temple de su espíritu
junta cordura tal que guía su valor
a obrar en salvo. No hay ninguno más que él
a cuyo ser yo tema; y bajo su censura
mi genio se apoquina, como el de Antonio dicen
bajo el de César. Se encaró con las hermanas,



la primera vez que en mí mención de rey pusieron,
y hablarle les mandó; que entonces, adivinas,
le saludaron padre de un renglón de reyes;
sobre mi sien ciñeron la corona estéril
y un infecundo cetro hundieron en mi puño,
a ser de allí arrancado por estraña mano,
sin hijo mío a sucederme. A ser así,
por la estirpe de Banquo habré manchado el alma,
por ellos he matado al generoso Duncan,
vertido enconos en la copa de mi paz
solo por ellos, y mi joya eterna dado
al común contrario de los hombres, para hacerlos
a ellos reyes: ¡tu simiente, Banquo, reyes!
Antes que eso, ven, destino, entra en mis filas,
y guíame a la ultimidad. ¿Quién anda ahí?

Vuelve el CRIADO *con dos* ASESINOS.

Ahora ve a la puerta, y guarda hasta que llame.

Sale el CRIADO.

Fue ayer cuando estuvimos conversando, ¿no?

PRIMER ASESINO Ayer, bien dice vuestra alteza.

MACBETH Bien, entonces
¿ya habéis pensado bien en mis palabras? Él
sabed que fue el que os tuvo un tiempo tan sujetos
a negra suerte; que creísteis que era nuestra
inocente persona; así os lo hice ver
en nuestra última entrevista, dándoos pruebas
de cómo bajo yugo se os metió, de cómo
se os puso trabas, cuáles medios, quién con ellos
obró, y todo, en fin, cuanto además pudiera
a una media alma y a un entendimiento lerdo
decirle «Así hizo Banquo».

PRIMER ASESINO Nos lo hicisteis ver.

MACBETH Lo hice; y fui más lejos, que es ahora el punto
de este segundo encuentro. ¿Halláis tan dominante
acaso la paciencia en vuestros caracteres
que deje que esto siga? ¿Tan evangelizados
estáis para rezar por tal buen hombre y por
su estirpe? ¿Él, cuya grave mano os ha bajado
hasta la fosa, y a los vuestros para siempre
mendigos hecho?

PRIMER ASESINO Somos hombres, mi señor.

MACBETH Sí, estáis catalogados como hombres;
como lebreles, galgos y mastines, chuchos
callejeros, de aguas y de lanas, perros-lobos,

sabuesos, todos se constriñen bajo el nombre
de perros: la ringlera en orden de valores
distingue al lento, al rápido, al astuto, al lerdo,
al buen guardián, al cazador, a cada uno
según el don que naturaleza generosa
ha puesto en él, por donde gana el añadido
de una particular mención en la etiqueta
que inscribe igual a todos. Tal también los hombres.
Pues bien, si en el catálogo ocupáis un puesto
del rango no más bajo de humanidad, decidlo,
y yo encomendaré este asunto a vuestros pechos,
cuya ejecución os libra de vuestro enemigo
y os amarra a nuestro amor y gracia, que arrastramos
con achaques en su vida una salud que fuera
perfecta en muerte de él.

PRIMER ASESINO Mi rey, yo soy un hombre
que viles golpes de este mundo y bofetadas
lo tienen tan quemado, que me importa un bledo
qué ultraje al mundo vaya a hacerle.

SEGUNDO ASESINO Y yo soy otro
tan harto de miseria, hundido de desgracias,
que bien pondré mi vida a cualquier carta, a riesgo
de arreglarla o de acabar con ella.

MACBETH Os consta a ambos
que Banquo fue vuestro enemigo.

LOS DOS ASESINOS Así es, señor.

MACBETH También lo es mío; y tan cruel distancia entre ambos
que cada minuto de su ser va acometiendo
al siguiente de mi vida; y aunque yo podría
barrerlo en descarado imperio de mi vista
y justificarlo a voluntad, no debo hacerlo
a causa de amistades, suyas como mías,
cuyo amor no es bien que pierda, sino su caída
llorar tras empujarlo a ella; y de eso viene
que así le esté la corte haciendo a vuestra ayuda,
velando el caso al ojo público, por varias
razones y de peso.

SEGUNDO ASESINO Mi señor, haremos
lo que nos encomiendes.

PRIMER ASESINO Aunque nuestras vidas…

MACBETH Vuestro ánimo destella en vuestra faz. En plazo
de una hora a lo más
os avisaré de dónde estaros al acecho,
os presentaré al perfecto espía de su tiempo,
al momento justo. Que ha de hacerse en esta noche,



y un poco aparte del palacio. Pensad siempre
que exijo estar del acto en limpio. Ah, y con él,
por no dejar rebaba y tachas en la obra,
su hijo Fleancio, que le tiene compañía,
y cuya ausencia me es no menos esencial
que la de su padre, debe entrar bajo los hados
de esa hora oscura. Decidid aparte. Al punto
yo volveré.

LOS DOS ASESINOS Señor, estamos decididos.

MACBETH Pronto os haré llamar. Quedáos ahí dentro.

Salen los ASESINOS.

Resuelto está. Tu alma, Banquo, ya alza el vuelo:
si el cielo va a ganar,
será esta noche cuando gane el cielo.

Sale.

ESCENA II

El palacio.
Entran LADY MACBETH *y un* CRIADO.

LADY MACBETH ¿Se ha ido Banquo de la corte?

CRIADO Mi dueña, sí, pero a la noche está de vuelta.

LADY MACBETH Ve y dile al rey que espero que me otorgue espacio
para un breve recado.

CRIADO Así lo haré, mi dueña.

Sale.

LADY MACBETH Nada se tiene, todo se ha gastado,
cuando el deseo lo logramos sin contento.
Mejor es ser aquello que uno destruía
que por la destrucción morar en casa
de dudosa alegría.

Entra MACBETH.

¿Qué es esto, mi señor? ¿A qué te apartas solo,
haciendo a ideas negras tus acompañantes,
gastando un pensamiento que debió haber muerto
con esos en quien piensa? Cosas sin remedio
sean cosas sin cuidado. Hecho está lo hecho.

MACBETH Fue darle un tajo a la serpiente, no matarla:
sanará, y será ella misma, mientras nuestra pobre

maldad sigue en peligro de su antiguo diente.
Pero ¡quiebre el quicio de la esfera, húndase un mundo
y el otro, antes que untar nuestro manjar en miedo
y dormir en la aflicción de esos terribles sueños
que la noche nos agitan! ¡Antes con los muertos,
que, por ganar la paz, mandamos a su paz,
que no yacer en este potro de la idea,
en desmayo sin reposo! Está en su tumba Duncan:
tras la vaga fiebre de la vida, él duerme bien;
traición en él ha hecho todo el mal que puede:
ni acero ni ponzoña,
maldad de dentro, ejército de fuera, nada
puede alcanzarle ya.

LADY MACBETH ¡Ah, vamos,
mi dulce dueño! Alisa tu fruncido gesto;
sé jovial y claro con tus huéspedes hoy noche.

MACBETH Lo seré, mi amor; y así también, te ruego, selo.
Tus atenciones se dirijan sobre Banquo;
dele preferencia con tus ojos y tu lengua.
¡Ah, malseguros, mientras que lavar debamos
nuestro esplendor en esa profusión de halagos,
y hacer de nuestras caras máscaras de nuestros
corazones, disfrazando lo que son!

LADY MACBETH Debías
dejarte de eso.

MACBETH Ah, llena de alacranes mi alma esta, mi esposa,
mi amor: sabes que Banquo y su Fleancio viven.

LADY MACBETH Pero el don de la vida no es eterno en ellos.

MACBETH Hay un consuelo, sí: aún son atacables.
Conque estate risueña: hoy, antes que el murciélago
despliegue el enclaustrado vuelo, que al conjuro
de la negra Hécate el acorazado grillo
con adormecida grita taña el soñoliento
repique de la noche, estará cumplido un hecho
de espeluznante marca.

LADY MACBETH ¿Qué es lo que ha de hacerse?

MACBETH Sé inocente del conocimiento, prenda mía,
hasta que el hecho aplaudas. Ven, cegadora noche,
véndale el tierno ojo al compasivo día
y con tu invisible ensangrentada mano borra
y desgarra en tiras este poderoso lazo
que me tiene pálido. La luz se espesa; el cuervo
de vuelo va al graznante bosque, y ya los bienes
del día a declinar y adormecerse empiezan,
mientras los agentes negros de la noche bullen



alertos a la presa. Te maravillan mis palabras;
pero mantente en calma.
Cosas que mal empiecen
solo a fuerza de mal se fortalecen.
Conque, te lo ruego, ven conmigo.

Salen.

ESCENA III

Campo cerca del palacio.
Entran tres ASESINOS.

PRIMER ASESINO Pero ¿quién te dio orden de juntarte con nosotros?

TERCER ASESINO Macbeth.

SEGUNDO ASESINO No hay por qué desconfiar de él,
pues explica nuestro cargo y qué es lo que ha de hacerse
en sentido justo.

PRIMER ASESINO Bien, pues ponte con nosotros.
El Oeste aún relumbra con alguna estría
de día; ahora el viajero retrasado aprisa
espolea por ganar a tiempo la posada;
y va llegando cerca el tema
de nuestra espera.

TERCER ASESINO ¡Eh, callad! Siento caballos.

BANQUO (*Dentro*.) ¡Eh, luz! Alumbra aquí.

SEGUNDO ASESINO Así que es él: el resto
de los anotados para espera ya se encuentran
en el palacio.

PRIMER ASESINO Sus caballos andan lejos.

TERCER ASESINO Casi a una milla. Pero él, según costumbre
de todo el mundo, de aquí a las puertas de palacio,
se lo hace de paseo.

SEGUNDO ASESINO ¡Luz! ¡Allí una luz!

Entra BANQUO *y* FLEANCIO
con antorcha.

Es él.

PRIMER ASESINO ¡Alerta a ello!

BANQUO Habrá lluvia esta noche.

PRIMER ASESINO ¡Abajo ya!

Se echan sobre BANQUO.

BANQUO ¡Traición! ¡Ah! ¡Huye, buen Fleancio, huye, huye!
Tú me vengarás. ¡Ah, esclavo!

Muere.
FLEANCIO *escapa*.

TERCER ASESINO ¿Quién apagó la luz?

PRIMER ASESINO ¿No era esa la manera?

TERCER ASESINO Solo ha caído uno: el hijo huyó.

SEGUNDO ASESINO Perdimos
la mejor mitad de nuestro asunto.

PRIMER ASESINO Bien,
vámonos, y digamos cuánto queda hecho.

Salen.

ESCENA IV

Sala en el palacio. Banquete preparado.
Entran MACBETH *y* LADY MACBETH*,* ROSS*,* LENNOX*,*
señores y acompañantes.

MACBETH Sabéis ya vuestro rango. Así sentíos. Al primero
y al último, cordiales bienvenidas.

SEÑORES Gracias, majestad.

MACBETH Yo en persona iré a unirme con la compañía,
y haré de humilde huésped. Nuestra hospedadora
guarda el sitial de honor. Pero al mejor momento
su bienvenida solicitaremos.

LADY MACBETH Dala por mí, señor, a todos los amigos,
pues que mi corazón les dice bienvenidos.

Asoma el PRIMER ASESINO *a la puerta*.

MACBETH Ya ves que ellos te pagan con cordiales gracias.
Están iguales ambos lados. Me sentaré
aquí en el medio. Sed generosos en alegría.
Al punto iré con cada cual bebiendo en brindis
en torno de la mesa.

Acercándose a la puerta.

Hay sangre en tu cara.

PRIMER ASESINO De Banquo entonces.

MACBETH Mejor está fuera de ti que dentro de él.
¿Despachado pues?



PRIMER ASESINO Señor, cortado el cuello: eso hice yo por él.

MACBETH Eres el mejor entre los cortacuellos. Claro
que también es bueno el que hizo igual por su Fleancio:
si fuiste tú, no tienes par.

PRIMER ASESINO Mi muy real señor,
Fleancio se ha escapado.

MACBETH Vuelve entonces mi espasmo. Habría, si no, sido
entero como mármol, firme como peña,
tan franco y general como el aire envolvente;
pero así, enjaulado, preso, confinado, atado
a duda y miedo burladores. Pero Banquo
¿está seguro?

PRIMER ASESINO Sí, mi buen rey: seguro aguarda en una zanja,
con veinte tajos bien cavados en la testa,
el menor, una muerte.

MACBETH Bien; gracias por eso.
Allí la sierpe adulta yace; el viborezno
que se escurrió naturaleza tiene
que con el tiempo criara veneno,
sin dientes por ahora. Quita de ahí: mañana
nos oiremos de nuevo.

Sale el ASESINO.

LADY MACBETH Mi real señor,
no das brindis al gozo. Al traste va la fiesta
que a menudo no recibe, mientras se celebra,
fianza de que se da con gusto. Para comer,
mejor en casa; fuera, es salsa del manjar
la cortesía.

MACBETH ¡Dulce recordadora! Ahora,
¡que buena digestión le siga al apetito
y a ambos salud!

LENNOX Plega a su majestad sentarse.

Entra el ánima de BANQUO
y se sienta en el sitio de MACBETH.

MACBETH Tendríamos bajo este techo la honra toda
de la patria, a estar presente la gentil persona
de nuestro Banquo; que ojalá más bien se deba
reprenderle de descortesía que lamentarlo
por accidente.

ROSS Mi señor, su ausencia vierte
mancilla en su promesa. Plega a vuestra alteza
honrarnos con su augusta compañía.

MACBETH Está
la mesa llena.

LENNOX Aquí hay un sitio reservado,
señor.

MACBETH ¿En dónde?

LENNOX Aquí, mi noble rey. ¿Qué turba a vuestra alteza?

MACBETH ¿Quién de vosotros ha hecho esto?

SEÑORES ¿Qué señor?

MACBETH No podrás decir que yo lo he hecho. ¡No sacudas
sobre mí tu crencha ensangrentada!

ROSS Caballeros,
alcémonos: su alteza no está bien.

LADY MACBETH Sentaos,
nobles amigos. A mi señor le da esto a veces,
ya desde su juventud. Guardad, os ruego, el sitio.
El ataque es momentáneo; fijándoos en él mucho,
le irritaréis y alargaréis el padecimiento.
Comed, y no atendáis a él. ¿Eres un hombre?

MACBETH ¡Ah, sí, y valiente, para osar mirar a aquello
que al diablo espantaría!

LADY MACBETH ¡Ah, linda broma! Esto
es la pintura mera de tu miedo; es esto
la daga trazada en aire que, a lo que decías,
te guió hasta Duncan. ¡Ah!, esos sustos y repentes,
máscaras del miedo verdadero, bien caerían
con un cuento del ama al fuego del invierno
testimoniado por su abuela. ¡Tal vergüenza!
¿Por qué haces esas muecas? Cuando todo es hecho,
tú miras ¿qué?: una silla.

MACBETH ¡Mira, por favor! ¡Atiende! ¡Ahí! ¿Qué dices?
¡Bah, qué me importa! Si haces señas, vamos, habla.
Si osarios y sepulcros nos devuelven fuera
los que enterramos, ¡sean nuestras sepulturas
buches de milanos!

Se desvanece el ánima.

LADY MACBETH ¿Qué, pelele de la locura?

MACBETH Si estoy aquí, aquí lo he visto.

LADY MACBETH ¡Oh, qué bochorno!

MACBETH Sangre se ha derramado antes de ahora, en tiempos
que no había humana ley purgado aún el goce
de la vida; sí, y después también se han cometido



asesinatos demasiado espeluznantes
al oído. Ya ha pasado el tiempo aquel que un hombre
al reventársele la sesera se moría,
y fin; pero ahora se alzan otra vez con veinte
seguras muertes en la testa, y nos arrojan
de nuestro asiento. Más pasmoso aún es esto
que lo es el crimen mismo.

LADY MACBETH Mi gentil señor,
tus ilustres huéspedes te reclaman.

MACBETH Os olvido.
No os asombréis de mí, mis mas nobles amigos:
tengo una estraña enfermedad, que es nada para
quien me conoce. ¡Venga: amor, salud a todos!
Después me sentaré. Echa vino, y hasta el borde.
Brindo a la alegría general de la mesa entera,
y a nuestro caro amigo Banquo, que nos falta.
¡Así estuviera aquí! ¡A vosotros y a él mi copa,
y todo para todos!

SEÑORES ¡Honra y homenaje!

Vuelve a entrar el ánima.

MACBETH ¡Atrás! ¡Fuera de mi vista! ¡Escóndate la tierra!
Tus huesos son sin tuétano, tu sangre fría;
no tienes chispa de mirada en esos ojos
que clavas sobre mí.

LADY MACBETH Ved esto, honrados pares,
como cosa de costumbre: nada es más que eso;
solo que estropea la alegría de la hora.

MACBETH A lo que se atreve un hombre, a eso yo me atrevo.
Acércate en figura de áspero oso ruso,
de armado rinoceronte, como tigre hircana;
trae cualquier traza menos esa, y firmes, nunca
mis nervios temblarán; o sé de nuevo vivo,
y rétame a salir al yermo espada en mano:
si temblando paro entonces, tenme por el rorro
de una doncella. ¡Fuera, sombra espeluznante!
¡Burla irreal, fuera!

Se desvanece el ánima.

Bueno. Ya. En yéndose,
vuelvo a ser un hombre. Por favor, seguid sentados.

LADY MACBETH Has trastocado el regocijo, roto el gozo
de la reunión con alboroto tan pasmoso.

MACBETH ¿Pueden ser cosas tales
y sobrevenirnos como nube de verano

sin mayor asombro nuestro? Hacéis que aun yo me sienta
extraño al sentimiento al que obedezco, cuando
pienso ahora que podéis mirar visiones tales
reteniendo el natural carmín en la mejilla,
mientras la mía encala el miedo.

ROSS ¿Qué visiones,
señor?

LADY MACBETH Os ruego, no le habléis;
se pone cada vez peor;
le irritan las preguntas. Basta, y buenas noches;
no os paréis a aguardar el orden de salida:
partid sin más.

LENNOX Buena noche, y pronta mejoría
a su majestad.

LADY MACBETH A todos, muy felices noches.

Salen todos menos MACBETH *y* LADY MACBETH.

MACBETH Sí, tendrá sangre. Sangre, dicen, pide sangre.
Piedras se ha sabido que se mueven y hablan árboles;
agüeros y relaciones descifradas han
revelado por urracas, chovas y cornejas
al más secreto agente del sangriento hecho.
¿Qué es de la noche?

LADY MACBETH Riñendo casi con el alba a quién es quién.

MACBETH ¿Qué dices de que Macduff rehúse su persona
a mi alto requerimiento?

LADY MACBETH ¿Le has mandado aviso,
señor?

MACBETH Lo oigo al paso. Pero mandaré.
No hay uno de ellos que en su casa no mantenga
un criado a mis espensas. Quiero ir mañana,
y temprano quiero ir, a las hermanas brujas:
mas han de hablar; pues ya a saber estoy resuelto
por los peores medios lo peor. A mi derecho
dará paso toda causa. Estoy metido en sangre
hasta tan hondo que, si no entro más al vado,
volver tan duro fuera como atravesar.
Extrañas cosas tengo en la cabeza
que bajar quieren a las manos,
que es fuerza que ejecute
antes que nadie su secreto escrute.

LADY MACBETH Te falta la sazón de toda vida, el sueño.

MACBETH ¡Vamos, al sueño! Mi alucinación
es el temor novicio



que necesita aún duro ejercicio.
Casi somos niños en el crimen.

Salen.

ESCENA V

Un páramo. Trueno.
Entran las tres BRUJAS *yendo al encuentro de* HÉCATE.

PRIMERA BRUJA ¡Eh, eh! ¿Qué pasa, Hécate? Pareces enojada.

HÉCATE Y ¿no hay motivo, cabras viejas,
insolentes que sois, pendejas?
¿Cómo tanta desfachatez
tuvisteis para con Macbeth
meteros de esa suerte
en trama y tráficos de muerte?
Y el ama yo de vuestro oficio,
centro de todo maleficio,
nunca llamada a entrar a parte
en la gloria de nuestro arte?
Y lo que es peor, cuanto habéis hecho,
fue por un hijo sin provecho,
que, airado y fatuo, como todos
mira solo a sus acomodos,
no al vuestro. Mas de todos modos,
tratad de hacer de vuestra ofensa
reparación y recompensa:
ahora huid por senda y monte,
y junto al pozo de Aqueronte
buscadme al alba: allí el indino
va a ir a averiguar su sino.
Redomas aprestad y ungüento
y ensalmos y cuanto haga al cuento.
Al aire voy: la noche pienso
gastar en un designio inmenso:
fatal empresa soberana
cumplida debe estar mañana
antes que el cuco dé la una.
Allá de un cuerno de la luna
destila un vaporoso
rocío poderoso;
antes que llegue al suelo,
lo habré cogido al vuelo;
por magas mañas destilado,
será en espíritus trocado
de tal virtud, que su ilusión

lo arrastrará a la perdición;
escupirá al destino fuerte,
despreciará a la muerte;
sus esperanzas más allá
de todo juicio llevará
y de merced y de favores;
y bien sabéis que los peores
enemigos del hombre son
soberbia y despreocupación.

Música y canto dentro:
«Vuelve ya, ven acá, Hécate, Hécate, ven acá.»

¿Oís? Me llaman. Mi pequeño duende allí
montado en una niebla aguarda ya por mí.

Sale.

PRIMERA BRUJA ¡Vamos, deprisa, vamos! Va a volver muy pronto.

Salen.

ESCENA VI

Forres. El palacio.
Entran LENNOX *y otro* NOBLE.

LENNOX No han hecho mis palabras más sino atinar
con vuestro pensamiento, que podrá más lejos
interpretar. Tan solo digo que las cosas
se han producido extrañamente. El dulce Duncan,
llorado por Macbeth; pues claro, a fe: ¡si estaba muerto!
Luego el leal y bravo Banquo dio un paseo
demasiado tarde; al cual podéis, si se os antoja,
decir que lo mató Fleancio; pues Fleancio
huyó. No debe uno pasear muy tarde.
Y ¿quién puede evitar pensar cuán monstruoso
fue por parte de Malcolm y de Donalbain
matar a su clemente padre? ¡Acción nefanda!
¡Cómo le dolió a Macbeth! ¿No fue en piadosa rabia
derecho a degollar a aquellos dos precitos
que yacían presos de bebida en torpe sueño?
¿No fue una noble acción? ¡Oh, sí!, y también prudente,
porque irritado habría a todo pecho vivo
el oírles denegarlo. Así que él, ya digo,
lo ha llevado todo bien; y a haber tenido, pienso,
a los hijos del buen Duncan bajo su cerrojo
(lo que, plega al cielo, no será), ya hubieran visto
lo que es matar a un padre; oh sí, y también Fleancio.



Pero ¡a callar!, que por alguna frase clara
y por haberle rehusado su asistencia
a la fiesta del tirano, oigo que Macduff
vive en desgracia. Mi señor, ¿podríais vos
decir dónde se halla?

NOBLE El hijo del buen Duncan,
de quien este usurpa los derechos de nacimiento,
vive en la corte inglesa, y se ve acogido
del muy piadoso rey Eduardo con tal gracia
que la malquerencia de la fortuna nada puede
menguar de su alta honra. Allí Macduff se ha ido
a pedir al santo rey que en su socorro alce
al de Nortumberlandia y al feroz Siguardo,
que con la ayuda de estos (y la de lo Alto
para coronar la obra) demos nuevamente
manjar a nuestras mesas, sueño a nuestras noches,
quitemos de los banquetes las sangrientas dagas,
rindamos fiel honor, tengamos libres honras,
todo lo que ahora aquí añoramos. Y el relato
tanto ha indignado al rey que ya se está poniendo
en pie de guerra.

LENNOX Y él ¿mandó a Macduff recado?

NOBLE Lo hizo, y con un rotundo «No, señor, yo no»
sombrío el mensajero vuélvesenos de espaldas
rezongando, como quien dice «Os pesará del tiempo
que me carga tal mensaje».

LENNOX Y eso bien debiera
avisarle de prudencia, y mantener distancia
cuanta su juicio le prevenga. ¡Un santo ángel
vuele a la corte de Inglaterra, y le revele
su mensaje antes que venga!; que retorne pronto
alada gracia a nuestra tierra atormentada
bajo maldita mano.

NOBLE Mandaré con él
mis oraciones.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Una caverna. En medio, una caldera hirviendo. Trueno.
Entran las tres BRUJAS.

PRIMERA BRUJA Tres veces maulló el gato pinto.

SEGUNDA BRUJA Tres veces y una chilló el erizo.

TERCERA BRUJA Harpía nos grita «Es la hora, la hora».

PRIMERA BRUJA Alrededor de la caldera
gira y gira, compañera;
en su entraña venenosa
echa y echa cosa y cosa.
Sapo, que en tus huras frías
días treinta y uno habías
trasudado tu pringote,
ve el primero a hervir al pote.

TODAS Doble, doble afán y brea,
y el tizón chisporrotea
y el caldero borbotea.

SEGUNDA BRUJA Pingo de lombriz del barro,
hierve y cuece en el cacharro;
ojo azul de lagartija,
zancarrón de sabandija,
lana de murciego,
lengua de oso ciego,
dardo de serpiente,
viboreño diente,
piel de sanguijuela
y ala de mochuela,
para ensalmo sin piedad,
para daño sempiterno,
como caldo del infierno
rebullid, borbotead.

TODAS Doble, doble afán y brea,



y el tizón chisporrotea
y el caldero borbotea.

TERCERA BRUJA Verde escama de dragón
y colmillo de león,
grasa de una momia vieja,
buche y cuajos y molleja
de un hambriento tiburón,
leche enjuta
de cicuta
arrancada en noche oscura,
y asadura
de un judío que blasfema,
hiel de cabra, brote y yema
que del tejo
despellejo
en eclipse de la luna,
punta de nariz moruna,
labio grueso
de un gitano en hurto preso,
dedo de bebé asfixiado
al parirlo que ha arrojado
una malamadre al foso,
espesad, haced viscoso
el potaje en que os pongo.
Y ahora añádele el mondongo
de una tigre, y ya está ahíta
de ingredientes la marmita.

TODAS Doble, doble afán y brea,
y el tizón chisporrotea
y el caldero borbotea.

SEGUNDA BRUJA Enfriarlo con la sangre
de un gorila, y ya se hizo
cierto y bueno nuestro hechizo.

Entra HÉCATE
a unirse con las otras tres.

HÉCATE ¡Muy bien! Alabo vuestro arte,
y tendréis todas vuestra parte.
Ahora cantando en torno al pote
como las hadas id al trote
para encantar vuestro guisote.

Música y canto:
«Espíritus negros y blancos, / genios del fuego y el mar, /
juntaos, juntaos, juntaos, / vosotros que os podéis juntar».
HÉCATE *se retira al fondo*.

SEGUNDA BRUJA Por el picor de mi pulgar,

algo siniestro aquí va a entrar.
¡Ábrete, Enrique,
quienquiera que pique!
¡Ábrete, Roque,
quienquiera que toque!

Entra MACBETH.

MACBETH ¿Qué es esto, negros trasgos de la medianoche?
¿Qué es lo que hacíais?

TODAS Una acción sin nombre.

MACBETH Yo aquí os conjuro, por aquello a que servís,
de doquiera que el saber os venga, respondedme:
así los vientos desatéis para que choquen
contra las iglesias, aunque espumajosas olas
engullan y trastornen cuanto flota en ellas,
y el trigo en mies se arrase y se descuaje el bosque
y se hundan templos sobre las testas de sus guardias,
así palacios y pirámides retuerzan
su frontón a sus cimientos, aunque los tesoros
de gérmenes de natura rueden todos juntos,
hasta que la destrucción enferme, respondedme
a lo que os pregunto.

PRIMERA BRUJA Habla.

SEGUNDA BRUJA Pide.

TERCERA BRUJA Respondemos.

PRIMERA BRUJA Y di, ¿querrás mejor oírlo de nuestras bocas
o de nuestros amos?

MACBETH Convocadlos, que los vea.

PRIMERA BRUJA Echa ahí dentro sangre aleve
de una cerda que sus nueve
lechoncillos devoró;
y la grasa que sudó
en la horca un asesino
echa al fuego.

TODAS Oh, ser divino,
ven de abajo o ven de arriba,
y muestra el poder que en ti viva.

Trueno. Primera aparición:
una cabeza con yelmo.

MACBETH Dime, genio desconocido…

PRIMERA BRUJA Él sabe tus intrigas:
escucha lo que hable, pero nada digas.

PRIMERA APARICIÓN

¡Macbeth, Macbeth, Macbeth! ¡Guárdate de Macduff!,
¡atento al par de Faif! Soltadme: ya es bastante.

Se hunde.

MACBETH Quienquier que seas, por tu buen aviso, gracias.
Acertaste a pulsar la cuerda de mi miedo.
Pero aún una palabra…

PRIMERA BRUJA No admite que se le mande. Aquí está otro, más poderoso que el primero.

Trueno. Segunda aparición: un niño ensangrentado.

SEGUNDA APARICIÓN ¡Macbeth, Macbeth, Macbeth!

MACBETH Tuviera tres oídos, y con tres te oyera.

SEGUNDA APARICIÓN Sé cruel, audaz, resuelto; ríete a placer
del poder del hombre: pues ningún parido por mujer
podrá a Macbeth dañar.

Se hunde.

MACBETH ¡Vive pues, Macduff! ¿Qué falta me hace a mí temerte?
Con todo, me aseguraré con doble llave,
y le haré firmar al sino. No, no vivirás:
que pueda al miedo de blanco corazón decirle
que miente, y duerma pese al trueno.

Trueno. Tercera aparición: un niño coronado, con un árbol en la mano.

¿Qué es ese
que se alza como retoño de monarca y porta
sobre el entrecejo niño el redondel y cúspide
de la soberanía?

TODAS ¡Escucha, pero no le hables!

TERCERA APARICIÓN Ten brío de león y orgullo y no te apure
quién ruja o quién se irrite o dónde se conjure:
jamás será Macbeth vencido hasta que el gran
bosque de Bírnam al alto monte Dunsinán
no suba contra él.

Se hunde.

MACBETH Lo cual jamás será:
¿quién va a empujar a un bosque, cómo arrancara
su raíz de tierra el árbol? ¡Buena nueva esta!
Rebelión mortal, no te alces hasta que la foresta
de Bírnam se alce, y ya Macbeth en su alto asiento
vivirá su arriendo a vida y pagará su aliento

al tiempo y la mortal costumbre. Pero aún tiemblo
una cosa por saber: decid, si a tanto alcanza
vuestro arte: ¿reinará jamás la descendencia
de Banquo en este reino?

TODAS No quieras más saber.

MACBETH ¡A mí ha de complacérseme! Negadme esto,
y eterna maldición os caiga! A ver, que sepa:
¿por qué se hunde esa caldera? ¿Y este ruido?

Oboes.

PRIMERA BRUJA ¡Mostraos!

SEGUNDA BRUJA ¡Mostraos!

TERCERA BRUJA ¡Mostraos!

TODAS ¡Eh, mostráos a sus ojos!
¡Su ánima llenad de enojos!
¡Como sombras venid!
¡Como sombras partid!

Aparición de ocho reyes,
el último con un espejo en la mano;
detrás, el ánima de BANQUO.

MACBETH Te pareces mucho al ánima de Banquo: ¡abajo!
Tu corona abrasa mis pupilas. Y tu pelo,
tú, el otro de la sien ceñida de oro, es como
el del primero. Y un tercero como el segundo.
¡Cochinas brujas!
¿Por qué me enseñáis esto? ¡Un cuarto! ¡Fuera, ojos!
¿Qué, se va a estirar la serie hasta el tambor del Juicio?
¡Todavía otro! ¡El séptimo! Ya no veo más.
Y aún el octavo surge; el cual trae un espejo
donde me muestra a muchos más. Y algunos veo
que portan doble globo y triple cetro blanden.
¡Visión horrible! Ahora veo que es verdad:
pues Banquo inudrido en sangre sobre mí sonríe
y ya por suyos los señala.

Se desvanecen las apariciones.

¿Qué? ¿Es así?

PRIMERA BRUJA Sí, rey, así. Pero ¿por qué
queda Macbeth en pasmo tal?
Vamos, hermanas, démosle
buen ánimo, ofrezcámosle
la flor de nuestro festival.
El aire encantaré hasta hacer
trocarse en música su onda,
mientras bailáis la bufa ronda.



Que diga este gran rey por vida
que bien cumplimos el deber
de darle nuestra bienvenida.

Música. Danzan las brujas,
y luego se desvanecen, junto con HÉCATE.

MACBETH ¿En dónde están? ¿Se han ido? ¡Que esta aciaga hora
maldita quede por jamás en el calendario!
¡Entrad! ¡Eh, ahí fuera!

Entra LENNOX.

LENNOX ¿Qué dispone vuestra gracia?

MACBETH ¿Viste a las hermanas hechiceras?

LENNOX No, señor.

MACBETH ¿No pasaron a tu lado?

LENNOX No, en verdad, señor.

MACBETH ¡Apestado sea el aire por el que cabalgan,
y condenados los que en ellas creen! He oído
el galope de un caballo. ¿Quién cayó por ahí?

LENNOX Son dos o tres, señor, que ahí os traen noticia
de que Macduff huyó a Inglaterra.

MACBETH ¡Huyó a Inglaterra!

LENNOX Sí, mi buen rey.

MACBETH Ah, tiempo, te adelantas a mi terrible hazaña.
Nunca al propósito volandero se le alcanza
si no va el hecho al par con él. Desde este instante
las primicias de mi corazón serán primicias
de mi mano. Y aun ahora, para coronar
el pensamiento con la acción, pensado y hecho:
sorprenderé el castillo de Macduff: en Faif
haré mi presa; daré al filo de la espada
a su esposa y a sus críos, toda triste alma
que en su linaje guarde traza de su brío.
Y nada de fanfarronadas de payaso:
hecho estará antes que el propósito esté frío.
¡No más visiones! ¿Dónde están esos caballeros?
Vamos, llévame donde estén.

Salen.

ESCENA II

Fife. Castillo de Macduff.

Entra LADY MACDUFF*, su hijo y* ROSS.

LADY MACDUFF ¿Qué es lo que ha hecho para hacerle desterrarse?

ROSS Señora, has de tener paciencia.

LADY MACDUFF Él no ha tenido.
Su huida fue locura: cuando nuestros hechos
no, nos denuncian de traidores nuestros miedos.

ROSS ¿Qué sabes tú si fue su miedo o su prudencia?

LADY MACDUFF ¡Prudencia! ¿Abandonar su esposa, sus pequeños,
y sus mansiones y sus títulos en sitio
de donde él mismo se va huyendo? No nos quiere;
le falta el pálpito natural: porque hasta el pobre
reyezuelo, el más menudo de las aves, sabe
luchar, sus crías en el nido, contra el búho.
Todo es el miedo y nada es el amor; lo mismo
que es mísera la prudencia cuando así su huida
va contra toda la razón.

ROSS Mi amada prima,
te lo ruego, estudia tú en ti misma; que tu esposo
noble es, juicioso, cuerdo, y es quien mejor sabe
las vueltas de la ocasión. No oso hablar ya más;
pero fieros son los tiempos, cuando se es traidor
sin saberlo ni uno mismo: que un rumor cogemos
de dónde habemos de temer, y aún no sabemos
lo que temer, mas sobre bravo mar flotamos
a todo rumbo y soplo. Y basta, me despido;
no ha de ser largo hasta que vuelva a estar aquí:
llegado el mal al fondo, ha de cesar, o arriba
tornar a ser lo que antes fue. Mi bella prima,
mis bendiciones sobre ti.

LADY MACDUFF Él tiene padre,
y es huérfano de padre.

ROSS Soy tan mentecato
que si me quedo más, sería mi vergüenza
y tu incomodo. Me despido ya sin más.

Sale.

LADY MACDUFF Buen hombre, eh: tu padre ha muerto.
Y tú ¿qué harás ahora? ¿Cómo vivirás?

HIJO Como los pájaros, madre.

LADY MACDUFF ¿Qué? ¿De moscas y gusanos?

HIJO Pues sí, de lo que encuentre; así es como hacen ellos.

LADY MACDUFF ¡Mi pobre pajarito!, y ¿nunca temerías
ni red ni liga, el lazo ni la trampa?



HIJO ¿Por qué, mamá? A los pajaritos pobres
no se les va a cazar.
Mi padre no está muerto, con todo lo que digas.

LADY MACDUFF Sí, muerto está. ¿Qué harás para tener un padre?

HIJO Pues ¿qué harás tú para tener marido?

LADY MACDUFF Bah, yo puedo comprarme
veinte en cualquier mercado.

HIJO Entonces, los comprarías para revenderlos.

LADY MACDUFF ¡Hablas con tanta gracia!; pero, vaya,
con demasiada gracia para ti.

HIJO Madre, mi padre ¿fue un traidor?

LADY MACDUFF Sí, eso es lo que fue.

HIJO ¿Qué es un traidor?

LADY MACDUFF Pues uno
que jura y miente.

HIJO Y ¿serán traidores todos los que hagan eso?

LADY MACDUFF Todo el que hace eso es un traidor,
y hay que colgarlo.

HIJO ¿Hay que colgar a todos
los que juran y mienten?

LADY MACDUFF Uno por uno a todos.

HIJO Y ¿quién los va a colgar?

LADY MACDUFF Pues los hombres honrados.

HIJO Entonces, los mentirosos deben de estar tontos:
porque mentirosos hay bastantes para poder
a los hombres honrados y colgarlos ellos.

LADY MACDUFF ¡Vaya!, que Dios te guarde, pobre monicaco.
Pero, a ver, ¿qué harás para tener un padre?

HIJO Si hubiera muerto,
llorarías por él; si no llorabas,
era buena señal
de que pronto tendría un padre nuevo.

LADY MACDUFF Mi pobre parlanchín, ¡qué cosas dices!

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO ¡Dios guarde, hermosa dama! No os soy conocido,
aunque yo de vuestro rango y honra estoy bien cierto.
Me temo que un peligro se os acerca aprisa.
Si queréis de un hombre llano recibir consejo,
que no se os halle aquí: huid con vuestros niños.

Asustaros de este modo, entiendo, es harto rudo:
trataros aún peor cruel fiereza fuera,
la cual de vos está harto cerca. ¡El cielo os guarde!
No me atrevo a quedarme más.

Sale.

LADY MACDUFF ¿Adónde voy a huir?
No he hecho daño alguno. Pero ya me acuerdo
que estoy en este triste mundo, en que hacer daño
a menudo es meritorio, y hacer bien a veces
cuenta por locura peligrosa. Ay, entonces,
¿a qué ando aquí sacando ese argumento mujeril
de que no he hecho daño alguno?

Entran unos ASESINOS.

¿Qué son esas caras?

PRIMER ASESINO ¿Dónde está su marido?

LADY MACDUFF En parte alguna, espero, tan desconfesada
que lo pueda gente como vosotros encontrar.

PRIMER ASESINO Es un traidor.

HIJO ¡Mientes, villano, oreja-peluda!

PRIMER ASESINO ¡Cómo, birria!

Apuñalándolo.

¡Ah, huevas de traición!

HIJO Me ha matado, madre.
¡Escapa, te lo pido!

Muere.
Sale LADY MACDUFF *gritando «¡Al asesino!».*
Salen los ASESINOS *persiguiéndola.*

ESCENA III

Inglaterra. Ante el palacio del rey. Entran MALCOLM *y* MACDUFF.

MALCOLM Busquemos una desolada sombra en donde
vaciar en llanto nuestros tristes pechos.

MACDUFF Antes,
empuñemos la mortal espada, y como buenos,
montemos sobre nuestro hundido patrimonio.
Cada nueva mañana nuevas viudas gimen,
nuevos huérfanos sollozan, nuevas pesadumbres
le restallan en la cara al cielo, que resuena



como si sufriera con Escocia y aüllara
sílaba de dolor.

MALCOLM Lloraré por lo que crea;
lo que sepa creeré, y lo que pueda remediar,
cuando se deje el tiempo contentar, lo haré.
Lo que habéis hablado, acaso sea así. Al tirano,
cuyo solo nombre llaga nuestra lengua, un tiempo
se le tuvo por honrado. Bien le habéis querido.
Hasta hoy no os ha tocado. Joven soy; mas algo
sacaríais de él a costa mía; y es cordura
ofrecer un inocente tierno corderillo
para aplacar a un dios airado.

MACDUFF Yo no soy traidor.

MALCOLM Pero Macbeth lo es. Bien puede un natural
honesto y virtuoso recular en caso
de algún encargo regio. Mas os pido excusas:
lo que vos seáis, no pueden nunca trastocarlo
mis pensamientos. Son los ángeles aún claros,
aunque cayó el más claro; aun cuando use el ceño
de la gracia toda cosa vil, aún la gracia
debe parecer lo que ella es.

MACDUFF Las he perdido
mis esperanzas.

MALCOLM Puede que en el mismo sitio
donde yo encontré mis dudas. ¿Cómo es que dejasteis
tan desatentadamente a vuestra esposa y niño,
tan ricas prendas, lazos del amor tan fuertes,
sin despediros de ellos? Os lo ruego,
no hagáis a mis recelos ser vuestras afrentas,
sino mi salvaguardia. Bien podéis ser justo,
piense yo lo que piense.

MACDUFF ¡Sangra, sangra,
mi pobre tierra! Fuerte tiranía, asienta
seguro tu cimiento, pues que la virtud
no osa hacerte frente; gasta tus ultrajes:
refrendado está tu título. Dios os guarde, príncipe.
No fuera yo el villano que pensáis por todo
el ámbito que la garra del tirano abarca
y el rico Oriente encima.

MALCOLM No os ofendáis:
no hablo en sospecha cierta contra vos. Yo pienso
que nuestra patria se está hundiendo bajo el yugo,
y llora, y sangra, y cada día nueva llaga
se añade a sus heridas. Pienso yo asimismo
que habría manos que se alzaran por mis fueros;
y aquí de su majestad inglesa oferta tengo

de algunos buenos miles. Mas con todo eso,
cuando haya hollado la cabeza del tirano
o clavádola en mi espada, aún mi pobre patria
más vicios que antes tuvo va a tener y más
sufrir por modos tan diversos como nunca
bajo el que le suceda.

MACDUFF ¿Quién sería ese?

MALCOLM Yo mismo es el que digo: en quien conozco todos
los esquejes del vicio tan arraigados
que, cuando estén brotados, ya Macbeth, tan negro,
puro como nieve parecerá, y el pobre estado
lo juzgará por un cordero, al compararlo
con mi maldad sin lindes.

MACDUFF Ni aun en las legiones
del infierno un diablo se hallará tan condenado
que a Macbeth rebase en males.

MALCOLM Es cruel, lo admito,
lujurioso y avariento y falso y desleal,
violento, retorcido, untado en todo vicio
que tenga nombre. Pero no, no hay fondo
a mi rijosidad: vuestras esposas, hijas,
matronas y doncellas, nunca colmarían
el pozo de mi lujuria, y mi ansia saltaría
todos los castos diques que se levantaran
frente a mi voluntad. Mejor Macbeth que un hombre
tal para reinar.

MACDUFF La intemperancia desmedida
en lo natural es una tiranía; ha sido
desaloje prematuro de felices tronos,
caída de cien reyes. Mas ni en eso temas
cargar con lo que es tuyo: puedes dar salida
en rica anchura a tus placeres, y con todo
mostrarte frío, con vendarle el ojo al mundo.
Hay hartas damas complacientes: nunca puede
haber en vos tal buitre que devore tantas
como se dedicaran a la realeza, al verla
inclinada de ese lado.

MALCOLM Junto a eso, crece
en mi tan mal trabada condición codicia
tal, tan irrestañable que, de verme rey,
despojo haría de los nobles por sus tierras,
sus joyas buscaría o la mansión de otro,
y mi acrecentamiento salsa me sería
para darme aún más hambre, al punto que urdiría
injustos pleitos a los buenos y leales
a tal de hundirlos por mi pro.



MACDUFF Sí, tal codicia
más hondo agarra, echa raíz más perniciosa
que la lujuria, flor de estío, y fue ella espada
que a reyes nuestros degolló. Mas no temáis:
abastos tiene Escocia que vuestra ansia colmen,
solo de lo vuestro. Todo eso es tolerable,
con otras gracias compensado.

MALCOLM Pero yo
ninguna tengo: gracias que en un rey bien caen,
justicia, veracidad, templanza, fe constante,
bondades, humildad, piedad, perseverancia,
devoción, valor, paciencia, fortaleza,
no tengo asomo de ellas; pero abundo en todo
reparto de los varios crímenes, que ejerzo
por mil maneras. Sí, a tener poder, yo haría
la dulce leche de la concordia derramarse
al infierno, alborotar la paz universal,
turbarse toda unión en tierra.

MACDUFF ¡Ah, Escocia, Escocia!

MALCOLM Si es bueno un hombre así para gobernar, tú, dilo:
yo soy según he dicho.

MACDUFF ¡Para gobernar!
No, ni para vivir. ¡Ah, patria miserable,
con un bastardo rey de cetro ensangrentado,
¿cuándo volverás a ver tus días de salud,
pues que el renuevo más derecho de tu trono
por su propio entredicho queda denigrado
y reniega de su casta? Fue tu real padre
rey el más santo; aquella reina que te diera
a luz, más tiempo de rodillas que de pie
cada día que vivió moría. ¡Dios te guarde!
Los mismos vicios que recitas contra ti
me han desterrado a mí de Escocia. ¡Ah, corazón,
tu esperanza acaba aquí!

MALCOLM Macduff, pasión tan noble,
hija de integridad, de mi alma ya ha barrido
todo negro escrúpulo, conciliado mis pensamientos
a tu honra y buena fe. El diabólico Macbeth
por muchas de esas mañas ha intentado hacerse
conmigo en mano, y cuerda precaución me libra
de apresurada credulidad. ¡Mas Dios arriba
medie entre tú y yo! Pues desde ahora mismo
aquí a tu guía me encomiendo, y me desdigo
de las denigraciones de mí mismo; abjuro
de las culpas y mancillas que he sobre mí echado
por estrañas a mi natural. No he ni aun trato
tenido con mujer; ni he perjurado nunca;

apenas si lo mío propio he codiciado;
mi fe jamás he roto; no traicionaría
ni al diablo con su socio; y gozo en la verdad
no menos que en la vida: mi primer embuste
fue este sobre mí. Lo que en verdad yo soy
tuyo es y de mi pobre patria disponerlo.
Que allá, por cierto, antes de tú llegar, el viejo
Siguardo con diez miles de hombres aguerridos,
ya en ello puestos, se aprestaban a partir.
Ahora iremos juntos. Y ¡tan cierta sea
la suerte de los buenos como lo es la causa
de nuestra fiel contienda! ¿Cómo estás callado?

MACDUFF Tan bien, y malvenidas cosas tantas juntas
les cuesta concordarse.

Entra un MÉDICO.

MALCOLM Bien, luego más. (*Al* MÉDICO.) Decidme, ¿va a salir el rey?

MÉDICO Sí, mi señor: hay una turba de almas míseras
que aguardan a su cura. Su dolencia deja
la práctica del arte vana; pero al toque
del rey (tal santidad el cielo dio a su mano)
en un momento sanan.

MALCOLM Gracias pues, doctor.

Sale el MÉDICO.

MACDUFF ¿Qué enfermedad decía?

MALCOLM Aquí se llama el mal:
gran obra de milagro en este buen monarca;
que a menudo aquí, desde mi estancia en Inglaterra.
le he visto hacerlo. Cómo solicita al cielo,
él lo sabrá;
pero a gente visitada de una estraña plaga,
hinchados y ulcerosos, lástima a la vista,
desesperación del arte médica, él los cura,
colgando un sello de oro en torno de sus cuellos,
cargado de sagrados rezos; y se dice
que a sus reales descendientes les trasmite
la sanadora bendición. Con esa rara
virtud, tiene un celeste don de profecía,
y gracias varias que en su trono cuelgan lleno
de gracia lo declaran.

Entra ROSS.

MACDUFF Ved: ¿quién viene ahí?

MALCOLM Paisano mío; pero no lo reconozco.



MACDUFF Mi siempre amable primo, ¡bienvenido acá!

MALCOLM Ya lo conozco. ¡Santo Dios, disipa pronto
la niebla que nos vuelve extraños uno a otro!

ROSS Amén, señor.

MACDUFF Escocia ¿está en el mismo sitio?

ROSS ¡Ah, pobre, pobre patria! Casi temerosa
de conocerse ya a sí misma; ya no puede
llamarse nuestra madre, sino nuestra tumba;
en donde nada, salvo aquel que nada sabe,
se ve por caso sonreír; donde suspiros,
gemidos y alaridos que los aires rajan,
se dan, no se oyen; y el dolor feroz parece
vulgar desmayo; apenas, al tocar a muerto,
se pregunta ya por quién; las vidas de los buenos
se agostan antes que la flor de sus sombreros,
muriendo aun antes de que enfermen.

MACDUFF ¡Oh, relato
harto atildado, pero harto verdadero!

MALCOLM ¿Cuál es el duelo mas reciente?

ROSS El que una hora
cumplió ya silba al que lo cuenta: cada minuto
criando está uno nuevo.

MACDUFF ¿Cómo está mi esposa?

ROSS Pues bien.

MACDUFF ¿Mis hijos todos?

ROSS Todos bien también.

MACDUFF ¿No ha dado aquel tirano en asaltar su paz?

ROSS No: bien en paz estaban cuando los dejé.

MACDUFF No seas avaro de palabra: ¿en qué anda ello?

ROSS Cuando hacia acá partía a acarrear noticias
tan pesadas de cargar, corría allí rumor
de mucho bravo amigo que se había alzado;
de lo que a mi fe le dio más testimonio el ver
las tropas del tirano en armas. Es ahora
el tiempo de acudir. Tus ojos en Escocia
alzarían hueste, harían luchar a las mujeres
a arrancarse su agria pena.

MALCOLM Así esto les consuele,
ya vamos hacia allá: la majestad inglesa
nos ha prestado al buen Siguardo y diez mil hombres;
más veterano y gran soldado no hay ninguno
que dé la cristiandad.

ROSS ¡Pudiera ese consuelo
pagarlo yo en igual moneda! Pero palabras
traigo que mejor aullarlas en el desierto aire,
donde oído no las apresara.

MACDUFF ¿A quién le atañen?
¿A la causa común?; ¿o es un dolor privado,
debido a un solo pecho?

ROSS No hay un alma noble
que algún pesar no tome en él; pero la parte
mayor te toca solo a ti.

MACDUFF Pues que ello es mío,
no me lo escondas: ponlo en mi poder al punto.

ROSS Que tus oídos no desprecien a mi lengua
por siempre, que los va a llenar del más horrendo
son que han oído nunca.

MACDUFF ¡Hum! Voy adivinando.

ROSS Han sorprendido tu castillo, esposa y niños
ferozmente degollado. Relatar el cómo
fuera, sobre la matanza de esa cacería,
añadir la muerte tuya.

MALCOLM ¡Cielos piadosos!
¡Ah, hombre! No eches sobre los ojos el sombrero;
da palabras a la pena: duelo que no habla
zumba en el cargado pecho y a estallar lo fuerza.

MACDUFF ¿También mis niños?

ROSS Madre, niños, siervos, todo
lo que hallarse pudo.

MACDUFF ¡Y hube yo de estar ausente!
Mi esposa ¿muerta?

ROSS Ya lo he dicho.

MALCOLM Ten consuelo:
hagamos medicina de nuestra venganza
para curar esta mortal dolencia.

MACDUFF Él
no tiene hijos. ¿Todos mis preciosos? ¿Todos
has dicho? ¡Ah, gavilán de infierno! ¿Cómo?
¿Todos mis polluelos lindos con su pita a un solo
traidor zarpazo?

MALCOLM Responde a ello como un hombre.

MACDUFF Así lo haré.
Pero debo también sentirlo como un hombre.
No puedo menos de recordar que hubo cosas



que eran las más caras para mí. ¿Miraba el cielo,
y no acudió en su ayuda? Pecador Macduff,
por ti los han abatido a todos. Una nada
que soy, no por sus culpas, sino por las mías
cayó el estrago en ellos. ¡Paz les dé ahora el cielo!

MALCOLM Sea esto piedra de afilar tu espada; el duelo
se trueque en furia; no te embote el corazón:
te lo azuce.

MACDUFF Oh, bien podría
con mis ojos de mujer hacer, y con mi lengua
retar y provocar. Pero, ah, benditos cielos,
abreviad todo intermedio: echadnos frente
a frente a mí y al diablo aquel de Escocia ya; ponedlo
bajo el alcance de mi espada: si se escapa,
¡también Dios lo perdone!

MALCOLM Suena el son a hombre.
Ven, vamos ante el rey. La tropa está ya lista:
solo nuestra despedida falta. Está Macbeth
maduro para el vareo, y el poder de arriba
nos pone a ello de herramienta. Toma cuanto
pueda darte alegría.
Larga es la noche que no encuentra nunca día.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Dunsinane. Antesala en el castillo.
Entra un MÉDICO *y una* DAMA *camarera*.

MÉDICO Dos noches he velado junto con vos, pero no puedo percibir verdad en vuestro informe. ¿Cuándo es la última vez que anduvo en sueños?

DAMA Desde que su majestad salió en campaña, la he visto levantarse de su lecho, echarse una bata encima, abrir su gabinete, sacar papel, doblarlo, escribir en él, leer lo, después sellarlo, y otra vez volverse a la cama; y todo ese tiempo sin embargo en el más profundo sueño.

MÉDICO ¡Gran perturbación en la naturaleza, recibir a un tiempo el beneficio del sueño y efectuar los actos de la vigilias! En esa agitación soñolienta, aparte de andar y las demás ejecuciones de actos, ¿qué cosa, en cualquier momento, le habéis oído decir?

DAMA Cosas, señor, de que no daré cuenta a sus espaldas.

MÉDICO A mí podéis dármela, y mucho hace al caso que lo hagáis.

DAMA Ni a vos ni a ningún otro, no teniendo testigos que confirmen mis palabras.

Entra LADY MACBETH
con un velón.

Ved ahí: aquí viene. Esa es su propia manera; y, por vida mía, completamente dormida. Observadla: poneos a un lado.

MÉDICO ¿Cómo se ha hecho con esa luz?



DAMA Pues claro: la tenía a la cabecera; tiene una luz de continuo; son sus órdenes.

MÉDICO Ya veis: sus ojos están abiertos.

DAMA Sí, pero están cerrados a la sensación.

MÉDICO ¿Qué es lo que hace ahora? Mirad, cómo se restriega las manos.



DAMA Es un gesto acostumbrado en ella, hacer así como que se lava las manos: la he visto seguir en ello sin parar un cuarto de hora.

LADY MACBETH Todavía hay aquí una mancha.

MÉDICO ¡Atención! Está hablando. Voy a tomar nota de lo que salga de ella, a fin de apoyar mi rememoración más firmemente.

LADY MACBETH ¡Fuera, maldita mancha! ¡Fuera, digo! Una, dos: bien, pues es hora de hacerlo. El infierno es tenebroso. ¡Va, mi señor, va! ¡Un soldado, y con miedo! ¿A qué hemos de temer quién lo sepa, cuando nadie puede pedir cuentas a nuestro poder? Con todo, ¿quién habría pensado que el viejo tenía tanta sangre en su cuerpo?

MÉDICO ¿Os dais cuenta de eso?

LADY MACBETH El barón de Faif tenía una esposa: ¿dónde está ahora ella? ¿Qué? ¿No van a quedar estas manos nunca limpias? ¡Basta de eso, mi señor, basta ya de eso! Lo echas todo a perder con esos espasmos.

MÉDICO ¡Vaya, hombre, vaya! Ya nos hemos enterado de lo que no debíamos.

DAMA Ella ha hablado lo que no debía, de eso estoy segura. ¡Sabe Dios lo que habrá ella sabido!

LADY MACBETH Aquí sigue el olor este de sangre: todos los aromas de la Arabia no perfumarán esta mano pequeña. Ah, ah, ah.

MÉDICO ¡Qué suspiros esos! Harto cargado está ese corazón.

DAMA No querría en mi pecho un corazón así ni por la majestad de su persona entera.

MÉDICO Bien, bien, bien.

DAMA ¡Plega a Dios, señor, que así sea!

MÉDICO Esta enfermedad escapa a los límites de mi práctica. Con todo, he conocido quienes han andado en sueños que han muerto santamente en su lecho.

LADY MACBETH Lávate las manos; ponte la ropa de dormir; no te pongas tan pálido. Otra vez más te lo digo: Banquo está enterrado: no puede salir de su sepultura.

MÉDICO ¿También eso?

LADY MACBETH ¡A la cama, a la cama! Se oyen golpes en el portón. Ven, ven, ven; ven, dame tu mano. Lo que está hecho no puede deshacerse. A la cama, a la cama, a la cama.

Sale.

MÉDICO ¿Se irá a la cama ahora?

DAMA Sí, derecha.

MÉDICO Feos rumores andan por ahí. Los actos

contra natura males contra natura crían.
La mente enferma sobre las sordas almohadas
descarga sus secretos. ¡Dios, oh Dios, a todos
perdónanos! Vigílela. Todo instrumento
de daño aparte de sus manos, y con todo,
no quite ojo de ella. Bien, y buenas noches.
Mi mente ha derrotado y ha pasmado
mi vista. Pienso, y no me atrevo a hablar.

DAMA Buenas noches, doctor.

ESCENA II

El campo cerca de Dunsinane. Tambores y banderas.
Entran MENTEITH*,* CAITHNESS*,* ANGUS*,* LENNOX *y soldados*.

MENTEITH La tropa inglesa cerca está: la guía Malcolm
con su tío Siguardo y con el buen Macduff;
venganza en ellos arde: que sus caras causas
harían, a sangrar y alzar sañuda alarma,
a un muerto revivir.

ANGUS Junto al bosque de Bírnam
los hemos de encontrar: por esa ruta vienen.

CAITHNESS ¿Quién sabe si Donalbain se halla con su hermano?

LENNOX De seguro, mi señor, que no: yo tengo lista
de los nobles todos: está el hijo de Siguardo
y mucho imberbe joven, que hacen hoy alarde
de las primicias de su hombría.

MENTEITH Y el tirano
¿qué hace?

CAITHNESS Fortifica a fondo Dunsinane.
Quién dice que está loco, quién, que le odia menos,
lo llaman brava furia; pero ya, de cierto,
no puede sujetar su alborotado bando
en cinto de ordenanza.

ANGUS Ahora es cuando siente
pegársele a las manos sus secretos crímenes;
revueltas cada minuto le echan su fe rota
en cara; a los que manda solo el mando mueve,
nada el amor. Ahora siente que su título
le cuelga flojo, como manto de gigante
sobre un ladrón enano.

MENTEITH ¿A quién así le extraña
que su hostigado nervio piafe y se encabrite,
si todo lo que en él hay dentro se maldice



a sí mismo por estar allí?

CAITHNESS Pues bien, marchemos
a rendir obediencia al que en verdad se debe,
buscar al médico de nuestra mala dicha,
y con él, verter en purgamiento de esta tierra
cada gota de nuestra sangre.

LENNOX O cuanta baste al menos
a rociar de gala
la regia flor y ahogar la hierba mala.
¡En marcha ya hacia Bírnam!

Salen, al paso.

ESCENA III

Dunsinane. Una sala en el castillo.
Entran MACBETH, *el* MÉDICO *y servidores.*

MACBETH No me traigas ya más partes. ¡Que se larguen todos!
Hasta que el bosque de Bírnam trepe a Dunsinane,
no ha de teñirme el miedo. ¿Qué es el niño Malcolm?
¿No ha nacido de mujer? Los espíritus que saben
toda conexión mortal así me han proclamado:
«Macbeth, no temas: nadie por mujer parido
tendrá en ti poder nunca. Así que, falsos pares,
huid, mezclaos con los lúbricos ingleses:
el alma que me mueve, el corazón que porto
nunca aflojarán con duda o temblarán de miedo.

Entra un CRIADO.

¡Vuélvate el diablo negro, tú, cara de natas!
¿Dónde has sacado tal facha de ganso?

CRIADO Vienen
diez mil…

MACBETH ¿Gansos, villano?

CRIADO Mi señor, soldados.

MACBETH ¡Ve y pínchate la cara y tu miedo tiñe en rojo,
hígados de lila! ¿Qué soldados, mamarracho?
¡Muerte a tu alma! Esas mejillas de mortaja
abogadas son del miedo. ¿Qué soldados, cara
de requesón?

CRIADO La fuerza inglesa, con vuestra venia.

MACBETH ¡Quita ahí tu cara!

Sale el CRIADO.

¡Seyton! Se me encona el alma
cuando considero ¡Seyton, digo! que este asalto
me va a hacer por siempre alegre o desbancarme ahora.
He vivido ya buen trecho: el curso de mi vida
se inclina hacia la mustia, la amarilla hoja;
y lo que a la vieja edad acompañar debía,
como honra, amor, respeto, multitud de amigos,
no he de esperarlo, sino en su lugar insultos,
no en alto, pero en hondo, honor de boca, un soplo
que de grado el pobre corazón rehusaría,
y no se atreve. ¡Seyton!

Entra SEYTON.

SEYTON ¿Qué es lo que manda vuestra gracia?

MACBETH ¿Qué más nuevas?

SEYTON Todos los informes, mi señor, se han confirmado.

MACBETH Lucharé hasta que me raspen la carne de los huesos.
Dame la armadura.

SEYTON Todavía no hace falta.

MACBETH Quiero ponérmela. Manda al campo más caballos;
barre la comarca toda en torno; ahorca a aquellos
que osen hablar de miedo. Dame la armadura.
¿Cómo va, doctor, vuestra paciente?

MÉDICO Señor, no tanto enferma como perturbada
por una presurosa serie de fantasmas
que impiden su reposo.

MACBETH Cúrala de eso.
¿No puedes asistir a un alma contagiada,
arrancar de la memoria una arraigada pena,
borrar las turbias escrituras del cerebro,
y con algún suave antídoto de olvido
limpiar el prieto pecho de la dañosa flema
que carga el corazón?

MÉDICO Ahí debe el paciente
ser quien se asista él mismo.

MACBETH ¡Échala a los perros
la medicina! No me sirve para nada.
Ea, ponme la armadura. Mi bastón de mando.
Seyton, ve allá. Doctor, los nobles se me escapan.
¡Ea, hombre, acaba! Si pudierais vos, doctor,
drenar de pus mi tierra, hallar su enfermedad,
purgarla y darle firme y prístina salud,
os había de aplaudir hasta que el eco mismo



a su vez os aplaudiera. ¡Tira de él, te digo!
¿Qué sen o qué ruibarbo o hierba purgativa
barrería de ahí a esos ingleses? ¿Sabes de ellos?

MÉDICO Sí, mi señor: vuestro real preparativo
nos da alguna noticia.

MACBETH Tráete eso en pos mía.
No he de temer ni muerte ni ningún desmán
hasta que trepe el bosque de Bírnam hasta Dunsinán.

MÉDICO (*Aparte*.) Me viera de Dunsinán a salvo y a distancia,
que tarde aquí me hacía a mí volver ganancia.

Salen.

ESCENA IV

Campo cerca del bosque de Bírnam.
Tambor y banderas. Entran MALCOLM*, el viejo* SIGUARDO *y su hijo,* MACDUFF*,* MENTEITH*,* CAITH NESS*,* ANGUS*,* LENNOX*,* ROSS *y* SOLDADOS*, al paso*.

MALCOLM Primos, confío en que está cerca y pronto el día
que a salvo esté la casa.

MENTEITH No nos caben dudas.

SIGUARDO ¿Qué bosque es ese ahí delante?

MENTEITH Es el bosque
de Bírnam.

MALCOLM Que cada soldado de él desgaje
una rama y ante sí la lleve: de ese modo
oscureceremos nuestro número y haremos
errar la exploración que informe de nosotros.

SOLDADOS Así se hará.

SIGUARDO No hay más noticias del tirano
sino que arrogante espera quieto en Dunsinane
aguantar a nuestro asedio.

MALCOLM Es toda su esperanza.
Pues, donde la ocasión de hacerlo se ha ofrecido,
grandes y chicos lo han abandonado, y nadie
ya más le sirve que forzados pechos, cuyo
corazón también se ha ido.

MACDUFF Esperen nuestras justas
censuras al suceso cierto, y revistamos
ardiente empeño militar.

SIGUARDO Se acerca el tiempo
que con debida contabilidad nos pruebe

lo que se asiente en nuestro haber y nuestro debe.
La especulación refiere inciertas esperanzas:
golpes arbitran resultado y seguranzas.
Hacia lo cual ¡guerra adelante!

Salen, al paso.

ESCENA V

Dunsinane. Dentro del castillo.
Entran MACBETH*,* SEYTON *y soldados, con tambor y banderas*.

MACBETH Colgad nuestras banderas fuera en la muralla.
El grito sigue «Vienen». Nuestra fortaleza
echará un asedio a risa. Ahí se estén tirados
hasta que hambre y calentura se los coman.
De no haberlos reforzado aquellos que debían
ser nuestros, bien habríamos podido al paso
salirles bravos, pecho a pecho, y en derrota
mandarlos para casa atrás.

Grito de mujer dentro.

¿Qué ruido es ese?

SEYTON Es grito de mujeres, mi señor.

Sale.

MACBETH Lo he olvidado casi ya el sabor del miedo.
Ha habido un tiempo en que mi nervio habría helado
un chillido en la noche, y mi pellejo y pelo
a un relato siniestro se encrispaba como
si tuviera vida. Estoy de horrores empachado:
familiar a mi cruenta mente, ya el espanto
no puede estremecerme.

Vuelve SEYTON.

¿Dónde era ese grito?

SEYTON La reina, mi señor, ha muerto.

MACBETH Debería
haber muerto más tarde: habría habido entonces
un tiempo para tal palabra como esa.
Mañana, y mañana, y mañana, avanza
escurriéndose a pasitos día a día, hasta
la sílaba final del tiempo computado,
y todos nuestros ayeres han alumbrado, necios,
el camino a la polvorienta muerte. ¡Fuera, fuera,
breve candelilla! No es la vida más que una



andante sombra, un pobre actor que se pavonea
y se retuerce sobre la escena su hora, y luego
ya nada mas de él se oye. Es un cuento
contado por un idiota, todo estruendo y furia,
y sin ningún sentido.

Entra un MENSAJERO.

Vienes a usar la lengua: ¡pronto ya tu historia!

MENSAJERO Mi muy real señor,
he de informar de lo que afirmo que lo he visto,
pero no sé cómo hacerlo.

MACBETH Vamos, hombre, habla.

MENSAJERO Según estaba en centinela sobre el cerro,
miro hacia Bírnam, y de pronto, se me antoja,
empezó a moverse el bosque.

MACBETH ¡Vil y mentiroso!

MENSAJERO ¡Padezca vuestra rabia, si ello no es así!
Lo podéis a menos de tres millas ver que avanza:
os lo digo, una arboleda andando.

MACBETH Como mientas,
en el árbol más a mano vivo colgarás
hasta que te seque el hambre. Si tu cuento es cierto,
me importa un bledo que hagas tú por mí otro tanto.
Ya tiro atrás de mi resolución, y empiezo
a dudar de los equívocos del diablo,
que miente con verdad: «¡Sin miedo hasta que el bosque
de Bírnam suba a Dunsinán!», y ahora un bosque
viene hacia Dunsinán. ¡A armarse, a armarse y fuera!
Si lo que afirma sale cierto, no hay lugar
ni para escapar de aquí ni para aquí quedar.
Empiezo a estar de sol cansado, y bien quisiera
que el estado del mundo aquí se deshiciera.
¡Toca campana al arma! ¡Sopla, viento! ¡Ruina
ven y hazlo todo escombros!
Al menos moriremos
con el arnés sobre los hombros.

Salen.

ESCENA VI

Dunsinane. Delante del castillo. Tambor y banderas. Entran MALCOLM, *el viejo* SIGUARDO, MACDUFF *y su ejército, con ramas*.

MALCOLM Ya estamos cerca; arrojad esas hojosas capas,

y mostraos como sois. Tú, valeroso tío,
con mi primo, y noble hijo tuyo, iréis al frente
de nuestro primer cuerpo; el buen Macduff y nos
a cargo tomaremos lo demás que reste,
de acuerdo al orden que hemos puesto.

SIGUARDO ¡Bien os vaya!
Solo que la tropa del tirano hoy encontremos,
¡que nos apaleen si dar batalla no sabemos!

MACDUFF ¡Que hablen nuestras trompetas todas, y hablen fuerte!,
heraldos clamororsos ante sangre y muerte.

Salen.

ESCENA VII

Otra parte del campo. Trompeteo.
Entra MACBETH.

MACBETH Me han atado a una estaca.
Huir no puedo, pero, como el oso,
habré de combatir al ruedo. ¿Quién es ese
que no ha nacido de mujer? A tal como ese
debo temer, o a nadie.

Entra SIGUARDO EL JOVEN.

SIGUARDO EL JOVEN ¿Cuál es tu nombre?

MACBETH Ha de asustarte solo oírlo.

SIGUARDO EL JOVEN Ah, no, así te llames nombre más quemante
que cualquiera del infierno.

MACBETH Mi nombre es Macbeth.

SIGUARDO EL JOVEN Ni el diablo mismo habría pronunciado un título
más odioso a mi oreja.

MACBETH No, ni más temido.

SIGUARDO EL JOVEN Mientes, tirano aborrecido: con mi espada
te probaré que mientes.

Luchan, y cae SIGUARDO EL JOVEN.

MACBETH Habías tú nacido de mujer.
Pero yo me río de la espada y hago escarnio
de toda arma blandida
por hombre al que mujer le dio la vida.

Sale.



ECENA VIII

Trompeteo.
Entra MACDUFF.

MACDUFF Por aquí es el ruido. ¡Muestra ya tu faz, tirano!
Si alguno te da muerte y no por golpe mío,
las ánimas de mi mujer y de mis niños
me rondarán sin tregua. No puedo ir hiriendo
a unos míseros patanes que su brazo alquilan
para cargar palos de lanza: o tú, Macbeth,
o si no, mi espada sin proeza, intacto el filo,
volverá a su vaina. Por ahí debes de andar:
porque ese gran estruendo de hombre de alto rango
parece anuncio. ¡Tráeme a dar con él, Fortuna!,
y no te pido nada más.

Sale. Trompeteo.

ESCENA IX

Entran MALCOLM
y el viejo SIGUARDO.

SIGUARDO Por aquí, señor. Sin fuerza ríndese el castillo;
la gente del tirano lucha en ambos bandos;
los pares bravamente cumplen en la liza;
el día casi solo se confiesa vuestro,
y poco hay que hacer.

MALCOLM Enemigos hemos encontrado
lidiando a nuestro lado.

SIGUARDO Entrad, señor, en el castillo.

Salen. Trompeteo.

ESCENA X

Otra parte del campo.
Entra MACBETH.

MACDUFF ¿Por qué iba a hacer la escena del bufón romano
y morir sobre mi propia espada? En tanto vivo,
mejor en ellos caen que en mí las cuchilladas.

Entra MACDUFF.

MACDUFF ¡Vuelve aquí, perro del infierno, vuelve!

MACBETH De los hombres todos solo a ti te he rehuido.
Ve, torna atrás. Mi alma harto está cargada
de sangre ya de ti.

MACDUFF Palabras yo no tengo:
mi voz está en mi espada, monstruo más sangriento
que vocablos puedan proclamarte.

MACBETH En vano te fatigas:
tan fácil te sería el intajable aire
marcar de tu viva espada como hacerme sangre:
caiga tu hoja en yelmos vulnerables: tengo
una hechizada vida, que ceder no debe
a nadie de mujer parido.

MACDUFF Pierde fe en tu hechizo,
y el ángel a quien has hasta hoy servido sepa
decirte que a Macduff del vientre de su madre
se le arrancó a destiempo.

MACBETH ¡Maldita sea la lengua que al decirme eso
así ha castrado mi mejor porción de hombre!
Y jamás se crea en tales diablos equilibristas,
que nos la juegan con ambiguo entendimiento,
que guardan la promesa para nuestro oído
y la quebrantan para nuestra esperanza. No
lucharé contigo.

MACDUFF Entonces, ríndete, cobarde,
y vive a ser el espectáculo del tiempo:
te pondremos, como a nuestros monstruos más extraños,
pintado en un pendón, y escrito por debajo
«Pasen y vean al tirano».

MACBETH No me rindo,
a besar la tierra ante los pies del niño Malcolm,
azuzado por la maldición de la canalla.
Aunque el bosque de Bírnam suba a Dunsinane
y estés tú enfrente, no parido por mujer,
haré el último intento. Ante mi cuerpo planto
mi noble escudo. ¡Da, Macduff!, y mal reviente
el que primero grite «Basta, tente».

Salen luchando. Trompeteo.

ESCENA XI

Toque de retirada. Floreo de clarines. Entran, con tambor y banderas, MALCOLM*, el viejo* SIGUARDO*,* ROSS*, los otros pares y soldados*.

MALCOLM ¡Ojalá estuvieran aquí salvos los amigos



que de menos echo!

SIGUARDO Algunos tienen que caer.
Con todo, por lo que aquí veo, tan gran día
como este se ha comprado bien barato.

MALCOLM Faltan
Macduff y vuestro noble hijo.

ROSS Vuestro hijo,
señor, pagado ha su deuda de soldado;
vivió el tiempo no más de ser un hombre: al punto
que hubo su hombría confirmado su proeza,
en el inconmovible puesto en que luchaba
murió sin más como hombre.

SIGUARDO Entonces ¿está muerto?

ROSS Sí, y retirado ya del campo. Vuestra causa
de pena no se mida por su valor, que entonces
sin fin sería.

SIGUARDO ¿Están delante sus heridas?

ROSS De frente, sí.

SIGUARDO Pues bien: ¡soldado de Dios sea!
Tuviera tantos hijos como pelos tengo,
no querría para ellos muerte más hermosa.
Y ya, tañido está su toque.

MALCOLM Él merece
más duelo, y yo lo haré por él.

SIGUARDO No más merece:
dicen que partió bien y que saldó su cuenta;
así que ¡Dios con él! Ahí llega más consuelo.

Vuelve MACDUFF*,*
con la cabeza de MACBETH.

MACDUFF ¡Salve a ti, rey! Pues eres rey: vela ahí hincada
la cabeza del usurpador. Libre está el tiempo.
Te veo aquí engastado en perlas de tu reino,
que repiten en sus almas mi salutación;
cuyas voces solicito en alto con la mía:
¡Salve, rey de Escocia!

TODOS ¡Salve, rey de Escocia!

Floreo de clarines.

MALCOLM No gastaremos prolijidad de tiempo, antes
de echar las cuentas con el amor de cada uno,
y hacer saldo con vosotros. Pares y parientes,
desde hoy sed condes, los primeros que a tal honra
nombrara nunca Escocia. Lo que hacer nos queda,

que ha de plantarse de renuevo con su tiempo,
como hacer volver a los amigos desterrados
que el lazo huyeron de la atenta tiranía,
como sacar a luz a los sangrientos pinches
del muerto carnicero y su diablesca reina,
que, según se cree, por propias y violentas manos
se quitó la vida, eso y cuanto haga al caso
que a nos competa, con la gracia de la Gracia
lo cumpliremos en razón, lugar y tiempo.
Así que a todos gracias y una a cada uno;
a quienes ya dejamos invitados
a vernos en Escoune coronados.

Floreo de clarines.
Salen.



THE PERSONS OF THE PLAY

KING DUNCAN, of Scotland
MALCOLM, his son
DONALBAIN, his son
MACBETH, Thane of Glamis, later Thane of Cawdor, them King of Scotland
BANQUO, a Scottish thane
MACDUFF, Thane of Fife
LENNOX, Scottosh Thane
ROSS, Scottosh Thane
MANTEITH, Scottosh Thane
ANGUS, Scottosh Thane
CAITHNESS, Scottosh Thane
FLEANCE, his son
SIWARD, Earl of Northumberland
YOUNG SIWARD, his son
SEYTON, servant of Macbeth
MACDUFF'S SON
An English DOCTOR
A DOCTOR of physic
A PORTER at Macbeth's castle
An OLD MAN
LADY MACBETH, Macbeth's wife
LADY MACDUFF, his wife
A Waiting-GENTLEWOMAN (attending on Lady Macbeth)
HECATE, Queen of the Witches
Three WITCHES

A MESSENGER, MURDERERS, SERVANTS, A show of eight kings; Lords and Thane, attendants, soldiers, drummers

ACT 1

SCENE 1

Thunder and lightning.
Enter three Witches.

FIRST WITCH When shall we three meet again?
In thunder, lightning, or in rain?

SECOND WITCH When the hurly-burly's done,
When the battle's lost and won.

THIRD WITCH That will be ere the set of sun.

FIRST WITCH Where the place?

SECOND WITCH Upon the heath.

THIRD WITCH There to meet with Macbeth.

FIRST WITCH I come, Grey Malkin.

SECOND WITCH Paddock calls.

THIRD WITCH Anon.

ALL Fair is foul, and foul is fair:
Hover through the fog and filthy air.

Exeunt

SCENE 2

*Alarum within. Enter King [*DUNCAN*].* MALCOLM, DONALBAIN, LENNOX, *with Attendants, meeting a bleeding Captain*

DUNCAN What bloody man is that? He can report,
As seemeth by his plight, of the revolt
The newest state.

MALCOLM This is the sergeant
Who like a good and hardy soldier fought
Gainst my captivity.—Hail, brave friend;



To the CAPTAIN

Say to the king the knowledge of the broil
As thou didst leave it.

CAPTAIN Doubtful it stood,
As two spent swimmers that do cling together
And choke their art. The merciless Macdonald—
Worthy to be a rebel, for to that
The multiplying villainies of nature
Do swarm upon him—from the Western Isles
Of kerns and gallowglasses is supplied,
And Fortune on his damnèd quarrel smiling,
Showed like a rebel's whore. But all's too weak,
For brave Macbeth—well he deserves that name—
Disdaining Fortune, with his brandished steel
Which smoked with bloody execution,
Like valour's minion carved out his passage
Till he faced the slave,
Which ne'er shook hands nor bade farewell to him
Till he unseamed him from the nave to th'chops
And fixed his head upon our battlements.

DUNCAN O valiant cousin, worthy gentleman!

CAPTAIN As whence the sun 'gins his reflection,
Shipwrecking storms and direful thunders,
So from that spring whence comfort seemed to come,
Discomfort swells. Mark, King of Scotland, mark:
No sooner justice had, with valour armed,
Compelled these skipping kerns to trust their heels,
But the Norwegian lord, surveying vantage,
With furbished arms and new supplies of men,
Began a fresh assault.

DUNCAN Dismayed not this our captains, Macbeth and Banquo?

CAPTAIN Yes, as sparrows eagles, or the hare the lion.
If I say sooth, I must report they were
As cannons overcharged with double cracks,
So they doubly redoubled strokes upon the foe.
Except they meant to bathe in reeking wounds
Or memorize another Golgotha,
I cannot tell.
But I am faint, my gashes cry for help.

DUNCAN So well thy words become thee as thy wounds:
They smack of honour both.—Go get him surgeons.

[Exit CAPTAIN, *attended]*
Enter ROSS *and* ANGUS

Who comes here?

MALCOLM The worthy Thane of Ross.

LENNOX What a haste looks through his eyes!
So should he look that seems to speak things strange.

ROSS God save the king.

DUNCAN Whence cam'st thou, worthy thane?

ROSS From Fife, great king,
Where the Norwegian banners llout the sky
And fan our people cold.
Norway himself, with terrible numbers,
Assisted by that most disloyal traitor,
The Thane of Cawdor, began a dismal conflict
Till that Bellona's bridegroom, lapped in proof,
Confronted him with self-comparisons,
Point against point, rebellious arm gainst arm,
Curbing his lavish spirit: and to conclude,
The victory fell on us—

DUNCAN Great happiness.

ROSS That now Sweno, the Norways' king,
Craves composition:
Nor would we deign him burial of his men
Till he disbursèd at Saint Colme's inch
Ten thousand dollars to our general use.

DUNCAN No more that Thane of Cawdor shall deceive
Our bosom interest: go pronounce his present death,
And with his former title greet Macbeth.

ROSS I'll see it done.

DUNCAN What he hath lost, noble Macbeth hath won.

Exeunt

SCENE 3

Thunder. Enter the three WITCHES

FIRST WITCH Where hast thou been, sister?

SECOND WITCH Killing swing.

THIRD WITCH Sister, where thou?

FIRST WITCH A sailor's wife had chestnuts in her lap,
And munched and munched and munched.
'Give me', quoth I.
'Aroint thee, witch!' the rump-fed runnion cries.
Her husband's to Aleppo gone, master o'th' *Tiger*:



But in a sieve I'll thither sail,
And like a rat without a tail.
I'll do, I'll do and I'll do.

SECOND WITCH I'll give thee a wind.

FIRST WITCH Thou'rt kind.

THIRD WITCH And I another.

FIRST WITCH I myself have all the other,
And the very ports they blow,
All the quarters that they know
I'th'shipman's card.
I'll drain him dry as hay:
Sleep shall neither night nor day
Hang upon his penthouse lid:
He shall live a man forbid:
Weary sennights nine times nine
Shall he dwindle, peak and pine.
Though his bark cannot be lost,
Yet it shall be tempest-tossed.
Look what I have.

SECOND WITCH Show me, show me.

FIRST WITCH Here I have a pilot's thumb,
Wrecked as homeward he did come.

Drum within

THIRD WITCH A drum, a drum:
Macbeth doth come.

ALL The weyard sisters, hand in hand,

They dance in a circle

Posters of the sea and land,
Thus do go about, about,
'thrice to thine and thrice to mine
And thrice again, to make up nine.
Peace, the charm's wound up.

Enter MACBETH *and* BANQUO

MACBETH So foul and fair a day I have not seen.

BANQUO How far is't called to Forres?—What are these.
So withered and so wild in their attire,
That look not like th'inhabitants o'th'earth
And yet are on't?—Live you, or are you aught

To WITCHES

That man may question? You seem to understand me

By each at once her choppy finger laying
Upon her skinny lips. You should be women.
And yet your beards forbid me to interpret
That you are so.

MACBETH Speak if you can: what are you?

FIRST WITCH All hail, Macbeth: hail to thee, Thane of Glamis!

SECOND WITCH All hail, Macbeth: hail to thee, Thane of Cawdor!

THIRD WITCH All hail, Macbeth, that shalt be king hereafter!

BANQUO Good sir, why do you start and seem to fear
Things that do sound so fair?—I'th'name of truth,

To WITCHES

Are ye fantastical or that indeed
Which outwardly ye show: My noble partner
You greet with present grace and great prediction
Of noble having and of royal hope,
That he seems rapt withal: to me you speak not.
If you can look into the seeds of time
And say which grain will grow and which will not,
Speak then to me, who neither beg nor fear
Your favours nor your hate.

FIRST WITCH Hail!

SECOND WITCH Hail!

THIRD WITCH Hail!

FIRST WITCH Lesser than Macbeth, and greater.

SECOND WITCH Not so happy, yet much happier.

THIRD WITCH Thou shalt get kings, though thou be none:
So all hail, Macbeth and Banquo!

FIRST WITCH Banquo and Macbeth, all hail!

MACBETH Stay, you imperfect speakers: tell me more.
By Sinel's death I know I am Thane of Glamis,
But how of Cawdor? The Thane of Cawdor lives,
A prosperous gentleman: and to be king
Stands not within the prospect of belief,
No more than to be Cawdor. Say from whence
You owe this strange intelligence or why
Upon this blasted heath you stop our way
With such prophetic greeting? Speak, I charge you.

Witches vanish

BANQUO The earth hath bubbles, as the water has,
And these are of them. Whither are they vanished?



MACBETH Into the air: and what seemed corporal
Melted as breath into the wind. Would they had stayed.

BANQUO Were such things here as we do speak about?
Or have we eaten on the insane root
That takes the reason prisoner?

MACBETH Your children shall be kings.

BANQUO You shall be king.

MACBETH And Thane of Cawdor too: went it not so?

BANQUO To th'selfsame tune and words. Who's here?

Enter ROSS *and* ANGUS

ROSS The king hath happily received, Macbeth,
The news of thy success, and when he reads
Thy personal venture in the rebels' fight,
His wonders and his praises do contend
Which should be thine or his: silenced with that,
In viewing o'er the rest o'th'selfsame day,
He finds thee in the stout Norwegian ranks,
Nothing afeard of what thyself didst make,
Strange images of death. As thick as tale
Can post with post, and every one did bear
Thy praises in his kingdom's great defence,
And poured them down before him.

ANGUS We are sent
To give thee from our royal master thanks,
Only to herald thee into his sight,
Not pay thee.

ROSS And for an earnest of a greater honour.
He bade me, from him, call thee Thane of Cawdor:
In which addition, hail, most worthy thane,
For it is thine.

BANQUO What, can the devil speak true?

MACBETH The Thane of Cawdor lives:
Why do you dress me in borrowed robes?

ANGUS Who was the Thane lives yet,
But under heavy judgement bears that life
Which he deserves to lose.
Whether he was combined with those of Norway,
Or did line the rebel with hidden help
And vantage, or that with both he laboured
In his country's wreck, I know not:
But treasons capital, confessed and proved,
Have overthrown him.

MACBETH Glamis and Thane of Cawdor:

(Aside) The greatest is behind.—Thanks for your pains.—
(*To* ROSS *and* ANGUS) Do you not hope your children shall be kings
(*Aside to* BANQUO*)*
When those that gave the Thane of Cawdor to me
Promised no less to them?

BANQUO That, trusted home,
(Aside to MACBETH) Might yet enkindle you unto the crown,
Besides the Thane of Cawdor. But 'tis strange:
And oftentimes, to win us to our harm,
The instruments of darkness tell us truths,
Win us with honest trifles, to betray's
In deepest consequence.—
Cousins, a word, I pray you. (*To* ROSS *and* ANGUS*; they converse apart*.)

MACBETH Two truths are told,
(Aside) As happy prologues to the swelling act
Of the imperial theme.—
I thank you, gentlemen.—
(*To* ROSS *and* ANGUS) This supernatural soliciting
(Aside) Cannot be ill, cannot be good: if ill,
Why hath it given me earnest of success
Commencing in a truth? I am Thane of Cawdor.
If good, why do I yield to that suggestion
Whose horrid image doth unfix my hair
And make my seated heart knock at my ribs
Against the use of nature? Present fears
Are less than horrible imaginings:
My thought, whose murder yet is but fantastical,
Shakes so my single state of man
That function is smothered in surmise,
And nothing is, but what is not.

BANQUO Look how our partner's rapt.

MACBETH If chance will have me king, why, chance may crown me

Aside

Without my stir.

BANQUO New honours come upon him,
Like our strange garments, cleave not to their mould
But with the aid of use.

MACBETH Come what come may,

Aside

Time and the hour runs through the roughest day.

BANQUO Worthy Macbeth, we stay upon your leisure.

MACBETH Give me your favour:
My dull brain was wrought with things forgotten.



Kind gentlemen, your pains are registered
Where every day I turn the leaf to read them.
Let us toward the king.—
Think upon what hath chanced, and at more time,

Aside to BANQUO

The interim having weighed it, let us speak
Our free hearts each to other.

BANQUO Very gladly.

MACBETH Till then, enough.—Come, friends.

Exeunt

SCENE 4

*Flourish. Enter King [*DUNCAN*],* LENNOX, MALCOLM, DONALBAIN *and Attendants*

DUNCAN Is execution done on Cawdor, or not
Those in commission yet returned?

MALCOLM My liege,
They are not yet come back. But I have spoke
With one that saw him die, who did report
That very frankly he confessed his treasons,
Implored your highness' pardon and set forth
A deep repentance: nothing in his life
Became him like the leaving it. He died
As one that had been studied in his death
To throw away the dearest thing he owed
As 'twere a careless trifle.

DUNCAN There's no art
To find the mind's construction in the face:
He was a gentleman on whom I built
An absolute trust.—

Enter MACBETH, BANQUO, ROSS *and* ANGUS

O worthiest cousin,
The sin of my ingratitude even now
Was heavy on me. Thou art so far before
That swiftest wing of recompense is slow
To overtake thee. Would thou hadst less deserved,
That the proportion both of thanks and payment
Might have been mine. Only I have left to say,
More is thy due than more than all can pay.

MACBETH The service and the loyalty I owe,
In doing it, pays itself. Your highness' part

Is to receive our duties, and our duties
Are to your throne and state, children and servants:
Which do but what they should by doing everything
Sale toward your love and honour.

DUNCAN Welcome hither:
I have begun to plant thee and will labour
To make thee full of growing.—Noble Banquo,
That hast no less deserved, nor must be known
No less to have done so, let me enfold thee
And hold thee to my heart.

Embraces him

BANQUO There if I grow, the harvest is your own.

DUNCAN My plenteous joys,
Wanton in fullness, seek to hide themselves
In drops of sorrow.—Sons, kinsmen, thanes,
And you whose places are the nearest, know
We will establish our estate upon
Our eldest, Malcolm, whom we name hereafter
The Prince of Cumberland, which honour must
Not unaccompanied invest him only,
But signs of nobleness, like stars, shall shine
On all deservers.—From hence to Inverness,

To MACBETH

And bind us further to you.

MACBETH The rest is labour which is not used for you:
I'll be myself the harbinger and make joyful
The hearing of my wife with your approach:
So humbly take my leave.

DUNCAN My worthy Cawdor.

MACBETH The Prince of Cumberland: that is a step

Aside

On which I must fall down or else o'erleap,
For in my way it lies. Stars, hide your fires:
Let not light see my black and deep desires.
The eye wink at the hand; yet let that be
Which the eye fears when it is done to see.

Exit

DUNCAN True, worthy Banquo, he is full so valiant,
And in his commendations I am fed:
It is a banquet to me. Let's after him,
Whose care is gone before to bid us welcome:
It is a peerless kinsman.



Flourish. Exeunt.

SCENE 5

Enter MACBETH'S WIFE, *alone with a letter*. *Reads*

LADY MACBETH 'They met me in the day of success: and I have learned by the perfect'st report, they have more in them than mortal knowledge. When I burned in desire to question them further, they made themselves air finto which they vanished. Whiles I stood rapt in the wonder of it, came missives from the king, who all-hailed me «Thane of Cawdor», by which title before, these weyard sisters saluted me, and referred me to the coming on of time with «Hail, king that shalt be!» This have I thought good to deliver thee—my dearest partner of greatness—that thou mightst not lose the dues of rejoicing by being ignorant of what greatness is promised thee. Lay it to thy heart, and farewell.'
Glamis thou art, and Cawdor, and shalt be
What thou art promised: yet do I fear thy nature:
It is too full o'th'milk of human kindness
To catch the nearest way. Thou wouldst be great,
Art not without ambition, but without
The illness should attend it. What thou wouldst highly,
That wouldst thou holily: wouldst not play false,
And yet wouldst wrongly win. Thou'dst have, great Glamis,
That which cries 'Thus thou must do' if thou have it,
And that which rather thou dost fear to do
Than wishest should be undone. Hie thee hither,
That I may pour my spirits in thine ear
And chastise with the valour of my tongue
All that impedes thee from the golden round.
Which fate and metaphysical aid doth seem
To have thee crowned withal.—

Enter MESSENGER

What is your tidings?

MESSENGER The king comes here tonight.

LADY MACBETH Thou'rt mad to say it.
Is not thy master with him? Who, were't so,
Would have informed for preparation?

MESSENGER So please you, it is true: our thane is coming.
One of my fellows had the speed of him,
Who, almost dead for breath, had scarcely more
Than would make up his message.

Exit MESSENGER

LADY MACBETH Give him tending:
He brings great news.
The raven himself is hoarse
That croaks the fatal entrance of Duncan
Under my battlements. Come. you spirits
That tend on mortal thoughts, unsex me here
And fill me from the crown to the toe top-full
Of direst cruelty. Make thick my blood,
Stop up th'access and passage to remorse,
That no compunctious visitings of nature
Shake my fell purpose, nor keep peace between
Th'effect and it. Come to my woman's breasts
And take my milk for gall, you murd'ring ministers,
Wherever in your sightless substances
You wait on nature's mischief. Come, thick night,
And pall thee in the dunnest smoke of hell,
That my keen knife see not the wound it makes,
Nor heaven peep through the blanket of the dark,
To cry 'Hold, hold!'—

Enter MACBETH

Great Glamis, worthy Cawdor,
Greater than both by the all-hail hereafter!
Thy letters have transported me beyond
This ignorant present, and I feel now
The future in the instant.

MACBETH My dearest leve,
Duncan comes here tonight.

LADY MACBETH And when goes hence?

MACBETH Tomorrow, as he purposes.

LADY MACBETH O, never
Shall sun that morrow see!
Your face, my thane, is as a book where men
May read strange matters. To beguile the time,
Look like the time: bear welcome in your eye,
Your hand, your tongue: look like th'innocent flower,
But be the serpent under't. He that's coming
Must be provided for, and you shall put
This night's great business into my dispatch,
Which shall to all our nights and days to come
Give solely sovereign sway and masterdom.

MACBETH We will speak further.

LADY MACBETH Only look up clear:
To alter favour ever is to fear.
Leave all the rest to me.



Exeunt

SCENE 6

*Hautboys and Torches. Enter King [*DUNCAN*]*, MALCOLM, DONALBAIN, BANQUO, LENNOX, MACDUFF, ROSS, ANGUS *and Attendants*

DUNCAN This castle hath a pleasant seat: the air
Nimbly and sweetly recommends itself
Unto our gentle senses.

BANQUO This guest of summer,
The temple-haunting martlet, does approve
By his loved mansionry that the heaven's breath
Smells wooingly here: no jutty, frieze,
Buttress, nor coign of vantage, but this bird
Hath made his pendent bed and procreant cradle:
Where they most breed and haunt, I have observed
The air is delicate.

Enter LADY [MACBETH]

DUNCAN See, see, our honoured hostess.—
The love that follows us sometime is our trouble,
Which still we thank as love. Herein I teach you
How you shall bid God yield us for your pains,
And thank us for your trouble.

LADY MACBETH All our service
In every point twice done, and then done double
Were poor and single business to contend
Against those honours deep and bread wherewith
Your majesty loads our house: for those of old,
And the late dignities heaped up to them,
We rest your hermits.

DUNCAN Where's the Thane of Cawdor?
We coursed him at the heels, and had a purpose
To be his purveyor: but he rides well,
And his great love, sharp as his spur, hath holp him
To his home before us. Fair and noble hostess,
We are your guest tonight.

LADY MACBETH Your servants ever
Have theirs, themselves and what is theirs, in compt
To make their audit at your highness' pleasure,
Still to return your own.

DUNCAN Give me your hand,
Conduct me to mine host: we love him highly,
And shall continue our graces towards him.

By your leave, hostess.

Exeunt

SCENE 7

Hautboys. Torches. Enter a Sewer and divers Servants with dishes and service over the stage. Then enter MACBETH.

MACBETH If it were done when 'tis done, then 'twere well
It were done quickly: if th'assassination
Could trammel up the consequence and catch
With his surcease success: that but this blow
Might be the be-all and the end-all—here,
But here, upon this bank and shoal of time,
We'd jump the life to come. But in these cases
We still have judgement here, that we but teach
Bloody instructions, which, being taught, return
To plague th'inventor: this even-handed justice
Commends th'ingredients of our poisoned chalice
To our own lips. He's here in double trust:
First, as I am his kinsman and his subject,
Strong both against the deed: then, as his host,
Who should against his murderer shut the door,
Not bear the knife myself. Besides, this Duncan
Hath borne his faculties so meek, hath been
So clear in his great office, that his virtues
Will plead like angels, trumpet-tongued, against
The deep damnation of his taking-off:
And pity, like a naked new-born babe,
Striding the blast, or heaven's cherubin, horsed
Upon the sightless couriers of the air,
Shall blow the horrid deed in every eye,
That tears shall drown the wind. I have no spur
To prick the sides of my intent, but only
Vaulting ambition, which o'erleaps itself
And falls on th'other.

Enter LADY [MACBETH]

How now? What news?

LADY MACBETH He has almost supped. Why have you left the chamber?

MACBETH Hath he asked for me?

LADY MACBETH Know you not he has?

MACBETH We will proceed no further in this business:
He hath honoured me of late, and I have bought
Golden opinions from all sorts of people,



Which would be worn now in their newest gloss,
Not cast aside so soon.

LADY MACBETH Was the hope drunk
Wherein you dressed yourself? Hath it slept since?
And wakes it now, to look so green and pale
At what it did so freely? From this time
Such I account thy love. Art thou afeard
To be the same in thine own act and valour
As thou art in desire? Wouldst thou have that
Which thou esteem'st the ornament of life,
And live a coward in thine own esteem.
Letting 'I dare not' wait upon 'I would'.
Like the poor cat i'th'adage?

MACBETH Prithee, peace.
I dare do all that may become a man:
Who dares do more is none.

LADY MACBETH What beast was't, then,
That made you break this enterprise to me?
When you durst do it, then you were a man:
And to be more than what you were, you would
Be so much more the man. Nor time nor place
Did then adhere, and yet you would make both:
They have made themselves, and that their fitness now
Does unmake you. I have given suck, and know
How tender 'tis to love the babe that milks me:
I would, while it was smiling in my face,
Have plucked my nipple from his boneless gums.
And dashed the brains out, had I so sworn as you
Have done to this.

MACBETH If we should fail?

LADY MACBETH We fail?
But screw your courage to the sticking-place
And we'll not fail. When Duncan is asleep—
Whereto the rather shall his day's hard journey
Soundly invite him—his two chamberlains
Will I with wine and wassail so convince,
That memory, the warder of the brain,
Shall be a fume, and the receipt of reason
A limbeck only: when in swinish sleep
Their drenchèd natures lies as in a death,
What cannot you and I perform upon
Th'unguarded Duncan? What not put upon
His spongy officers, who shall bear the guilt
Of our great quell?

MACBETH Bring forth men-children only,
For thy undaunted mettle should compose

Nothing but males. Will it not be received,
When we have marked with blood those sleepy two
Of his own chamber and used their very daggers.
That they have done't?

LADY MACBETH Who dares receive it other,
As we shall make our griefs and clamour roar
Upon his death?

MACBETH I am settled, and bend up
Each corporal agent to this terrible feat.
Away, and mock the time with fairest show:
False face must hide what the false heart doth know.

Exeunt



ACT 2

SCENE 1

Enter BANQUO *and* FLEANCE, *with a Torch [bearer] before him*

BANQUO How goes the night, boy?

FLEANCE The moon is down: I have not heard the clock.

BANQUO And she goes down at twelve.

FLEANCE I take't 'tis later, sir.

BANQUO Hold, take my sword. There's husbandry in heaven:

Gives his sword. Gives cloak? Diamond?

Their candles are all out. Take thee that too.
A heavy summons lies like lead upon me,
And yet I would not sleep. Merciful powers,
Restrain in me the cursèd thoughts that nature
Gives way to in repose.

Enter MACBETH *and a Servant with a torch*

Give me my sword.—Who's there?

Takes sword

MACBETH A friend.

BANQUO What, sir, not yet at rest? The king's abed:
He hath been in unusual pleasure,
And sent forth great largess to your offices.
This diamond he greets your wife withal,

Presents a diamond

By the name of most kind hostess, and shut up
In measureless content.

MACBETH Being unprepared.
Our will became the servant to defect,
Which else should free have wrought.

BANQUO All's well.
I dreamt last night of the three weyard sisters:
To you they have showed some truth.

MACBETH I think not of them.
Yet, when we can entreat an hour to serve,
We would spend it in some words upon that business,
If you would grant the time.

BANQUO At your kind'st leisure.

MACBETH If you shall cleave to my consent when 'tis,
It shall make honour for you.

BANQUO So I lose none
In seeking to augment it, but still keep
My bosom franchised and allegiance clear,
I shall be counselled.

MACBETH Good repose the while.

BANQUO Thanks, sir: the like to you.

Exeunt BANQUO *[with* FLEANCE *and Torchbearer]*

MACBETH Go bid thy mistress, when my drink is ready,
She strike upon the bell. Get thee to bed.—

Exit [Servant]

Is this a dagger which I see before me,
The handle toward my hand? Come, let me clutch thee:
I have thee not, and yet I see thee still.
Art thou not, fatal vision, sensible
To feeling as to sight? Or art thou but
A dagger of the mirad, a false creation,
Proceeding from the heat-oppressèd brain?
I see thee yet, in form as palpable
As this which now I draw.

Draws his dagger

Thou marshall'st me the way that I was going,
And such an instrument I was to use.
Mine eyes are made the fools o'th'other senses,
Or else worth all the rest. I see thee still,
And on thy blade and dudgeon gouts of blood,
Which was not so before. There's no such thing:
It is the bloody business which informs
Thus to mine eyes. Now o'er the one halfworld
Nature seems dead, and wicked dreams abuse
The curtained sleep: witchcraft celebrates
Pale Hecate's off' rings: and withered murder,
Alarumed by his sentinel the wolf,



Whose howl's his watch, thus with his stealthy pace,
With Tarquin's ravishing strides, towards his design
Moves like a ghost.—Thou sure and firm-set earth,
Hear not my steps which way they walk, for fear
Thy very stones prate of my whereabout
And take the present horror from the time
Which now suits with it.—Whiles I threat, he lives:
Words to the heat of deeds too cold breath gives.

A bell rings

I go, and it is done: the bell invites me.
Hear it not, Duncan, for it is a knell
That summons thee to heaven or to hell.

Exit

SCENE 2

Enter LADY [MACBETH]

LADY MACBETH That which hath made them drunk hath made me
[bold:
What hath quenched them hath given me fire.—Hark! Peace!—
It was the owl that shrieked, the fatal bellman
Which gives the stern'st goodnight. He is about it.
The doors are open, and the surfeited grooms
Do mock their charge with snores: I have drugged their possets,
That death and nature do contend about them
Whether they live or die.

Enter MACBETH. *Initially within or above or unseen by his wife; with bloody daggers*

MACBETH Who's there? What ho?

LADY MACBETH Alack, I am afraid they have awaked,
And 'tis not done: th'attempt and not the deed
Confounds us. Hark! I laid their daggers ready:
He could not miss 'em. Had he not resembled
My father as he slept, I had done't.—

Sees MACBETH

My husband?

MACBETH I have done the deed. Didst thou not hear a noise?

LADY MACBETH I heard the owl scream and the crickets cry.
Did not you speak?

MACBETH When?

LADY MACBETH Now.

MACBETH As I descended?

LADY MACBETH Ay.

MACBETH Hark!
Who lies i'th'second chamber?

LADY MACBETH Donalbain.

MACBETH This is a sorry sight.

Looks at his hands

LADY MACBETH A foolish thought, to say 'a sorry sight'.

MACBETH There's one did laugh in's sleep, and one cried 'Murder!'
That they did wake each other: I stood and heard them.
But they did say their prayers, and addressed them
Again to sleep.

LADY MACBETH There are two lodged together.

MACBETH One cried 'God bless us' and 'Amen' the other,
As they had seen me with these hangman's hands.
List'ning their fear, I could not say 'Amen',
When they did say 'God bless us.'

LADY MACBETH Consider it not so deeply

MACBETH But wherefore could not I pronounce 'Amen'?
I had most need of blessing, and 'Amen'
Stuck in my throat.

LADY MACBETH These deeds must not be thought
After these ways: so, it will make us mad.

MACBETH Methought I heard a voice cry 'Sleep no more,
Macbeth does murder sleep: the innocent sleep,
Sleep that knits up the ravelled sleeve of care,
The death of each day's life, sore labour's bath,
Balm of hurt minds, great nature's second course,
Chief nourisher in life's feast'—

LADY MACBETH What do you mean?

MACBETH Still it cried 'Sleep no more' to all the house:
'Glamis hath murdered sleep, and therefore Cawdor
Shall sleep no more, Macbeth shall sleep no more.'

LADY MACBETH Who was it thal thus cried? Why, worthy thane,
You do unbend your noble strength to think
So brainsickly of things. Go get some water
And wash this filthy witness from your hand.
Why did you bring these daggers from the place?
They must lie there: go carry them and smear
The sleepy grooms with blood.

MACBETH I'll go no more.



I am afraid to think what I have done:
Look on't again I dare not.

LADY MACBETH Infirm of purpose!
Give me the daggers. The sleeping and the dead

Takes the daggers

Are but as pictures: 'tis the eye of childhood
That fears a painted devil. If he do bleed,
I'll gild the faces of the grooms withal,
Por it must seem their guilt.

Exit. Knock within

MACBETH Whence is that knocking?
How is't with me, when every noise appals me?
What hands are here? Ha? They pluck out mine eyes.
Will all great Neptune's ocean wash this blood
Clean from my hand? No, this my hand will rather
The multitudinous seas incarnadine,
Making the green one red.

Enter LADY [MACBETH]

LADY MACBETH My hands are of your colour, but I shame
To wear a heart so white.—I hear a knocking

Knock

At the south entry: retire we to our chamber.
A little water clears us of this deed:
How easy is it, then! Your constancy
Hath left you unattended.—Hark! More knocking.

Knock

Get on your nightgown, lest occasion call us
And show us to be watchers. Be not lost
So poorly in your thoughts.

MACBETH To know my deed, 'twere best not know myself.

Kttock

Wake Duncan with thy knocking! I would thou couldst!

Exeunt

SCENE 3

Knocking within. Enter a PORTER

PORTER Here's a knocking indeed! If a man were porter of hell gate, he should have old turning the key.

Knock

Knock, knock, knock! Who's three, i'th'name of Beelzebub? Here's a farmer that hanged himself on th'expectation of plenty: come in time, have napkins enough about you: here you'll sweat for't.

Knock

Knock, knock! Who's three, in th'other devil's name? Faith, here's an equivocator that could swear in both the scales against either scale, who committed treason enough for God's sake, yet could not equivocate to heaven: O, come in, equivocator.

Knock

Knock, knock, knock! Who's three? Faith, here's an English tailor come hither for stealing out of a French hose: come in, tailor: here you may roast your goose.

Knock

Knock, knock, never at quiet! What are you? But this place is too cold for hell. I'll devil-porter it no further: I had thought to have let in some of all professions that go the primrose way to th'everlasting bonfire.

Knock

Anon, anon! I pray you remember the porter.

Opens the gate.
Enter MACDUFF *and* LENNOX

MACDUFF Was it so late, friend, ere you went to bed.
That vou do lie so late?

PORTER Faith, sir, we were carousing till the second cock: and drink, sir, is a great provoker of three things.

MACDUFF What three things does drink especially provoke?

PORTER Marry, sir, nose-painting, sleep and urine. Lechery, sir, it provokes and unprovokes: it provokes the desire, but it takes away the performance. Therefore much drink may be said to be an equivocator with lechery: it makes him and il mars him: it sets him on and it takes him off; it persuades him and disheartens him: makes him stand to and not stand to: in conclusion, equivocates him in a sleep, and, giving him the lie, leaves him.

MACDUFF I believe drink gave thee the lie last night.

PORTER That it did, sir, i'the very throat on me: but I requited



him for his lie, and, I think, being too strong for him, though he took up my legs sometime, yet I made a shift to cast him.

Enter MACBETH

MACDUFF Is thy master stirring?
Our knocking has awaked him: here he comes.

PORTER *may exit*

LENNOX Good morrow, noble sir.

MACBETH Good morrow, both.

MACDUFF Is the king stirring, worthy thane?

MACBETH Not yet.

MACDUFF He did command me to call timely on him:
I have almost slipped the hour.

MACBETH I'll bring you to him.

MACDUFF I know this is a joyful trouble to you,
But yet 'tis one.

MACBETH The labour we delight in physics pain.
This is the door.

MACDUFF I'll make so bold to call,
For 'tis my limited service.

Exit MACDUFF

LENNOX Goes the king hence today?

MACBETH He does: he did appoint so.

LENNOX The night has been unruly. Where we lay,
Our chimneys were blown down, and, as they say,
Lamentings heard i'th'air, strange screams of death,
And prophesying with accents terrible
Of dire combustion and confused events
New hatched to th'woeful time: the obscure bird
Clamoured the livelong night. Some say the earth
Was feverous and did shake.

MACBETH 'Twas a rough night.

LENNOX My young remembrance cannot parallel
A fellow to it.

Enter MACDUFF

MACDUFF O, horror, horror, horror!
Tongue nor heart cannot conceive nor name thee!

MACBETH and LENNOX What's the matter?

MACDUFF Confusion now hath made his masterpiece.
Most sacrilegious murder hath broke ope
The Lord's anointed temple, and stole thence
The life o'th'building.

MACBETH What is't you say? The life?

LENNOX Mean you his majesty?

MACDUFF Approach the chamber and destroy your sight
With a new Gorgon. Do not bid me speak:
See, and then speak yourselves.—

Exeunt MACBETH *and* LENNOX

Awake, awake!
Ring the alarum bell. Murder and treason!
Banquo and Donalbain! Malcolm, awake!
Shake off this downy sleep, death's counterfeit,
And look on death itself! Up, up, and see
The great doom's image! Malcolm, Banquo,
As from your graves rise up and walk like sprites
To countenance this horror! Ring the bell.

Bell rings.
Enter LADY [MACBETH]

LADY MACBETH What's the business,
That such a hideous trumpet calls to parley
The sleepers of the house? Speak, speak!

MACDUFF O, gentle lady,
'Tis not for you to hear what I can speak:
The repetition in a woman's ear
Would murder as it fell.—

Enter BANQUO

O, Banquo, Banquo,
Our royal master's murdered!

LADY MACBETH Woe, alas!
What, in our house?

BANQUO Too cruel anywhere.
Dear Duff, I prithee contradict thyself
And say it is not so.

Enter MACBETH, LENNOX *and* ROSS, *perhaps with Attendants*

MACBETH Had I but died an hour before this chance,
I had lived a blessèd time, for from this instant
There's nothing serious in mortality:
All is but toys: renown and grace is dead.
The wine of life is drawn, and the mere lees



Is left this vault to brag of.

Enter MALCOLM *and* DONALBAIN

DONALBAIN What is amiss?

MACBETH You are, and do not know't:
The spring, the head, the fountain of your blood
Is stopped, the very source of it is stopped.

MACDUFF Your royal father's murdered.

MALCOLM O, by whom?

LENNOX Those of his chamber, as it seemed, had done't:
Their hands and faces were all badged with blood.
So were their daggers, which unwiped we found
Upon their pillows. They stared and were distracted:
No man's life was to be trusted with them.

MACBETH O, yet I do repent me of my fury,
That I did kill them.

MACDUFF Wherefore did you so?

MACBETH Who can be wise, amazed, temp'rate and furious,
Loyal and neutral in a moment? No man.
Th'expedition of my violent love
Outrun the pauser, reason. Here lay Duncan,
His silver skin laced with his golden blood,
And his gashed stabs looked like a breach in nature
For ruin's wasteful entrance: there the murderers,
Steeped in the colours of their trade, their daggers
Unmannerly breeched with gore. Who could refrain
That had a heart to love, and in that heart
Courage to make's love known?

LADY MACBETH Help me hence, ho!

Faints or feigns to do so.

MACDUFF Look to the lady.

MALCOLM W hy do we hold our tongues,

Aside to DONALBAIN

That most may claim this argument for ours?

DONALBAIN What should be spoken here, where our fate.

Aside to MALCOLM

Hid in an auger hole, may rush and seize us
Let's away: our tears are not yet brewed.

MALCOLM Nor our strong sorrow

Aside to DONALBAIN

Upon the foot of motion.

BANQUO Look to the lady.—

LADY MACBETH *may be helped off*

And when we have our naked frailties hid,
That suffer in exposure, let us meet
And question this most bloody piece of work
To know it further. Fears and scruples shake us:
In the great hand of God I stand, and thence
Against the undivulged pretence I fight
Of treasonous malice.

MACDUFF And so do I.

ALL So all.

MACBETH Let's briefly put on manly readiness
And meet i'th'hall together.

ALL Well contented.

Exeunt [all but MALCOLM *and* DONALBAIN*]*

MALCOLM What will you do? Let's not consort with them:
To show an unfelt sorrow is an office
Which the false man does easy. I'll to England.

DONALBAIN To Ireland, I. Our separated fortune
Shall keep us both the safer: where we are,
There's daggers in men's smiles: the nea'er in blood,
The nearer bloody.

MALCOLM This murderous shaft that's shot
Hath not yet lighted, and our safest way
Is to avoid the aim. Therefore to horse,
And let us not be dainty of leave-taking,
But shift away: there's warrant in that theft
Which steals itself when there's no mercy left.

Exeunt

SCENE 4

Enter ROSS *with an* OLD MAN

OLD MAN Threescore and ten I can remember well,
Within the volume of which time I have seen
Hours dreadful and things strange: but this sore night
Hath trifled former knowings.



ROSS Ha, good father,
Thou see'st the heavens, as troubled with man's act.
Threatens his bloody stage: by th'clock 'tis day,
And yet dark night strangles the travelling lamp.
Is't night's predominance or the day's shame
That darkness does the face of earth entomb
When living light should kiss it?

OLD MAN 'Tis unnatural,
Even like the deed that's done, On Tuesday last,
A falcon, tow'ring in her pride of place,
Was by a mousing owl hawked at and killed.

ROSS And Duncan's horses—a thing most strange and certain—
Beauteous and swift, the minions of their race,
Turned wild in nature, broke their stalls, flung out,
Contending gainst obedience, as they would
Make war with mankind.

OLD MAN 'Tis said they ate each other.

ROSS They did so, to th'amazement of mine eyes
That looked upon't.

Enter MACDUFF

Here comes the good Macduff.—
How goes the world, sir, now?

MACDUFF Why, see you not?

ROSS Is't known who did this more than bloody deed?

MACDUFF Those that Macheth hath slain.

ROSS Alas, the day,
What good could they pretend?

MACDUFF They were suborned:
Malcolm and Donalbain, the king's two sons.
Are stol'n away and fled, which puts upon them
Suspicion of the deed.

ROSS Gainst nature still:
Thriftless ambition, that will ravin up
Thine own life's means! Then 'tis most like
The sovereignty will fall upon Macheth.

MACDUFF He is already named and gone to Scone
To be invested.

ROSS Where is Duncan's body?

MACDUFF Carried to Colmekill,
The sacred storehouse of his predecessors
And guardian of their bones.

ROSS Will you to Scone?

MACDUFF No, cousin. I'll to Fife.

ROSS Well, I will thither.

MACDUFF Well, may you see things well done there. Adieu,
Lest our old robes sit easier than our new!

ROSS Farewell, father.

OLD MAN God's benison go with you, and with those
That would make good of bad, and friends of foes!

Exeunt



ACT 3

SCENE 1

Enter BANQUO

BANQUO Thou hast it now: king, Cawdor, Glamis, all
As the weyard women promised, and I fear
Thou played'st most foully for't. Yet it was said
It should not stand in thy posterity,
But that myself should be the root and father
Of many kings. If there come truth from them—
As upon thee, Macbeth, their speeches shine—
Why, by the verities on thee made good,
May they not be my oracles as well,
And set me up in hope? But hush, no more.

Sennet sounded. Enter MACBETH *as King*, LADY [MACBETH *as Queen]*, LENNOX, ROSS. *Lords and Attendants*

MACBETH Here's our chief guest.

LADY MACBETH If he had been forgotten,
It had been as a gap in our great feast
And all-thing unbecoming.

MACBETH Tonight we hold a solemn supper, sir,

to BANQUO

And I'll request your presence.

BANQUO Let your highness
Command upon me to the which my duties
Are with a most indissoluble tie
Forever knit.

MACBETH Ride you this afternoon?

BANQUO Ay, my good lord.

MACBETH We should have else desired your good advice—
Which still hath been both grave and prosperous—
In this day's council: but we'll take tomorrow.

Is't far you rifle?

BANQUO As far, my lord, as will fill up the time
'Twixt this and supper: go not my horse the better,
I must become a borrower of the night
For a dark hour or twain.

MACBETH Fail not our feast.

BANQUO My lord, I will not.

MACBETH We hear our bloody cousins are bestowed
In England and in Ireland, not confessing
Their cruel parricide, filling their hearers
With strange invention: but of that tomorrow,
When therewithal we shall have cause of state
Craving us jointly. Hie you to horse. Adieu,
Till you return at night. Goes Fleance with you?

BANQUO Ay, my good lord. Our time does call upon's.

MACBETH I wish your horses swift and sure of foot,
And so I do commend you to their backs. Farewell.

Exit BANQUO

Let every man be master of his time
Till seven at night. To make society
The sweeter welcome, we will keep ourself
Till supper-time alone: while then, God be with you!

Exeunt Lords.
*[*MACBETH *and a* SERVANT *remain]*

Sirrah, a word with you. Attend those men
Our pleasure?

SERVANT They are, my lord, without the palace gate.

MACBETH Bring them before us.

Exit SERVANT

To be thus is nothing, but to be safely thus:
Our fears in Banquo stick deep,
And in his royalty of nature reigns that
Which would be feared. 'Tis much he dares,
And to that dauntless temper of his mind,
He hath a wisdom that doth guide his valour
To act in safety. There is none but he
Whose being I do fear: and under him
My genius is rebuked, as it is said
Mark Antony's was by Caesar. He chid the sisters
When first they put the name of king upon me,
And bade them speak to him: then prophet-like
They hailed him father to a line of kings:



Upon my head they placed a fruitless crown,
And put a barren sceptre in my grip,
Thence to be wrenched with an unlineal hand,
No son of mine succeeding. If't be so,
For Banquo's issue have I filed my mind:
For them the gracious Duncan have I murdered:
Put rancours in the vessel of my peace
Only for them, and mine eternal jewel
Given to the common enemy of man
To make them kings: the seeds of Banquo kings.
Rather than so, come fate into the list,
And champion me to th'utterance!—Who's there?

Enter SERVANT *and two* MURDERERS

Now go to the door, and stay there till we call.—

To SERVANT. *Exit* SERVANT

Was it not yesterday we spoke together?

MURDERERS It was, so please your highness.

MACBETH Well then, now have you considered of my speeches? Know that it was he in the times past which held you so under fortune, which you thought had been our innocent self: this I made good to you in our last conference, passed in probation with you how you were borne in hand, how crossed, the instrumenta, who wrought with them, and all things else that might to half a soul and to a notion crazed say 'Thus did Banquo.'

FIRST MURDERER You made it known to us.

MACBETH I did so, and went further, which is now our point of second meeting. Do you find your patience so predominant in your nature that you can let this go? Are you so gospelled to pray for this good man and for his issue, whose heavy hand hath bowed you to the grave and beggared yours for ever?

FIRST MURDERER We are men, my liege.

MACBETH Ay, in the catalogue ye go for men.
As hounds and greyhounds, mongrels, spaniels, curs,
Shoughs, water-rugs and demi-wolves are clept
All by the name of dogs: the valued file
Distinguishes the swift, the slow, the subtle,
The housekeeper, the hunter, every one
According to the gift which bounteous nature
Hath in him closed, whereby he does receive
Particular addition from the bill
That writes them all alike: and so of men.
Now, if you have a station in the file,
Not i'th'worst rank of manhood, say't,
And I will put that business in your bosoms

Whose execulion takes your enemy off,
Crapples you to the heart and love of us.
Who wear our health but sickly in his life.
Which in his death were perfect.

SECOND MURDERER I am one, my liege,
Whom the vile blows and buffets of the world
Hath so incensed that I am reckless what
I do lo spite the world.

FIRST MURDERER And I another,
So weary with disasters, tugged with fortune,
That I would set my life on any chance
To mend it or be rid on't.

MACBETH Both of you know Banquo was your enemy.

MURDERERS True, my lord.

MACBETH So is he mine, and in such bloody distance
That every minute of his being thrusts
Against my near'st of life: and though I could
With barefaced power sweep him from my sight
And bid my will avouch it, yet I must not,
For certain friends that are both his and mine,
Whose loves I may not drop, but wail his fall
Who I myself struck down. And thence it is
That I to your assistance do make love,
Masking the business from the common eye
For sundry weighty reasons.

SECOND MURDERER We shall, my lord,
Perform what you command us.

FIRST MURDERER Though our lives—

MACBETH Your spirits shine through you. Within this hour at most
I will advise you where to plant yourselves,
Acquaint you with the perfect spy o'th'time,
The moment on't, for't must be done tonight,
And something from the palace, always thought
That I require a clearness. And with him—
To leave no rubs nor botches in the work—
Fleance his son, that keeps him company,
Whose absence is no less material lo me
Than is his father's, must embrace the fate
Of that dark hour. Resolve yourselves apart:
I'll come to you anon.

MURDERERS We are resolved, my lord.

MACBETH I'll call upon you straight: abide within.—

*[*MURDERERS *may exit]*



It is concluded. Banquo, thy soul's flight,
If it find heaven, must find it out tonight.

Exeunt

SCENE 2

Enter MACBETH'S LADY *and a* SERVANT

LADY MACBETH Is Banquo gone from court?

SERVANT Ay, madam, but returns again tonight.

LADY MACBETH Say to the king, I would attend his leisure
For a few words.

SERVANT Madam. I will.

Exit

LADY MACBETH Naught's had, all's spent,
Where our desire is got without content:
'Tis safer to be that which we destroy
Than by destruction dwell in doubtful joy.

Enter MACBETH

How now, my lord? Why do you keep alone,
Of sorriest fancies your companions making,
Using those thoughts which should indeed have died
With them they think on? Things without all remedy
Should be without regard: what's done is done.

MACBETH We have scorched the snake, not killed it:
She'll close and be herself, whilst our poor malice
Remains in danger of her former tooth.
But let the frame of things disjoint, both the worlds suffer,
Ere we will eat our meal in fear and sleep
In the affliction of these terrible dreams
That shake us nightly. Better be with the dead,
Whom we, to gain our peace, have sent to peace,
Than on the torture of the mind to lie
In restless ecstasy. Duncan is in his grave:
After life's fitful fever he sleeps well.
Treason has done his worst: nor steel, nor poison,
Malice domestic, foreign levy, nothing
Can touch him further.

LADY MACBETH Come on,
Gentle my lord, sleek o'er your rugged looks:
Be bright and jovial among your guests tonight.

MACBETH So shall I, love, and so I pray be you.

Let your remembrance apply to Banquo:
Present him eminence, both with eye and tongue:
Unsafe the while, that we
Must lave our honours in these flattering streams
And make our faces vizards to our hearts,
Disguising what they are.

LADY MACBETH You must leave this.

MACBETH O, full of scorpions is my mind, dear wife!
Thou know'st that Banquo and his Fleance lives.

LADY MACBETH But in them nature's copy's not eterne.

MACBETH There's comfort yet: they are assailable:
Then be thou jocund. Ere the bat hath flown
His cloistered flight, ere to black Hecate's summons
The shard-born beetle with his drowsy hums
Hath rung night's yawning peal, there shall be done
A deed of dreadful note.

LADY MACBETH What's to be done?

MACBETH Be innocent of the knowledge, dearest chuck,
Till thou applaud the deed.—Come, seeling night,
Scarf up the tender eye of pitiful day,
And with thy bloody and invisible hand
Cancel and tear to pieces that great bond
Which keeps me pale. Light thickens,
And the crow makes wing to the rooky wood:
Good things of day begin to droop and drowse,
Whiles night's black agents to their preys do rouse.—
Thou marvell'st at my words: but hold thee still.
Things bad begun make strong themselves by ill.
So prithee go with me.

Exeunt

SCENE 3

Enter three MURDERERS

FIRST MURDERER But who did bid thee join with us?

To THIRD MURDERER

THIRD MURDERER Macbeth.

SECOND MURDERER He needs not our mistrust, since he delivers
Our offices and what we have to do
To the direction just.

FIRST MURDERER Then stand with us.



The west yet glimmers with some streaks of day.
Now spurs the lated traveller apace
To gain the timely inn, and near approaches
The subject of our watch.

THIRD MURDERER Hark, I hear horses.

BANQUO Give us a light there, ho!

Within

SECOND MURDERER Then 'tis he: the rest
That are within the note of expectation
Already are i'th'court.

FIRST MURDERER His horses go about.

THIRD MURDERER Almost a mile: but he does usually,
So all men do, from hence to th'palace gate
Make it their walk.

Enter BANQUO *and* FLEANCE, *with a torch*

SECOND MURDERER A light, a light!

THIRD MURDERER 'Tis he.

FIRST MURDERER Stand to't.

BANQUO It will be rain tonight.

FIRST MURDERER Let it come down.

He puts out the torch

BANQUO O, treachery! Fly, good Fleance, fly, fly, fly!

They attack BANQUO

Thou mayst revenge.—O slave!

He dies. FLEANCE *flees*

THIRD MURDERER Who did strike out the light?

FIRST MURDERER Was't not the way?

THIRD MURDERER There's but one down: the son is fled.

SECOND MURDERER We have lost best half of our affair.

FIRST MURDERER Well, let's away, and say how much is done.

Exeunt

SCENE 4

Banquet prepared. Enter MACHETH, LADY [MACBETH], ROSS, LENNOX, *Lords and Attendants*

MACBETH You know your own degrees, sit clown: at first
And last the hearty welcome.

They sit

LORDS Thanks to your majesty.

MACBETH Ourself will mingle with society
And play the humble host:
Our hostess keeps her state, but in best time
We will require her welcome.

LADY MACBETH Pronounce it for me, sir, to all our friends,
For my heart speaks they are welcome.

Enter FIRST MURDERER *[at the door]*

MACBETH See, they encounter thee with their hearts' thanks.
Both sides are even: here I'll sit i'th'midst.
Be large in mirth, anon we'll drink a measure
The table round.—

Moves to the door

There's blood upon thy face.

To FIRST MURDERER

FIRST MURDERER 'Tis Banquo's then.

MACBETH 'Tis better thee without than he within.
Is he dispatched?

FIRST MURDERER My lord, his throat is cut: that I did for him.

MACBETH Thou art the best o'th'cut-throats.
Yet he's good that did the like for Fleance:
If thou didst it, thou art the nonpareil.

FIRST MURDERER Most royal sir, Fleance is scaped.

MACBETH Then comes my fit again. I had else been perfect,
Whole as the marble, founded as the rock,
As broad and general as the casing air:
But now I am cabined, cribbed, confined, bound in
To saucy doubts and fears. But Banquo's safe?

FIRST MURDERER Ay, my good lord: sale in a ditch he bides,
With twenty trenchèd gashes on his head,
The least a death to nature.

MACBETH Thanks for that.—
There the grown serpent lies: the worm that's fled
Hath nature that in time will venom breed.



No teeth for th'present.—Get thee gone: tomorrow
We'll hear ourselves again.

Exit MURDERER

LADY MACBETH My royal lord,
You do not give the cheer: the feast is sold
That is not often vouched, while 'tis a-making,
'Tis given with welcome. To feed were best at home:
From thence, the sauce to meat is ceremony:
Meeting were bare without it.

Enter the Ghost of BANQUO, *and sits in Macbeth's place*

MACBETH Sweet remembrancer.
Now, good digestion wait on appetite,
And health on both!

LENNOX May't please your highness sit.

MACBETH Here had we now our country's honour roofed,
Were the graced person of our Banquo present,
Who may I rather challenge for unkindness
Than pity for mischance.

ROSS His absence, sir.
Lays blame upon his promise. Please't your highness
To grace us with your royal company?

MACBETH The table's full.

LENNOX Here is a place reserved, sir.

MACBETH Where?

LENNOX Here, my good lord. What is't that moves your highness?

MACBETH Which of vou have done this?

LORDS What, my' good lord?

MACBETH Thou canst not say I did it: never shake
Thy gory locks at me.

ROSS Gentlemen, rise: his highness is not well.

The Lords begin to rise

LADY MACBETH Sit, worthy friends: my lord is often thus.
And hath been from his youth. Pray you keep seat,
The fit is momentary: upon a thought
He will again be well. If much you note him,
You shall offend him and extend his passion:
Feed, and regard him not.—
Are you a man?

LADY MACBETH *and* MACBETH *speak aside*

MACBETH Ay, and a bold one, that dare look on that
Which might appal the devil.

LADY MACBETH O, proper stuff!
This is the very painting of your fear:
This is the air-drawn dagger which you said
Led you to Duncan. O, these flaws and starts—
Impostors lo true fear—would well become
A woman's story at a winter's fire,
Authorized bv her grandam. Shame itself!
Why do you make such faces? When all's done,
You look but on a stool.

MACBETH Prithee see there! Behold, look, lo!—How say you?
Why, what care I? If thou canst nod, speak too.
If charnel houses and our graves must send
Those that we bury back, our monuments
Shall be the maws of kites.

[Exit Ghost]

LADY MACBETH What, quite unmanned in folly

MACBETH If I stand here, I saw him.

LADY MACBETH Fie, for shame!

MACBETH Blood hath been shed ere now, i'th'olden time,
Ere human statute purged the gentle weal:
Ay, and since too, murders have been performed
Too terrible for the ear. The time has been
That, when the brains were out, the man would die.
And there an end: but now they rise again
With twenty mortal murders on their crowns,
And push us from our stools: this is more strange
Than such a murder is.

LADY MACBETH My worthy lord,
Your noble friends do lack you.

MACBETH I do forget.—
Do not muse at me, my most worthy friends,

Aloud

I have a strange infirmity which is nothing
To those that know me. Come, love and health to all,
Then I'll sit down.—Give me some wine: fill full.—

A servant fills his goblet. Enter Ghost

I drink to th'general joy o'th'whole table,
And to our dear friend Banquo, whom we miss:
Would he were here! To all, and him, we thirst,
And all to all.



LORDS Our duties and the pledge.

They drink

MACBETH Avaunt. and quit my sight! Let the earth hide thee!

Sees the Ghost

Thy bones are marrowless, thy blood is cold:
Thou hast no speculation in those eyes
Which thou dosl glare with.

LADY MACBETH Think of this, good peers,
But as a thing of custom: ‘tis no other,
Only it spoils the pleasure of the time.

MACBETH What man dare, I dare.
Approach thou like the rugged Russian bear,
The armed rhinoceros, or th’Hyrcan tiger:
Take any shape but that, and my firm nerves
Shall never tremble: or be alive again
And dare me to the desert with thy sword.
If trembling I inhabit then, protest me
The baby of a girl. Hence, horrible shadow!
Unreal mock‘ry, hence!—Why, so: being gone,

[Exit Ghost]

I am a man again.—Pray you sit still.

To the Lords

LADY MACBETH You have displaced the mirth, broke the good
[meeting
With most admired disorder.

MACBETH Can such things be,
And overcome us like a summer’s cloud,
Without our special wonder? You make me strange
Even to the disposition that I owe,
When now I think you can behold such sights
And keep the natural ruby of your cheeks
When mine is blanched with fear.

ROSS What sights, my lord?

LADY MACBETH I pray you speak not: he grows worse and worse:
Question enrages him. At once, goodnight.
Stand not upon the order of your going,
But go at once.

LENNOX Goodnight, and better health
Attend his majesty.

LADY MACBETH A kind goodnight to all.

Exeunt Lords.
*[*MACBETH *and* LADY MACBETH *remain]*

MACBETH It will have blood, they say: blood will have blood.
Stones have been known to move and trees to speak,
Augurs and understood relations have
By magot-pies and choughs and rooks brought forth
The secret'st man of blood. What is the night?

LADY MACBETH Almost at odds with morning, which is which.

MACBETH How say'st thou, that Macduff denies his person
At our great bidding?

LADY MACBETH Did you send to him, sir?

MACBETH I hear it by the way, but I will send.
There's not a one of them but in his house
I keep a servant fee'd. I will tomorrow—
And betimes I will—to the weyard sisters:
More shall they speak, for now I am bent to know
By the worst means, the worst. For mine own good,
All causes shall give way. I am in blood
Stepped in so far, that, should I wade no more,
Returning were as tedious as go o'er.
Strange things I have in head, that will to hand,
Which must he acted ere they may be scanned.

LADY MACBETH You lack the season of all natures, sleep.

MACBETH Come, we'll to sleep. My strange and self-abuse
Is the initiate fear that wants hard use:
We are yet but young in deed.

Exeunt

SCENE 5

Thunder. Enter the three WITCHES *meeting* HECATE

FIRST WITCH Why, how now, Hecate? You look angerly.

HECATE Have I not reason, beldams as you are.
Saucy and overbold? How did you dare
To trade and traffic with Macbeth
In riddles and affairs of death;
And I, the mistress of your charms,
The close contriver of all harms,
Was never called to bear my part
Or show the glory of our art?
And, which is worse, all you have done
Hath been but for a wayward son,



Spiteful and wrathful, who, as others do.
Loves for his own ends, not for you.
But make amends now: get you gone,
And at the pit of Acheron
Meet me i'th'morning: thither he
Will come to know his destiny:
Your vessels and your spells provide,
Your charms and everything beside.
I am for th'air. This night I'll spend
Unto a dismal and a fatal end:
Great business must be wrought ere noon.
Upon the corner of the moon
There hangs a vap'rous drop profound:
I'll catch it ere it come to ground,
And that distilled by magic sleights,
Shall raise such artificial sprites
As by the strength of their illusion
Shall draw him on to his confusion.
He shall spurn fate, scorn death, and bear
His hopes 'bove wisdom, grace and fear
And you all know, security
Is mortals' chiefest enemy.

Music and a song

Hark, I am called: my little spirit, see,
Sits in a foggy cloud and stays for me.

[Exit] Sing within:

'Come away, come away' etc.

FIRST WITCH Come, let's make haste: she'll soon be back again.

Exeunt

SCENE 6

Enter LENNOX *and another Lord*

LENNOX My former speeches have but hit your thoughts,
Which can interpret further: only I say
Things have been strangely borne. The gracious Duncan
Was pitied of Macbeth, marry, he was dead:
And the right-valiant Banquo walked too late.
Whom you may say—if't please you—Fleance killed,
For Fleance fled: men must not walk too late,
Who cannot want the thought how monstrous
It was for Malcolm and for Donalbain
To kill their gracious father? Damnèd fact!

How it did grieve Macbeth! Did he not straight
In pious rage the two delinquents tear
That were the slaves of drink and thralls of sleep?
Was not that nobly done? Ay, and wisely too,
For 'twould have angered any heart alive
To hear the men deny't. So that I say
He has borne all things well, and I do think
Thal had he Duncan's sons under his key—
As, an't please heaven, he shall not—they should find
What 'twere to kill a father: so should Fleance.
But, peace! For from broad words and cause he failed
His presence at the tyrant's feast, I hear
Macduff lives in disgrace. Sir, can you tell
Where he bestows himself?

LORD The son of Duncan—
From whom this tyrant holds the due of birth—
Lives in the English court, and is received
Of the most pious Edward with such grace
That the malevolence of fortune nothing
Takes from his high respect. Thither Macduff'
Is gone to pray the holy king, upon his aid
To wake Northumberland and warlike Siward,
That by the help of these—with him above
To ratify the work—we may again
Give to our tables meat, sleep to our nights,
Free from our feasts and hanquets bloody knives,
Do faithful homage, and receive free honours,
All which we pine for now: and this report
Hath so exasperate their king that he
Prepares for some attempt of war.

LENNOX Sent he to Macduff?

LORD He did: and with an absolute 'Sir, not I'.
The cloudy messenger turns me his back
And hums, as who should say, 'You'll rue the time
That clogs me with this answer.'

LENNOX And that well might
Advise him to a caution, t'hold what distance
His wisdom can provide. Some holy angel
Fly to the court of England and unfold
His message ere he come, that a swift blessing
May soon return to this our suffering country
Under a hand accursed.

LORD I'll send my prayers with him.

Exeunt



ACT 4

SCENE 1

Thunder. Enter the three WITCHES

FIRST WITCH Thrice the brinded cat hath mewed.

SECOND WITCH Thrice and once the hedge-pig whined.

THIRD WITCH Harpier cries: ‘tis time, ‘tis time!

FIRST WITCH Round about the cauldron go:
In the poisoned entrails throw.
Toad, that under cold stone
Days and nights has thirty-one
Sweltered venom sleeping got,
Boil thou first i’th’charmèd pot.

They dance around the cauldron

ALL Double, double, toil and trouble:
Fire burn, and cauldron bubble.

SECOND WITCH Fillet of a fenny snake,
In the cauldron boil and bake:
Eye of newt and toe of frog,
Wool of bat and tongue of dog,
Adder’s fork and blindworm’s sting,
Lizard’s leg and howlet’s wing.
For a charm of powerful trouble,
Like a hell-broth boil and bubble.

ALL Double, double, toil and trouble:
Fire burn, and cauldron bubble.

THIRD WITCH Scale of dragon, tooth of wolf,
Witches’ mummy, maw and gulf
Of the ravined salt-sea shark,
Root of hemlock digged i’th’dark,
Liver of blaspheming Jew,
Gall of goat, and slips of yew
Slivered in the moon’s eclipse,

Nose of Turk and Tartar's lips,
Finger of birth-strangled babe
Ditch-delivered by a drab,
Make the gruel thick and slab:
Add thereto a tiger's chaudron,
For th'ingredients of our cauldron.

ALL Double, double, toil and trouble:
Fire burn, and cauldron bubble.

SECOND WITCH Cool it with a baboon's blood,
Then the charm is firm and good.

Enter HECATE *and the other three* WITCHES

HECATE O, well done: I commend your pains,
And everyone shall share i'th'gains.
And now about the cauldron sing
Like elves and fairies in a ring.
Enchanting all that you put in.

Music and a song:
'Black spirits', etc.
[Exit HECATE *and the other three* WITCHES*?]*

SECOND WITCH By the pricking of my thumbs,
Something wicked this way comes.

Knock

Open, locks, whoever knocks.

Enter MACBETH

MACBETH How now, you secret, black and midnight hags?
What is't you do?

ALL A deed without a name.

MACBETH I conjure you, by that which you profess—
Howe'er you come to know it—answer me:
Though you untie the winds and let them fight
Against the churches, though the yeasty waves
Confound and swallow navigation up,
Though bladed corn be lodged and trees blown down,
Though castles topple on their warders' heads,
Though palaces and pyramids do slope
Their heads to their foundations, though the treasure
Of nature's germens tumble all together,
Even till destruction sicken, answer me
To what I ask you.

FIRST WITCH Speak.

SECOND WITCH Demand.



THIRD WITCH We'll answer.

FIRST WITCH Say, if thou'dst rather hear it from our mouths
Or from our masters?

MACBETH Call ‘cm: let me see ‘em.

FIRST WITCH Pour in sow's blood, that hath eaten
Her nine farrow: grease that's sweaten
From the murderer's gibbet throw
Into the flame.

ALL Come high or low,
Thyself and office deftly show!

Thunder.
First Apparition, an armed head

MACBETH Tell me, thou unknown power—

FIRST WITCH He knows thy thought:
Hear his speech, but say thou nought.

FIRST APPARITION Macbeth, Macbeth, Macbeth: beware Macduff,
Beware the Thane of Fife. Dismiss me. Enough.

He descends

MACBETH Whate'er thou art, for thy good caution, thanks:
Thou hast harped my fear aright. But one word more—

FIRST WITCH He will not be commanded. Here's another,
More potent than the first.

Thunder.
Second Apparition, a bloody child

SECOND APPARITION Macbeth, Macbeth, Macbeth!

MACBETH Had I three ears, I'd hear thee.

SECOND APPARITION Be bloody, bold and resolute: laugh to scorn
The power of man, for none of woman born
Shall harm Macbeth.

Descends

MACBETH Then live, Macduff: what need I fear of thee?
But yet I'll make assurance double sure,
And take a bond of late: thou shalt not live,
That I may tell pale-hearted fear it lies,
And sleep in spite of thunder.

Thunder. Third Apparition, a child crowned, with a tree in his hand

What is this
That rises like the issue of a king
And wears upon his baby-brow the round

And top of sovereignty?

ALL Listen, but speak not to't.

THIRD APPARITION Be lion-mettled, proud, and take no care
Who chafes, who frets, or where conspirers are:
Macbeth shall never vanquished be until
Great Birnam Wood to high Dunsinane Hill
Shall come against him.

Descend

MACBETH That will never be:
Who can impress the forest, bid the tree
Unfix his earth-bound root? Sweet bodements, good!
Rebellious dead, rise never till the wood
Of Birnam rise, and our high-placed Macbeth
Shall live the lease of nature, pay his breath
To time and mortal custom. Yet my heart
Throbs to know one thing: tell me, if your art
Can tell so much: shall Banquo's issue ever
Reign in this kingdom?

ALL Seek to know no more.

MACBETH I will be satisfied: deny me this,
And an eternal curse fall on you! Let me know.
Why sinks that cauldron? And what noise is this?

Hautboys.
Cauldron sinks

FIRST WITCH Show.

SECOND WITCH Show.

THIRD WITCH Show.

ALL Show his eyes, and grieve his heart:
Come like shadows, so depart!

A show of eight kings and BANQUO *last: [the eighth king] with a glass in his hand*

MACBETH Thou art too like the spirit of Banquo: down!
Thy crown does sear mine eyeballs: and thy hair,
Thou other gold-bound brow, is like the first:
A third is like the former.—Filthy hags,
Why do you show me this?—A fourth? Start, eyes!
What, will the line stretch out to th'crack of doom?
Another yet? A seventh? I'll see no more:
And yet the eighth appears, who bears a glass
Which shows me many more: and some I see
That two-fold balls and treble sceptres carry.
Horrible sight! Now I see 'tis true,
For the blood-boltered Banquo smiles upon me,

And points at them for his.

[Exeunt kings and BANQUO*]*

What, is this so?

FIRST WITCH Ay, sir, all this is so: but why
Stands Macbeth thus amazedly?—
Come, sisters, cheer we up his sprites
And show the best of our delights.
I'll charm the air to give a sound,
While you perform your antic round,
That this great king may kindly say,
Our duties did his welcome pay.

Music.
The WITCHES *dance and vanish*

MACBETH Where are they? Gone? Let this pernicious hour
Stand aye accursèd in the calendar!
Come in, without there!

Enter LENNOX

LENNOX What's your grace's will?

MACBETH Saw you the weyard sisters?

LENNOX No, my lord.

MACBETH Came they not by you?

LENNOX No, indeed, my lord.

MACBETH Infected be the air whereon they ride,
And damned all those that trust them! I did hear
The galloping of horse: who was't came by?

LENNOX 'Tis two or three, my lord, that bring you word
Macduff is fled to England.

MACBETH Fled to England?

LENNOX Ay, my good lord.

MACBETH Time, thou anticipat'st my dread exploits:

Aside

The flighty purpose never is o'ertook
Unless the deed go with it. From this moment
The very firstlings of my heart shall be
The firstlings of my hand. And even now,
To crown my thoughts with acts, be it thought and done:
The castle of Macduff I will surprise,
Seize upon Fife, give to th'edge o'th'sword
His wife, his babes, and all unfortunate souls

That trace him in his line. No boasting like a fool,
This deed I'll do before this purpose cool.
But no more sights!—Where are these gentlemen?

To LENNOX

Come, bring me where they are.

Exeunt

SCENE 2

Enter MACDUFF'S WIFE, *her Son and* ROSS

LADY MACDUFF What had he done to make him fly the land?

ROSS You must have patience, madam.

LADY MACDUFF He had none:
His flight was madness: when our actions do not,
Our fears do make us traitors.

ROSS You know not
Whether it was his wisdom or his fear.

LADY MACDUFF Wisdom? To leave his wife, to leave his babes,
His mansion and his titles in a place
From whence himself does fly? He loves us not:
He wants the natural touch, for the poor wren—
The most diminutive of birds—will fight,
Her young ones in her nest, against the owl.
All is the fear and nothing is the love:
As little is the wisdom, where the flight
So runs against all reason.

ROSS My dearest coz,
I pray you school yourself: but, for your husband,
He is noble, wise, judicious, and best knows
The fits o'th'season. I dare not speak much further,
But cruel are the times when we are traitors
And do not know ourselves, when we hold rumour
From what we fear, yet know not what we fear,

But float upon a wild and violent sea
Each way and none. I take my leave of you:
Shall not be long but I'll be here again.
Things at the worst will cease, or else climb upward
To what they were before. My pretty cousin,
Blessing upon you!

LADY MACDUFF Fathered he is, and yet he's fatherless.

ROSS I am so much a fool, should I stay longer



It would be my disgrace and your discomfort.
I take my leave at once.

Exit ROSS

LADY MACDUFF Sirrah, your father's dead, and what will you do now? How will you live?

SON As birds do, mother.

LADY MACDUFF What, with worms and flies?

SON With what I get, I mean, and so do they.

LADY MACDUFF Poor bird, thou'dst never fear the net nor lime, the pitfall nor the gin.

SON Why should I, mother? Poor birds they are not set for. My father is not dead, for all your saying.

LADY MACDUFF Yes, he is dead. How wilt thou do for a father?

SON Nay, how will you do for a husband?

LADY MACDUFF Why, I can buy me twenty at any market.

SON Then you'll buy 'em to sell again.

LADY MACDUFF Thou speak'st with all thy wit, and yet, i'faith, with wit enough for thee.

SON Was my father a traitor, Mother?

LADY MACDUFF Ay, that he was.

SON What is a traitor?

LADY MACDUFF Why, one that swears and lies.

SON And be all traitors that do so?

LADY MACDUFF Everyone that does so is a traitor, and must be hanged.

SON And must they all be hanged that swear and lie?

LADY MACDUFF Every one.

SON Who must hang them?

LADY MACDUFF Why, the honest men.

SON Then the liars and swearers are fools, for there are liars and swearers enough to beat the honest men and hang up them.

LADY MACDUFF Now, God help thee, poor monkey! But how wilt thou do for a father?

SON If he were dead, you'd weep for him: if you would not, it were a good sign that I should quickly have a new father.

LADY MACDUFF Poor prattler, how thou talk'st!

Enter a MESSENGER

MESSENGER Bless you, fair dame. I am not to you known,
Though in your state of honour I am perfect.
I doubt some danger does approach you nearly:
If you will take a homely man's advice,
Be not found here: hence with your little ones.
To fright you thus, methinks, I am too savage:
To do worse to you were fell cruelty,
Which is too nigh your person. Heaven preserve you!
I dare abide no longer.

Exit MESSENGER

LADY MACDUFF Whither should I fly?
I have done no harm. But I remember now
I am in this earthly world, where to do harm
Is often laudable, to do good sometime
Accounted dangerous folly. Why then, alas,
Do I put up that womanly defence
To say I have done no harm?—

Enter MURDERERS

What are these faces?

FIRST MURDERER Where is your husband?

LADY MACDUFF I hope in no place so unsanctified
Where such as thou mayst find him.

FIRST MURDERER He's a traitor.

SON Thou liest, thou shag-eared villain!

FIRST MURDERER What, you egg? Young fry of treachery!

Stabs him

SON He has killed me, mother. Run away, I pray you!

Dies.
*Exit [*LADY MACDUFF,*] crying 'Murder!' [pursued by the* MURDERERS*]*

SCENE 3

Enter MALCOLM *and* MACDUFF

MALCOLM Let us seek out some desolate shade, and there
Weep our sad bosoms empty.

MACDUFF Let us rather
Hold fast the mortal sword, and like good men
Bestride our downfall birthdom. Each new morn
New widows howl, new orphans cry, new sorrows



Strike heaven on the face, that it resounds
As if it felt with Scotland and yelled out
Like syllable of dolour.

MALCOLM What I believe I'll wail:
What know, believe; and what I can redress,
As I shall find the time to friend, I will.
What you have spoke, it may be so, perchance.
This tyrant, whose sole name blisters our tongues,
Was once thought honest. You have loved him well:
He hath not touched you yet. I am young, but something
You may discern of him through me, and wisdom
To offer up a weak, poor, innocent lamb
T'appease an angry god.

MACDUFF I am not treacherous.

MALCOLM But Macbeth is.
A good and virtuous nature may recoil
In an imperial charge. But I shall crave your pardon:
That which you are my thoughts cannot transpose;
Angels are bright still, though the brightest fell:
Though all things foul would wear the brows of grace,
Yet grace must still look so.

MACDUFF I have lost my hopes.

MALCOLM Perchance even there where I did find my doubts.
Why in that rawness left you wife and child,
Those precious motives, those strong knots of love,
Without leave-taking? I pray you,
Let not my jealousies be your dishonours,
But mine own safeties. You may be rightly just,
Whatever I shall think.

MACDUFF Bleed, bleed, poor country!
Great tyranny, lay thou thy basis sure,
For goodness dare not check thee: wear thou thy wrongs,
The title is affeered!—Fare thee well, lord.
I would not be the villain that thou think'st
For the whole space that's in the tyrant's grasp.
And the rich east to boot.

MALCOLM Be not offended:
I speak not as in absolute fear of you.
I think our country sinks beneath the yoke:
It weeps, it bleeds, and each new day a gash
Is added to her wounds. I think withal
There would be hands uplifted in my right,
And here from gracious England have I offer
Of goodly thousands: but, for all this,
When I shall tread upon the tyrant's head,
Or wear it on my sword, yet my poor country

Shall have more vices than it had before,
More suffer, and more sundry ways than ever,
By him that shall succeed.

MACDUFF What should he be?

MALCOLM It is myself I mean, in whom I know
All the particulars of vice so grafted
That, when they shall be opened, black Macbeth
Will seem as pure as snow, and the poor state
Esteem him as a lamb, being compared
With my confineless harms.

MACDUFF Not in the legions
Of horrid hell can come a devil more damned
In evils to top Macbeth.

MALCOLM I grant him bloody,
Luxurious, avaricious, false, deceitful,
Sudden, malicious, smacking of every sin
That has a name, but there's no bottom, none,
In my voluptuousness: your wives, your daughters,
Your matrons and your maids, could not fill up
The cistern of my lust, and my desire
All continent impediments would o'erbear
That did oppose my will. Better Macbeth
Than such an one to reign.

MACDUFF Boundless intemperance
In nature is a tyranny: it hath been
Th'untimely emptying of the happy throne
And fall of many kings. But fear not yet
To take upon you what is yours: you may
Convey your pleasures in a spacious plenty,
And yet seem cold. The time you may so hoodwink.
We have willing dames enough: there cannot be
That vulture in you to devour so many
As will to greatness dedicate themselves,
Finding it so inclined.

MALCOLM With this there grows
In my most ill-composed affection such
A stanchless avarice that, were I king,
I should cut off the nobles for their lands,
Desire his jewels and this other's house:
And my more-having would be as a sauce
To make me hunger more, that I should forge
Quarrels unjust against the good and loyal,
Destroying them for wealth.

MACDUFF This avarice
Sticks deeper, grows with more pernicious root
Than summer-seeming lust, and it hath been



The sword of our slain kings. Yet do not fear:
Scotland hath foisons to fill up your will
Of your mere own. All these are portable,
With other graces weighed.

MALCOLM But I have none. The king-becoming graces.
As justice, verity, temp'rance, stableness.
Bounty, perseverance, mercy, lowliness,
Devotion, patience, courage, fortitude,
I have no relish of them, but abound
In the division of each several crime,
Acting it many ways. Nay, had I power, I should
Pour the sweet milk of concord into hell,
Uproar the universal peace, confound
All unity on earth.

MACDUFF O Scotland, Scotland!

MALCOLM If such a one be fit to govern, speak:
I am as I have spoken.

MACDUFF Fit to govern?
No, not to live. O nation miserable,
With an untitled tyrant bloody-sceptred,
When shalt thou see thy wholesome days again,
Since that the truest issue of thy throne
By his own interdiction stands accused
And does blaspheme his breed?—Thy royal father
Was a most sainted king: the queen that bore thee,
Oft'ner upon her knees than on her feet,
Died every day she lived. Fare thee well.
These evils thou repeat'st upon thyself
Hath banished me from Scotland.—O my breast,
Thy hope ends here!

MALCOLM Macduff, this noble passion,
Child of integrity, hath from my soul
Wiped the black scruples, reconciled my thoughts
To thy good truth and honour. Devilish Macbeth
By many of these trains hath sought to win me
Into his power, and modest wisdom plucks me
From over-credulous haste: but God above
Deal between thee and me! For even now
I put myself to thy direction and
Unspeak mine own detraction: here abjure
The taints and blames I laid upon myself
For strangers to my nature. I am yet
Unknown to woman, never was forsworn,
Scarcely have coveted what was mine own,
At no time broke my faith, would not betray
The devil to his fellow, and delight
No less in truth than life. My first false speaking

Was this upon myself. What I am truly
Is thine and my poor country's to command:
Whither indeed, before thy here-approach,
Old Siward with ten thousand warlike men,
Already at a point, was setting forth.
Now we'll together, and the chance of goodness
Be like our warranted quarrel. Why are you silent?

MACDUFF Such welcome and unwelcome things at once
'Tis hard to reconcile.

Enter a DOCTOR

MALCOLM Well, more anon.—Comes the king forth, I pray you:

DOCTOR Ay, sir, there are a crew of wretched souls
That stay his cure: their malady convinces
The great assay of art, but at his touch—
Such sanctity hath heaven given his hand—
They presently amend.

Exit

MALCOLM I thank you, doctor.

MACDUFF What's the desease he means?

MALCOLM 'Tis called the evil:
A most miraculous work in this good king,
Which often, since my here-remain in England,
I have seen him do. How he solicits heaven
Himself best knows: but strangely-visited people,
All swoll'n and ulcerous, pitiful to the eye,
The mere despair of surgery, he cures,
Hanging a golden stamp about their necks
Put on with holy prayers: and 'tis spoken,
To the succeeding royalty he leaves
The healing benediction. With this strange virtue
He hath a heavenly gift of prophecy,
And sundry blessings hang about his throne
That speak him full of grace.

Enter ROSS

MACDUFF See who comes here.

MALCOLM My countryman, but yet I know him not.

MACDUFF My ever-gentle cousin, welcome hither.

MALCOLM I know him now. Good God betimes remove
The means that makes us strangers!

ROSS Sir, amen.

MACDUFF Stands Scotland where it did?



ROSS Alas, poor country,
Almost afraid to know itself. It cannot
Be called our mother, but our grave; where nothing
But who knows nothing is once seen to smile:
Where sighs and groans and shrieks that rend the air
Are made, not marked: where violent sorrow seems
A modern ecstasy. The dead man's knell
Is there scarce asked for who, and good men's lives
Expire before the flowers in their caps,
Dying or ere they sicken.

MACDUFF O, relation too nice, and yet too true!

MALCOLM What's the newest grief?

ROSS That of an hour's age doth hiss the speaker:
Each minute teems a new one.

MACDUFF How does my wife?

ROSS Why, well.

MACDUFF And all my children?

ROSS Well, too.

MACDUFF The tyrant has not battered at their peace?

ROSS No, they were well at peace when I did leave 'em.

MACDUFF Be not a niggard of your speech: how goes't?

ROSS When I came hither to transport the tidings
Which I have heavily borne, there ran a rumour
Of many worthy fellows that were out,
Which was to my belief witnessed the rather,
For that I saw the tyrant's power afoot.
Now is the time of help.—Your eye in Scotland

To MALCOLM

Would create soldiers, make our women fight,
To doff their dire distresses.

MALCOLM Be't their comfort
We are coming thither. Gracious England hath
Lent us good Siward and ten thousand men:
An older and a better soldier none
That Christendom gives out.

ROSS Would I could answer
This comfort with the like. But I have words
That would be howled out in the desert air,
Where hearing should not latch them.

MACDUFF What concern they?
The general cause? Or is it a fee-grief

Due to some single breast?

ROSS No mind that's honest
But in it shares some woe, though the main part
Pertains to you alone.

MACDUFF If it be mine,
Keep it not from me, quickly let me have it.

ROSS Let not your ears despise my tongue for ever,
Which shall possess them with the heaviest sound
That ever yet they heard.

MACDUFF Hum! I guess at it.

ROSS Your castle is surprised, your wife and babes
Savagely slaughtered: to relate the manner
Were, on the quarry of there murdered deer,
To add the death of you.

MALCOLM Merciful heaven!
What, man, ne'er pull your hat upon your brows:
Give sorrow words. The grief that does not speak
Whispers the o'er-fraught heart and bids it break.

MACDUFF My children too?

ROSS Wife, children, servants, all that could be found.

MACDUFF And I must be from thence! My wife killed too?

ROSS I have said.

MALCOLM Be comforted:
Let's make us med'cines of our great revenge.
To cure this deadly grief.

MACDUFF He has no children.—All my pretty ones?
Did you say all? O hell-kite! All?
What, all my pretty chickens and their dam
At one fell swoop?

MALCOLM Dispute it like a man.

MACDUFF I shall do so,
But I must also feel it as a man:
I cannot but remember such things were
That were most precious to me. Did heaven look on
And would not take their part? Sinful Macduff,
They were all struck for thee! Naught that I am,
Not for their own demerits, but for mine,
Fell slaughter on their souls. Heaven rest them now!

MALCOLM Be this the whetstone of your sword. Let grief
Convert to anger: blunt not the heart, enrage it.

MACDUFF O, I could play the woman with mine eyes
And braggart with my tongue! But, gentle heavens,



Cut short all intermission. Front to front
Bring thou this fiend of Scotland and myself
Within my sword's length set him. If he scape,
Heaven forgive him too!

MALCOLM This tune goes manly.
Come, go we to the king. Our power is ready:
Our lack is nothing but our leave. Macbeth
Is ripe for shaking, and the powers above
Put on their instruments. Receive what cheer you may:
The night is long that never finds the day.

Exeunt

ACT 5

SCENE 1

Enter a DOCTOR *of Physic and a Waiting-*GENTLEWOMAN

DOCTOR I have two nights watched with you, but can perceive no truth in your report. When was it she last walked?

GENTLEWOMAN Since his majesty went into the field, I have seen her rise from her bed, throw her nightgown upon her, unlock her closet, take forth paper, fold it, write upon't, read it, afterwards seal it, and again return to bed: yet all this while in a most fast sleep.

DOCTOR A great perturbation in nature, to receive at once the benefit of sleep and do the effects of watching. In this slumbery agitation, besides her walking and other actual performances, what—at any time—have you heard her say?

GENTLEWOMAN That, sir, which I will not report after her.

DOCTOR You may to me, and 'tis most meet you should.

GENTLEWOMAN Neither to you nor anyone, having no witness to confirm my speech.

Enter LADY [MACBETH], *with a taper*

Lo you, here she comes. This is her very guise, and, upon my life, fast asleep. Observe her: stand close.

They stand aside

DOCTOR How came she by that light?

GENTLEWOMAN Why, it stood by her. She has light by her continually: 'tis her comrnand.

DOCTOR You see her eyes are open.

GENTLEWOMAN Ay, but their sense are shut.

DOCTOR What is it she does now? Look how she rubs her hands.

GENTLEWOMAN It is an accustomed action with her to seem thus



washing her hands: I have known her continue in this a quarter of an hour.

LADY MACBETH Yet here's a spot.

DOCTOR Hark, she speaks. I will set down what comes from her, to satisfy my remembrance the more strongly.

LADY MACBETH Out, damned spot! Out, I say!—One: two: why then, 'tis time to do't.—Hell is murky.—Fie, my lord, fie, a soldier, and afeard? What need we fear who knows it, when none can call our power to account?—Yet who would have thought the old man to have had so much blood in him?

DOCTOR Do you mark that?

LADY MACBETH The Thane of Fife had a wife: where is she now?—What, will these hands ne'er be clean?—No more o'that, my lord, no more o'that: you mar all with this starting.

DOCTOR Go to, go to: you have known what you should not.

GENTLEWOMAN She has spoke what she should not, I am sure of that: heaven knows what she has known.

LADY MACBETH Here's the smell of the blood still. All the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand. O, O, O!

DOCTOR What a sigh is these! The heart is sorely charged.

GENTLEWOMAN I would not have such a heart in my bosom for the dignity of the whole body.

DOCTOR Well, well, well.

GENTLEWOMAN Pray God it be, sir.

DOCTOR This disease is beyond my practice. Yet I have known those which have walked in their sleep who have died holily in their beds.

LADY MACBETH Wash your hands, put on your nightgown, look not so pale. I tell you yet again, Banquo's buried: he cannot come out on's grave.

DOCTOR Even so?

LADY MACBETH To bed, to bed. There's knocking at the gate. Come, come, come, come, give me your hand. What's done cannot be undone. To bed, to bed, to bed.

Exit LADY [MACBETH]

DOCTOR Will she go now to bed?

GENTLEWOMAN Directly.

DOCTOR Foul whisp'rings are abroad. Unnatural deeds
Do breed unnatural troubles: infected minds
To their deaf pillows will discharge their secrets.

More needs she the divine than the physician.
God, God forgive us all! Look after her:
Remove from her the means of all annoyance,
And still keep eyes upon her. So, goodnight.
My mind she has mated, and amazed my sight.
I think, but dare not speak.

GENTLEWOMAN Goodnight, good doctor.

Exeunt

SCENE 2

Drum and Colours. Enter MENTEITH, CAITHNESS, ANGUS, LENNOX *[and] Soldiers*

MENTEITH The English power is near, led on by Malcolm,
His uncle Siward and the good Macduff.
Revenges burn in them, for their dear causes
Would to the bleeding and the grim alarm
Excite the mortified man.

ANGUS Near Birnam Wood
Shall we well meet them: that way are they coming.

CAITHNESS Who knows if Donalbain be with his brother?

LENNOX For certain, sir, he is not: I have a file
Of all the gentry: there is Siward's son,
And many unrough youths that even now
Protest their first of manhood.

MENTEITH What does the tyrant?

CAITHNESS Great Dunsinane he strongly fortifies.
Some say he's mad, others that lesser hate him
Do call it valiant fury: but for certain
He cannot buckle his distempered cause
Within the belt of rule.

ANGUS Now does he feel
His secret murders sticking on his hands,
Now minutely revolts upbraid his faith-breach.
Those he commands move only in command,
Nothing in love: now does he feel his title
Hang loose about him, like a giant's robe
Upon a dwarfish thief.

MENTEITH Who then shall blame
His pestered senses to recoil and start,
When all that is within him does condemn
Itself for being there?

CAITHNESS Well, march we on



To give obedience where 'tis truly owed:
Meet we the med'cine of the sickly weal,
And with him pour we in our country's purge
Each drop of us.

LENNOX Or so much as it needs
To dew the sovereign flower and drown the weeds.
Make we our march towards Birnam.

Exeunt, marching

SCENE 3

Enter MACBETH, DOCTOR *and Attendants*

MACBETH Bring me no more reports. Let them fly all:
Till Birnam Wood remove to Dunsinane,
I cannot taint with fear. What's the boy Malcolm?
Was he not born of woman? The spirits that know
All mortal consequences have pronounced me thus:
'Fear not, Macbeth: no man that's born of woman
Shall e'er have power upon thee.' Then fly, false thanes,
And mingle with the English epicures.
The mind I sway by and the heart I bear
Shall never sag with doubt nor shake with fear.

Enter SERVANT

The devil damn thee black, thou cream-faced loon!
Where got'st thou that goose look?

SERVANT There is ten thousand—

MACBETH Geese, villain?

SERVANT Soldiers, sir.

MACBETH Go prick thy face and over-red thy fear,
Thou lily-livered foy, What soldiers, patch?
Death of thy soul! Those linen cheeks of thine
Are counsellors to fear. What soldiers, whey-face?

SERVANT The English force, so please you.

MACBETH Take thy face hence.—

[Exit SERVANT*]*

Seyton!—I am sick at heart,
When I behold—Seyton, I say!—This push
Will cheer me ever, or disseat me now.
I have lived long enough: my way of life
Is fall'n into the sear, the yellow leaf,

And that which should accompany old age,
As honour, leve, obedience, troops of friends,
I must not look to have, but in their stead
Curses, not loud but deep, mouth-honour, breath,
Which the poor heart would fain deny and fiare not.—Seyton!

Enter SEYTON

SEYTON What's your gracious pleasure?

MACBETH What news more?

SEYTON All is confirmed, my lord, which was reported.

MACBETH I'll fight till from my bones my flesh be hacked.
Give me my armour.

SEYTON 'Tis not needed yet.

MACBETH I'll put it on.
Send out more horses: skirr the country round:
Hang those that talk of fear. Give me mine armour.—

SEYTON *gets the armour*

How does your patient, doctor?

DOCTOR Not so sick, my lord.
As she is troubled with thick-coming fancies
That keep her from her rest.

MACBETH Cure her of that.
Canst thou not minister to a mind diseased,
Pluck from the memory a rooted sorrow,
Raze out the written troubles of the brain,
And with some sweet oblivious antidote
Cleanse the stuffed bosom of that perilous stuff
Which weighs upon the heart?

DOCTOR Therein the patient
Must minister to himself.

MACBETH Throw physic to the dogs, I'll pone of it.—
Come, put mine armour on: give me my staff.—

To Attendants, who arm him

Seyton, send out. Doctor, the thanes fly from me.—
Come, sir, dispatch.—If thou couldst, doctor, cast
The water of my land, find her disease,
And purge it to a sound and pristine health,
I would applaud thee to the very echo,
That should applaud again.—Pull't off, I say.—

To Attendants

What rhubarb, cyme, or what purgative drug



To doctor

Would scour these English hence? Hear'st thou of them?

DOCTOR Ay, my good lord: your royal preparation
Makes us hear something.

MACBETH Bring it after me.—

To SEYTON *or Attendants*

I will not be afraid of death and bane,
Till Birnam Forest come to Dunsinane.

DOCTOR Were I from Dunsinane away and clear,
(*Aside)* Profit again should hardly draw me here.

Exeunt

SCENE 4

Drum and Colours. Enter MALCOLM, SIWARD, MACDUFF, SIWARD'S SON, MENTEITH, CAITHNESS, ANGUS *and Soldiers, marching*

MALCOLM Cousins, I hope the days are near at hand
That chambers will be sale.

MENTEITH We doubt it nothing.

SIWARD What wood is this before us?

MENTEITH The wood of Birnam.

MALCOLM Let every soldier hew him down a bough
And bear't befo re him: thereby shall we shadow
The numbers of our host and malee discovery
Err in report of us.

A SOLDIER It shall be done.

SIWARD We learn no other but the confident tyrant
Keeps still in Dunsinane and will endure
Our setting down before't.

MALCOLM 'Tis his main hope:
For where there is advantage to be given,
Both more and less have given him the revolt,
And none serve with him but constrainèd things
Whose hearts are absent too.

MACDUFF Let our just censures
Attend the true event, and put we on
Industrious soldiership.

SIWARD The time approaches
That will with due decision make us know

What we shall say we have and what we owe.
Thoughts speculative their unsure hopes relate,
But certain issue strokes must arbitrate:
Towards which advance the war.

Exeunt, marching

SCENE 5

Enter MACBETH, SEYTON, *and Soldiers with Drum and Colours*

MACBETH Hang out our banners on the outward walls:
The cry is still ‘They come.’ Our castle’s strength
Will laugh a siege to scorn: here let them lie
Till famine and the ague eat them up.
Were they not forced with those that should be ours,
We might have met them dareful, beard to beard,
And beat them backward home.

A cry within of women

What is that noise?

SEYTON It is the cry of women, my good lord.

Exit or goes to the door

MACBETH I have almost forgot the taste of fears:
The time has been my senses would have cooled
To hear a night-shriek, and my fell of hair
Would at a dismal treatise rouse and stir
As life were in’t. I have supped full with horrors:
Direness, familiar to my slaughterous thoughts,
Cannot once start me.—

SEYTON *re-enters or comes forward*

Wherefore was that cry?

To SEYTON

SEYTON The queen, my lord, is dead.

MACBETH She should have died hereafter:
There would have been a time for such a word.
Tomorrow, and tomorrow, and tomorrow,
Creeps in this petty pace from day to day
To the last syllable of recorded time:
And all our yesterdays have lighted fools
The way to dusty death. Out, out, brief candle.
Life’s but a walking shadow, a poor player
That struts and frets his hour upon the stage



And then is heard no more. It is a tale
Told by an idiot, full of sound and fury,
Signifying nothing.

Enter a MESSENGER

Thou com'st to use thy tongue: thy story quickly.

MESSENGER Gracious my lord,
I should report that which I say I saw,
But know not how to do't.

MACBETH Well, say, sir.

MESSENGER As I did stand my watch upon the hill,
I looked toward Birnam, and anon methought
The wood began to move.

MACBETH Liar and slave!

MESSENGER Let me endure your wrath if't be not so,
Within this three mile may you see it coming:
I say, a moving grove.

MACBETH If thou speak'st false,
Upon the next tree shall thou hang alive
Till famine cling thee: if thy speech be sooth,
I care not if thou dost for me as much.—
I pull in resolution, and begin
To doubt th'equivocation of the fiend
That lies like truth. Fear not, till Birnam Wood
Do come to Dunsinane', and now a wood
Comes toward Dunsinane—Arm, arm, and out!
If this which he avouches does appear,
There is nor flying hence nor tarrying here.—
I 'gin to be aweary of the sun,
And wish th'estate o'th'world were now undone.—
Ring the alarum bell! Blow wind, come wrack,
At least we'll die with harness on our back.

Exeunt

SCENE 6

Drum and Colours. Enter MALCOLM, SIWARD, MACDUFF *and their army, with boughs*

MALCOLM Now near enough. Your leafy screens throw down,
And show like those you are, You, worthy uncle,
Shall with my cousin, your right noble son,
Lead our first battle. Worthy Macduff and we
Shall take upon's what else remains to do,
According to our order.

SIWARD Fare you well.
Do we but find the tyrant's power tonight,
Let us be beaten if we cannot fight.

MACDUFF Make all our trumpets speak: give them all breath,
Those clamorous harbingers of blood and death.

Exeunt.
Alarums continued

SCENE 7

Enter MACBETH

MACBETH They have tied me to a stake: I cannot fly,
But bear-like I must fight the course. What's he
That was not born of woman? Such a one
Am I to fear, or none.

Enter YOUNG SIWARD

YOUNG SIWARD What is thy name?

MACBETH Thou'lt be afraid to hear it.

YOUNG SIWARD No, though thou call'st thyself a hotter name
Than any is in hell.

MACBETH My name's Macheth.

YOUNG SIWARD The devil himself could not pronounce a title
More hateful to mine ear.

MACBETH No, nor more fearful.

YOUNG SIWARD Thou liest, abhorrèd tyrant: with my sword
I'll prove the lie thou speak'st.

Fight and YOUNG SIWARD *slain*

MACBETH Thou wast born of woman.
But swords I smile at, weapons laugh to scorn,
Brandished by man that's of a woman born.

Exit Alarums.

SCENE 8

Enter MACDUFF

MACDUFF That way the noise is. Tyrant, show thy face.
If thou be'st slain, and with no stroke of mine,



My wife and children's ghosts will haunt me still.
I cannot strike at wretched kerns, whose arms
Are hired to bear their staves: either thou, Macbeth,
Or else my sword with an unbattered edge
I sheathe again undeeded. There thou shouldst be:
By this great clatter, one of greatest note
Seems bruited. Let me find him, Fortune,
And more I beg not.

Exit. Alarums

SCENE 9

Enter MALCOLM *and* SIWARD

SIWARD This way, my lord. The castle's gently rendered:
The tyrant's people on both sides do fight,
The noble thanes do bravely in the war,
The day almost itself professes yours.
And little is to do.

MALCOLM We have met with foes that strike beside us.

SIWARD Enter, sir, the castle.

Exeunt. Alarum

SCENE 10

Enter MACBETH

MACBETH Why should I play the Roman fool and die
On mine own sword? Whiles I see lives, the gashes
Do better upon them.

Enter MACDUFF

MACDUFF Turn, hell-hound, turn.

MACBETH Of all men else I have avoided thee.
But get thee back: my soul is too much charged
With blood of thine already.

MACDUFF I have no words:
My voice is in my sword, thou bloodier villain
Than terms can give thee out.

Fight. Alarum

MACBETH Thou losest labour.

As easy mayst thou the intrenchant air
With thy keen sword impress as make me bleed.
Let fall thy blade on vulnerable crests:
I bear a charmèd life, which must not yield
To one of woman born.

MACDUFF Despair thy charm,
And let the angel whom thou still hast served
Tell thee: Macduff was from his mother's womb
Untimely ripped.

MACBETH Accursèd be that tongue that tells me so,
For it hath cowed my better part of man.
And be these juggling fiends no more believed
That palter with us in a double sense,
That keep the word of promise to our ear
And break it to our hope. I'll not fight with thee.

MACDUFF Then yield thee, coward,
And live to be the show and gaze o'th'time:
We'll have thee, as our rarer monsters are,
Painted upon a pole, and underwrit,
'Here may you see the tyrant.'

MACBETH I will not yield
To kiss the ground before young Malcolm's feet
And to be baited with the rabble's curse.
Though Birnam Wood be come to Dunsinane,
And thou opposed, being of no woman born,
Yet I will try the last. Before my body
I throw my warlike shield. Lay on, Macduff,
And damned be him that first cries, 'Hold, enough!'

Exeunt fighting. Alarums

SCENE 11

Enter fighting, and Macbeth slain.
[Exit MACDUFF *withMacbeth's body]*
Retreat and flourish. Enter, with Drumand Colours, MALCOLM, SIWARD, ROSS, *Thanes and Soldiers*

MALCOLM I would the friends we miss were safe arrived.

SIWARD Some must go off: and yet, by these I see
So great a day as this is cheaply bought.

MALCOLM Macduff is missing, and your noble son.

ROSS Your son, my lord, has paid a soldier's debt:

To SIWARD



He only lived but till he was a man,
The which no sooner had his prowess confirmed
In the unshrinking station where he fought,
But like a man he died.

SIWARD Then he is dead?

ROSS Ay, and brought off the field. Your cause of sorrow
Must not be measured by his worth, for then
It hath no end.

SIWARD Had he his hurts before?

ROSS Ay, on the front.

SIWARD Why then. God's soldier be he!
Had I as many sons as I have hairs
I would not wish them to a fairer death:
And so his knell is knolled.

MALCOLM He's worth more sorrow.
And that I'll spend for him.

SIWARD He's worth no more.
They say he parted well and paid his score,
And so God be with him! Here comes newer comfort.

Enter MACDUFF *with Macbeth's head*

MACDUFF Hail, king, for so thou art. Behold where stands
Th'usurper's cursèd head. The time is free:
I see thee compassed with thy kingdom's pearl,
That speak my salutation in their minds,
Whose voices I desire aloud with mine:
Hail, King of Scotland!

ALL Hail, King of Scotland!

Flourish

MALCOLM We shall not spend a large expense of time
Before we reckon with your several loves
And make us even with you. My thanes and kinsmen,
Henceforth be earls, the first that ever Scotland
In such an honour named. What's more to do
Which would be planted newly with the time,
As calling home our exiled friends abroad
That fled the snares of watchful tyranny,
Producing forth the cruel ministers
Of this dead butcher and his fiend-like queen,
Who—as 'tis thought—by self and violent hands
Took off her life: this, and what needful else
That calls upon us, by the grace of grace
We will perform in measure, time and place.
So thanks to all at once and to each one,

Whom we invite to see us crowned at Scone.

Flourish. Exeunt



Epílogo

Esta versión del *Macbeth* procede, por medio de una entera refundición que he hecho con ella ahora, de la que hace unos veinticinco años hice para representarla con alumnos y amigos por los teatros o tinglados improvisados en salas de baile de Zamora, Salamanca y pueblos de la provincia de Zamora. Tuvimos entonces ocasión de poner a prueba las virtudes dramáticas de la obra, cuando, a lo largo de una función que duraba, siendo la versión entera y literal, unas cuatro horas, y en un lenguaje tan exuberante y violento al menos como el propio inglés de Shakespeare, podíamos percibir desde la escena los grados y modos de atención y de emoción con que la seguían aquellos públicos, tan alejados casi siempre de la cultura literaria, y que tanto más parecían capaces de entender y de vibrar cuanto menos habían llegado a su lugar el cinematógrafo y los otros medios de diversión habituales; como en aquella representación en el pueblecillo de Santa Eulalia de Tábara, donde, después de haber tenido la asistencia y nosotros que esperar tres horas a que se reparara un gran corte regional de la corriente eléctrica, siguió después todo el pueblo sin una sola deserción las cuatro del *Macbeth* con muestras ejemplares de entendimiento y del gozo o sufrimiento peculiar de la participación en el teatro. La sed, la sed de palabras en el pueblo es la que hace valer este teatro.

Cuáles sean las virtudes peculiares de este drama, que justifiquen la elección para aquella empresa y la publicación de esta nueva versión castellana, no voy a tratar de contarlo ahora: algo debe de haber, desde luego, en la pasión de la promoción hasta la cumbre social del individuo y la colaboración matrimonial en ella, que toca cuerdas profundas y dolorosas siempre en el ánimo de los públicos, como lo prueban las muchas repeticiones y revisiones del asunto que se han seguido produciendo también en nuestros tiempos; y ciertamente, a pesar de que el tratamiento sea en el *Macbeth*, al menos, de labios afuera y en el nivel más aparente, ejemplarmente maniqueo y no se ahorre tinta en el ennegrecimiento de los malos y protagonistas, no deja de florecer en el drama la contradicción, que, en contraste con la grandeza de éstos, hace parecer también enteca y precaria la bondad y nobleza de los buenos y del orden legítimo que triunfa sobre la cabeza del desmesurado; sin que importe gran cosa cuánto de esa contradicción estaba o no en la intención consciente del propio dramaturgo. Pero pienso que lo que más amigos nos hizo de esta obra y lo que me ha asistido en el placentero trabajo de volverla a poner en nuestra lengua ha sido más bien lo que se refiere a su modo de tratar el tiempo, al ritmo de la acción.

Y no es nada fácil acaso decir esto de un drama en el que los críticos (especialmente aquellos al estilo del siglo pasado, tan dominados por la creencia en las historias nacionales como por la fe en el genio individual) han solido descubrir que había largas partes, sobre todo aquellas en que no estaban en escena Macbeth y su compañera, que no debían de ser de la mano del propio Shakespeare, sino de unos supuestos oficiales dramaturgos de segunda, que incluso habrían añadido escenas enteras, como la de

Hécate, por dar gusto a la moda del gran espectáculo de magia, o como la prolija escena 3 del acto IV, para dar más papel a los actores de Malcolm y Macduff. Pero ello es que, a quienes no nos interesa el autor sino la obra, encontramos el drama, aun tal como nos ha llegado, bien medido; y apreciamos, sobre todo, la alternancia a lo largo de él entre muy diversos módulos de ritmo; tramos de acción rápida y aun precipitada, preparados y seguidos por otros demorados y palabreros, así los largos soliloquios de Macbeth antes de la trepidante escena de la muerte de Duncan y divertimiento circense del portero antes de la de su descubrimiento, así la dilatada conversación con los asesinos que precede al fulgurante asesinato de Banquo, y así, en fin, en mayor escala, toda la gran lentitud del acto IV para preparar al V, que discurre todo él en el ritmo rápido y entrecortado que nuestra moda nos invita a llamar cinematográfico; y apreciamos también la combinación, que es nervio del drama entero, entre elementos de alternancia sucesiva y elementos de retorno circular: por ejemplo, para la alternancia, la de las confrontaciones de Macbeth y su oponente masculino (Banquo, sombra de Banquo, Macduff) con las conversaciones de Macbeth con su esposa; la de las muertes sucesivas (barón de Cáudor, Duncan, Banquo, Lady Macduff, Siguardo el joven) que señalan el centro de cada acto en la carrera de Macbeth hasta su propia muerte; la de las escenas de consideración moral entre las gentes de orden en los finales de los actos II, III y IV; la de las apariciones de las brujas, de sus profecías y de sus desengaños; la alternancia rápida de escenas sin Macbeth y con Macbeth a lo largo de los actos I y V; y para el orden circular, el retorno de la tarde de victoria y reafirmación de la soberanía legítima de Duncan al comienzo en la victoria y reafirmación de la misma sobre su hijo Malcolm al final; la evidente función de pivote dramático y culminación que tiene la escena central, la del banquete en medio del acto III; el contraste entre la primera (I, 5) y la última (V, 1) aparición de Lady Macbeth sola; la huida de Malcolm (fin de II,3) y su retorno (fin de IV, 3); los dos enfrentamientos (II, 3 y V, 8) de Macduff con el protagonista en torno a la destrucción de la familia Macduff (IV, 2 y 3); con otros rasgos menores que contribuyen al juego del movimiento de avance sucesivo con el de retorno.

Son estas virtudes que, descritas así en una página, parecen más bien arquitectura, y sólo la representación en acto y de viva voz las puede poner a prueba como mecanismos de ese juego con el tiempo y contra el tiempo que es antes que nada un drama. Así como apenas puede esperarse que la simple lectura entienda debidamente la virtud del ritmo de estos versos por los que discurre lo más central del drama (un ritmo que, siguiendo en lo principal la tradición del verso inglés, pero con alteraciones que mi propia tradición me ha venido deparando, trata de dar, sin ajustarse a esquemas silábicos literarios, lo justo de medida y compás para hacer palpitar la voz del comediante y alejarla del desmayo de la prosa), virtud que solo también la recitación por actores bien articulados y sonoros podría poner a prueba, técnicos y enamorados de la voz, de las ondas y vibraciones temporales, en contra de la vergonzante reproducción del habla natural que el imperio de la Literatura (y de su prolongación, el cinematógrafo) impone de ordinario a los comediantes de nuestros tiempos. Tal vez encuentre este *Macbeth* una tropa de gentes animosas y sensitivas que se sientan tentadas a la aventura de hacerlo andar sobre la escena. En tanto, mis cariños y mi recuerdo, fresco en la lejanía, para aquellas y aquellos que conmigo, en aquellas primitivas representaciones de su primera versión por los pueblos de nuestras provincias, después de los transportes en los autobuses que llenaban con su alboroto, hicieron durar su función muchas veces cuatro horas.

A. G., 1980



Dejo, sin más que unas pocas correcciones, la versión, un tanto arrogante, de hace tantos años.

Con esta vuelta sobre el drama, cuanto mejor percibo la gran desmesura del lenguaje, también de la coloración de malos y buenos y de la hinchazón de algunos de los tramos, tanto más admiro el arte o pasión que ha sabido hacer que entre tales desmesuras el ritmo y la viveza dramática se mantengan palpitantes.

21 de octubre de 2007

WILLIAM SHAKESPEARE ha sido considerado unánimemente el escritor más importante de la literatura universal. Se mantiene que nació el 23 de abril de 1564 y que fue bautizado, al día siguiente, en Stratford-upon-Avon, Warwickshire. Su llegada a Londres se ha fechado hacia 1588. Cuatro años después de su llegada a la metrópoli, ya había logrado un notable éxito como dramaturgo y actor teatral, éxito que pronto le valió el mecenazgo de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton. Con solo haberse dedicado a la poesía, Shakespeare ya habría pasado a la historia por poemas como *Venus y Adonis*, *La violación de Lucrecia* o los sonetos. Sin embargo, si hay un campo en el que Shakespeare realizó grandes y trascendentales logros fue en el teatro; no en vano es el responsable principal del florecimiento del teatro isabelino, uno de los mascarones de proa de la incipiente hegemonía mundial de Inglaterra. A lo largo de su carrera escribió, modificó o colaboró en decenas de obras teatrales, de las cuales podemos atribuirle plenamente treinta y ocho, que perviven en nuestros días gracias a su genio y su talento. William Shakespeare murió, habiendo conocido el favor público y el éxito económico, el 23 de abril de 1616 en su ciudad natal.

